

HARLEQUIN®

JAZMIN®

2,40 € - Argentina: $2,70 - México: $13.00

Un amor en el camino

Jacqueline Diamond

Un Amor en el Camino

Jacqueline Diamond

Un Amor en el Camino (17.04.2002)
Título Original: More than the Doctor Ordered (2001)
Editorial: Harlequín Ibérica
Sello / Colección: Jazmín 1675
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Lucas McRifle y Mimsy Miles

Argumento:

La tímida doctora Mimsy Miles estaba convencida de que seguiría soltera el resto de su vida. Todos los hombres buenos de Nowhere Junction estaban ya casados, así que iba a ser imposible que ella encontrara a alguien. Pero un día apareció en el pueblo Lucas McRifle montado en su moto... Había ido allí con un solo propósito y no tenía la menor intención de quedarse más de lo necesario. Claro que tampoco tenía previsto enamorarse de la doctora del pueblo.

CAPÍTULO 1

A JUZGAR por lo vacía que estaba la sala de espera de la consulta de la doctora Mimsy Miles, era un día repugnantemente saludable en Nowhere Junction, Texas.

A veces, Mimsy anhelaba que se produjera una epidemia que fuera completamente benigna. No era que quisiera aumentar los ingresos de su negocio, sino que deseaba con todo su corazón salvar la vida de las personas, ayudar a los que estaban afligidos, demostrar que era una buena profesional de la medicina o, tal vez, descubrir una cura que ayudara a los médicos de todo el país.

Estaba mirando por la ventana de su consultorio, apoyada sobre una revista médica. La consulta estaba en el segundo piso, sobre el hospital de Nowhere, que tenía diez camas y que estaba vacío en aquel momento. Desde su ventana, se veía el patio del colegio, que estaba al otro lado de la calle.

Más allá de las tiendas que servían temporalmente como aulas, los hombres trabajaban en la demolición de la vieja escuela, que iba a verse reemplazado por un nuevo edificio. Mimsy deseaba que, muy pronto, uno de los trabajadores se hiriera, por supuesto muy levemente. Suspiró y se enroscó un rizo de su corto cabello oscuro en un dedo. No quería que sus conciudadanos sufrieran de graves enfermedades en vez de tus habituales achaques. Solo quería una oportunidad para brillar y estaba perdiendo la esperanza de que aquello pudiera ocurrir. Parecía tener algo que hacía que las personas la ignoraran completamente, lo que le había ocurrido desde el instituto. Incluso en la universidad, cuando había sido considerada una de las primeras de la clase, su novio Vince le había dicho a todo el mundo que seguramente había sido un error del ordenador.

Muy pronto, Vince se convirtió en su ex novio, aunque, si hubiera sabido que llegaría a la edad de treinta y tres años soltera y sola, tal vez no se hubiera dado tanta prisa en dejarlo.

De repente, alguien llamó a la puerta.

—¿Doctora? Acaban de llegar algunas personas y una pareja que no son exactamente humanos, solo que no pienso decírselo así a Murdock Murchison.

Eran los perros del ranchero retirado, George y Lucas, así llamados por el director favorito de su dueño. Como no había veterinario en Nowhere Junction, algunas personas llevaban sus animales a Mimsy en vez de ir al de Groundhog Station, su ciudad vecina y rival. A Mimsy no le importaba, pero los humanos siempre

eran los primeros.

—¿Quién está peor? —preguntó Mimsy a su enfermera y recepcionista, Florence Nightingale.

La joven pelirroja solía llamarse Minnie Finkins. Después de que su marido la abandonara, había decidido cambiárselo por el de la famosa enfermera. Había declarado que, si su marido podía empezar una nueva vida, ella también podía hacerlo.

—Supongo que Lilibeth Anderson. Se enganchó el pelo en la batidora mientras estaba preparando un postre en su cafetería.

—¡Dios santo! —exclamó Mimsy, poniéndose de pie de un salto—. ¿Se ha hecho daño en el cuello?

—Lo que más la preocupa es el pelo —respondió Flo—. Tiene miedo de que se le infecte.

—¿El pelo?

—Luego, tenemos a la pequeña Callie Murchison —continuó la enfermera, sin pararse a responder la pregunta—. Hoy cumple un año. Se ha comido algo en su fiesta de cumpleaños que la ha puesto enferma.

—¿Qué ha sido?

—Su madre cree que ha sido una de las magdalenas de ciruela y encurtidos que Finella Weinbucket le regaló —dijo Flor. Todo el mundo sabía que Finella basaba sus recetas en los artículos que estuvieran de oferta en la tienda de ultramarinos de Gigi, fueran estos cuales fueran. Las extrañas combinaciones que preparaban habían causado más de una indigestión.

Mimsy decidió que no podía establecer prioridades basándose en la descripción de Flo, por lo que decidió salir ella misma a la sala de espera para comprobarlo.

El viejo Murdock Murchison estaba andando de un lado para otro de la sala. Miraba ansiosamente a sus dos perros, uno de los cuales tenía una venda en una pata, y a su nieta, que lloriqueaba en el regazo de su madre.

Sin embargo, la que más llamó su atención fue Lilibeth Anderson. Mimsy trató de reprimir la envidia. La hermosa y rubia Lilibeth. Con veintisiete años, tenía una piel perfecta y un hermoso cabello rubio, aparte de una figura que hacía que los vaqueros de la ciudad se quedaran mudos en su presencia. Como era seis años más joven que Mimsy, esta recordaba que Lilibeth había pasado de ser una angelical jovencita a capitana de las animadoras y, por último, había sido reina de la belleza durante los cuatro años que había pasado en el instituto. En aquellos días, trabajaba en el café y en la farmacia de sus padres. Con el tiempo, ella heredaría ambas tiendas.

En aquel momento, las lágrimas empañaban aquellos hermosos

ojos azules. Tenía un aspecto tan entristecido que Mimsy podía entender que Flo hubiera considerado que su lesión tenía más importancia que el dolor de barriga de una niña de un año. Sin embargo, la pequeña Callie era verdaderamente la que necesitaba su atención.

—Hola, Buffy —le dijo a su madre—. Por favor, tráela a mi consulta.

—¿Y mi pelo? —preguntó Lilibeth—. Lo siento. Sé que sueña estúpido, pero ¡miradlo! —añadió, levantándose un mechón del enredado cabello—. ¿No se me puede infectar, caérseme o algo por el estilo?

—No, no creo que tengas que preocuparte —contestó Mimsy—. ¿Te duele el cuello?

—No, pero el pelo... Tengo que tener un aspecto impecable. Sé que suena un poco raro, pero he puesto un anuncio en Internet... Hay un servicio de contactos... y un empresario muy rico, el señor McRifle, va a venir a verme. ¡Y con un Cadillac!

¿Por qué diablos la mujer más hermosa de Nowhere Junction se había anunciado para conseguir pareja? Mimsy suponía que Lilibeth no consideraba que ninguno de los hombres del pueblo la merecieran, algo comprensible, dado que el único millonario que había, Quade Gardiner, se había casado recientemente.

—Las puntas abiertas no son ninguna amenaza para la salud. ¿Por qué no vas al salón de belleza de Binny para que te las corten?

—Bueno, si tú lo dices...

Lilibeth salió por la puerta con un aire de desesperación que dejó atónita a Mimsy. Entonces, Callie soltó un sonoro eructo.

—¡Cielo! —exclamó su madre—. ¿Qué modales son esos?

La niña sonrió y eructó de nuevo, como si hubiera querido darle énfasis.

—Supongo que solo tiene gases en la barriga —añadió Buffy, aliviada.

—Gracias a Dios —dijo Murdock—. Ahora, si mi nieta está bien, Mimsy, ¿te importaría mirarle la pata a George?

—Voy a examinar a Callie de todas maneras.

Entonces, la niña saltó del regazo de su madre y se fue caminando hacia la puerta.

—¡No!

—Te prometo que no te pondré ninguna inyección —le aseguró Mimsy—. Solo quiero mirarte la tripita. Tenemos que tomarle la temperatura, Flo —añadió, refiriéndose a su enfermera.

—¡No! —volvió a exclamar la niña.

—Es que se está perdiendo su fiesta de cumpleaños —se disculpó Buffy—. Estoy segura de que ya está bien.

—Dado que estáis aquí, deberíais dejar que me asegurara de que todo va bien —dijo Mimsy, aun sabiendo que era una causa perdida.

—No, no importa. Siento haberte hecho perder el tiempo —dijo —. ¿Cuánto te debemos?

—Nada.

El marido de Buffy, Carter, le había remolcado el coche sin cobrarle nada la última vez que el vehículo se le estropeó en la carretera. En realidad, la mayoría de sus pacientes le pagaban con favores, alimentos, huevos, pollos y trozos de carne. A Mimsy no le importaba, dado que el ayuntamiento pagaba todos los gastos del hospital y la consulta y ella alquilaba su apartamento muy barato a los Anderson.

Enseguida, se quedó sola con Murdock y los perros.

—¿Qué te ha pasado en la pata, amigo? —le preguntó al enorme animal, arrodillándose para examinarlo en la misma sala de espera.

—George Weinbucket se lo pisó —gruñó Murdock.

George, el banquero, estaba casado con Finella, la de las magdalenas de ciruela y encurtidos—. Dice que fue un accidente, pero yo creo que lo molesta que el perro tenga el mismo nombre que él.

—Carter solía tener una gata que se llamaba Buffy, pero Buffy se lo cambió y le puso Tawny.

—No pienso dejar que nadie le cambie el nombre a mi George—. Lo que faltaba. Seguro que luego vendría a la ciudad un tipo llamado Lucas y se lo tendría que cambiar al otro también.

Mimsy hizo una seña y le pidió a Flo un frasco de desinfectante.

—No creo que eso ocurra, señor Murchison. Ya sabe que por aquí no viene mucha gente.

—Da igual. Un hombre tiene derecho a poner a sus perros el nombre que quiera. Si alguien llamado Lucas viene por aquí, es mejor que siga su camino.

Mientras su moto zumbaba por la carretera, Lucas McRifle pensó que Texas era muy llano. Suponía que tenía un aspecto algo desaliñado con su cabello volando al viento, pero la verdad era que había tenido que elegir entre comprar un casco o poder comprar la gasolina que necesitaba para ir de Atlanta a Nowhere Junction y luego poder seguir hasta Los Ángeles.

La moto no le permitía llevar muchas cosas, así que había enviado por adelantado la maleta a Los Ángeles. Desgraciadamente, justo antes de salir de Atlanta, entró un ladrón en su habitación de hotel y le quitó su ordenador portátil y su teléfono móvil. Lucas no había estado tan arruinado desde que era un adolescente. Solo

esperaba que Lilibeth Anderson fuera la heredera que había dicho que era en su anuncio de Internet. También esperaba que fuera cierto lo que le había comentado en sus correos electrónicos sobre su ansia de aventura. Aquello era algo que Lucas podía entender.

Él había pasado su infancia en Blink, Colorado, y se había marchado de allí tan pronto como había cumplido los dieciocho años, por lo que simpatizaba con el hecho de que la joven se sintiera atrapada en un lugar tan pequeño como Nowhere Junction.

En sus correos electrónicos, ella no le había hablado demasiado del matrimonio, afortunadamente, porque Lucas no era de los que se casaban. Lilibeth le había parecido aburrida, frustrada y deseosa de un nuevo desafío.

Lucas podía ofrecerle la emoción de los negocios de alto nivel, junto con la posibilidad de convertirse en una mujer inmensamente rica. Si era tan inquieta e independiente como Lucas, aquello le haría muy feliz. Solo rezaba para que todo aquello fuera cierto.

Seis semanas atrás, el socio de Lucas había vaciado la cuenta bancaria que tenían en común y se había marchado a México. Habían estado a punto de ganar una fortuna con un polvo de coco con propiedades medicinales, así que su desaparición no tenía ningún sentido. Entonces, había surgido un importante trato en Atlanta, en el que Lucas había invertido todos sus ahorros, pero se había ido todo al garete porque uno de los ejecutivos le había dado una idea bastante distorsionada de la situación económica de su empresa. Por eso, después de aquellas experiencias, no estaba dispuesto a confiar en nadie.

No lamentaba del todo que le hubieran reclamado el Cadillac. Dado que Lilibeth no esperaba que llegara en una Harley, así podría tener oportunidad de investigar un poco y enterarse de la verdad sobre ella.

Si la acaudalada señorita Anderson lo ayudara a salvar el proyecto de su vida, las últimas semanas no le parecerían tan terribles. Mientras tanto lo único que podía hacer era relajarse y disfrutar del viaje.

El terreno era tan llano que Lucas no pudo resistir la tentación de tratar de conseguir un récord de velocidad personal. Además, no había tráfico.

En aquella calurosa tarde de otoño, el asfalto parecía humear en el horizonte. Sin embargo, cuando fue ganando velocidad, Lucas se dio cuenta de que la carretera no era tan llana como le había parecido sino que tenía badenes lo suficientemente profundos como para ocultar a un vehículo que se le acercara de frente. Fue aminorando, aunque lo sintió, porque se estaba divirtiendo mucho.

Nunca se hubiera imaginado que una furgoneta se estuviera

acercando por el centro de la carretera, pero así era. Como pudo, echó la Harley hacia el arcén derecho.

Había espacio suficiente, aunque estrecho, para que la furgoneta pasara. Entonces, vio que algo negro y peludo se asomaba por entre los barrotes del viejo vehículo, invadiendo el espacio de la moto de Lucas.

Era la cabeza de un perro.

Lucas se inclinó ligeramente, pero no pudo evitar que la rueda delantera de la Harley saliera de la superficie asfaltada. Trató de controlar la máquina, pero esta se tambaleó y acabó por hundirse en la arena que rodeaba la carretera. La moto seguía yendo al menos a cincuenta kilómetros por hora cuando salió disparada de debajo de él.

Sabía que debía despertarse. El hombro le dolía muchísimo, pero, si podía sentir el dolor, aquello significaba al menos que no estaba muerto. Lucas lentamente abrió los ojos y vio una hermosa alucinación. Una mujer, con el cabello oscuro y rizado y ojos pardos como los de una cierva lo miraba con el más adorable gesto de preocupación que hubiera podido imaginar.

“Seguro que es un ángel”, pensó. Entonces, trató de incorporarse.

—¡Quieto!

—Puedo cuidarme solo —musitó, luchando por apoyarse sobre un codo. Entonces, un fuerte dolor le hizo volver a tumbarse—. ¡Dios!

—Ya veo que necesitamos aplicar un torniquete directamente sobre la garganta.

—¿Cómo dice?

—Para evitar que blasfeme —dijo la mujer, que llevaba puesta una bata blanca

—Pero si lo único que he dicho ha sido “¡Dios!” —replicó Lucas, sin poderse creer que alguien pudiera ser tan puritano.

—Mencionó el nombre de Dios en vano.

—Seguro que estoy en medio de ninguna parte.

—Casi. Está en Nowhere Junction—. Y aquí tenemos nuestras costumbres. Ahora dígame, ¿cuántos dedos le estoy mostrando?

—Diecisiete.

—No se haga el listo.

—Tres.

—Bien.

Dos hombres acercaron una camilla desde una ambulancia que había al lado de la carretera. Detrás, iba una mujer pelirroja.

—No necesito camilla.

—Hágalo por mí —replicó la mujer de blanco.

—Puedo andar —le espetó él. Aquella vez, levantó los hombros dos centímetros del suelo antes de que el dolor lo paralizara.

—¡Túmbese! —le gritó la mujer—. Soy la doctora—Mimsy Miles, y este es el sheriff Bob Moriarty —añadió, señalando a un hombre joven con un sombrero de vaquero—. Y esta es mi enfermera, Florence Nightingale, y ese Murdock Murchison. Él es el conductor que usted tuvo que esquivar.

—No lo vi venir —musitó Murdock—. Lo siento mucho. Yo le pagaré sus gastos.

¿Que aquel hombre se estaba haciendo responsable del accidente? Efectivamente, él lo había causado, pero no había golpeado a Lucas. Murchison podría haberse excusado y, siendo del pueblo, todos lo habrían creído. Sorprendente.

—Necesito su nombre —dijo el sheriff Bob.

Lucas abrió la boca para contestar, pero se lo pensó mejor. Cuando el nombre de McRifle se extendiera entre los vecinos, él perdería su oportunidad de investigar antes a Lilibeth Anderson. Además, como precaución, dadas sus precarias circunstancias, para no perder sus tarjetas de crédito y su permiso de conducir, se había metido la cartera en la bota antes de ponerse en camino. Y allí estaba, bien escondido.

—No me acuerdo.

—¿Es eso posible? —le preguntó el sheriff a la doctora.

—Muy posible. No sabemos si se ha producido algún daño en el cerebro, pero podemos decir que el golpe ha sido muy fuerte.

Bob se arrodilló y registró los bolsillos de Lucas.

—No encuentro identificación alguna —dijo.

—Probablemente esté por aquí cerca, entre los cactus —sugirió la enfermera.

—¿Quieres decir que tiene amnesia? —preguntó Murdock—. Me pregunto si va a ser como tu abuela, Bob. ¿Te acuerdas? Solía decir que era la verdadera Anastasia, aunque había nacido en Texas.

—Él no está diciendo que sea otra persona —gruñó el sheriff—. Dice que no sabe quién es.

—Se le debería pasar en unas pocas horas, o en unos días, como mucho —le dijo la doctora a Lucas—. Estoy segura de que podemos encontrar algún modo de ayudarlo. Debe de ser horrible no saber quién es.

La mujer parecía tan compasiva que Lucas sintió remordimientos.

—Yo... creo que mi nombre podría ser Lucas —dijo. Había firmado sus correos electrónicos como L. McRifle, sin dar el nombre, así que se imaginó que podría preservar su identidad

durante algún tiempo.

—¿Lucas? —preguntó Murdock, mirándolo con frialdad—. No tratarías de golpear a mi perro a propósito, ¿verdad?

—¿Cómo?

—Murdock, ¿cómo iba a saber este hombre que tu perro se llama Lucas? —preguntó la enfermera, que se llamaba como la famosa enfermera británica.

—Estoy algo confundido —mintió él.

—Venga, vamos a ponerlo en la camilla —ordenó la atractiva doctora—. Necesita atención. Enseguida.

Aun en sueños, el hombre no hacía más que moverse, gruñendo y musitando palabras sin cesar. Mimsy le apartó un mechón castaño de la frente y él se calmó.

Lucas, si aquel de verdad su nombre, tenía unos rasgos fuertes y bien definidos. Su piel no estaba muy curtida, ni tenía callos en las manos. Con toda seguridad, no era un ranchero.

Mimsy le había dado suficientes analgésicos como para que le duraran horas. Las radiografías demostraban que había salido bastante bien parado, con solo unos pocos hematomas y un hombro algo magullado, pero le dolerían mucho cuando se despertara.

Deseó tener el equipamiento necesario para poder hacerle un escáner. No sabía si debía llamar a un helicóptero para que se llevara a Lucas a Austin, pero le parecía que lo mejor era esperar a que el hombre recuperara su identidad.

Mimsy recordó los objetos que el sheriff había encontrado en su moto. Un saco de dormir y una enorme bolsa de lona, sin nombre alguno. La bolsa contenía unos zapatos, ropa, y una bolsita de un polvillo marrón.

Bob, ansioso por demostrar su eficacia en la lucha contra las drogas, se había puesto alerta al ver la bolsa. Cuando se dio cuenta de que no era ningún estupefaciente y que se trataba de una sustancia que no podía identificar, se mostró algo desilusionado.

En vista de su falta de documentos que demostraran su identidad, el sheriff se preguntó si Lucas sería un proscrito. Por ello, envió sus huellas dactilares para que las analizaran, pero dudaba que aquello tuviera algún resultado positivo.

Por su parte, Mimsy no creía que aquel hombre fuera un delincuente. Aunque había tenido mucho dolor, había bromeado sobre los dedos que veía. Además, había tratado de cuidarse de sí mismo. Tal vez era solo una ingenua, pero aquel hombre le parecía un buen tiempo, por no mencionar también que era muy guapo.

El corazón le dio un vuelco. Era una tontería encapricharse de un hombre que solo estaba de paso por la ciudad. Sin embargo,

antes de que se marchara, esperaba descubrir el aspecto que tenía cuando sonreía. Sin duda, sería algo digno de recordar.

CAPÍTULO 2

LO PRIMERO que notó Lucas cuando se despertó fue que le habían quitado las botas. Estaba echado en una cama de hospital. Estaba casi amaneciendo y la luz se reflejaba en los instrumentos médicos que había en la habitación. Se oía el sonido constante de una máquina que le controlaba el corazón, con el contrapunto de los ronquidos de alguien que estaba sentado en una silla.

A pesar de que se sentía algo abotargado por los analgésicos, el cuerpo le dolía como si hubiera estado descansando sobre un colchón de clavos. Vagamente, recordaba a la dulce doctora, con aquella boca tan jugosa y atrayente. Si no se hubiera estado tan dolorido, se habría imaginado las cosas que ella podía hacer con aquella boca. También recordaba vagamente a la pelirroja, la enfermera, pero le parecía recordar que había dicho algo sobre tener que irse a su casa.

Entonces, ¿quién estaba roncando en aquella silla? Con un poco de suerte, sería la encantadora doctora. Recordó también que no había sido muy agradable con ella en la carretera y decidió remediar aquella primera impresión tan negativa. Si jugaba bien sus cartas, podría averiguar algo de Lilibeth Anderson.

No quería explotar a nadie para conseguir el éxito económico. Lucas creía en ser generoso pare, los otros y, mientras había podido permitírselo, había colaborado con una organización que pagaba las facturas de los veterinarios para animales abandonados. De hecho, cuando, con la ayuda de Lilibeth, consiguiera ser rico, utilizaría su parte para ayudar a las mascotas, al igual que comprarle a aquel hospital y a aquella doctora todo el equipamiento que necesitaran. También le compraría a Murdock una nueva furgoneta y una perrera con aire acondicionado para el perro con el que compartía nombre.

—¿Doctora? —dijo. Los ronquidos se detuvieron y, tras un breve intervalo, se reanudaron—. ¿Mimsy? —añadió, pensado que llamándola por su nombre de pila conseguiría atraer su atención—. ¿Cielo?

Los ronquidos se hicieron más rápidos, lo que demostraba que, a cierto nivel, ella lo estaba escuchando.

—¡Cara de ángel! —exclamó, sonriendo por su propia audacia—. ¿Te ha dicho alguien lo hermosa que estás cuando duermes? ¡Es hora de despertarse! ¡Venga, preciosa!

Los ronquidos se detuvieron y la figura que había sobre la silla se incorporó. Una ronca voz masculina respondió a sus palabras.

—¿Se está usted dirigiendo a mí?

—Lo siento —susurró Lucas, avergonzado de su propia estupidez —. Creo que me he confundido de persona.

—Oh, no importa —dijo el hombre, poniéndose de pie para estirarse.

El hombre era alto y delgado, con el cabello largo y los dientes alto torcidos, lo que le hacía parecer una figura sacada de un cuento de hadas.

—Soy Billy Dell Grimas —añadió, extendiendo la mano. Luego se detuvo—. Supongo que no debería tocar al paciente, ¿no?

—¿Es usted el enfermero de noche?

—No, solo el manitas. Me pidieron que me quedara con usted. Flo tenía que marcharse a casa, dado que es madre soltera y su hijo Hank, que tiene diez años, necesita alguien que lo cuide. Está teniendo algunos problemas en el colegio junto con mi hijo… oh…

—¿Se le ha olvidado el nombre de su hijo?

—Bueno, tengo tantos que… Mi esposa, Willie, y yo tenemos nueve hijos.

—No me extraña que se le haya olvidado el nombre —replicó él. ¿Nueve hijos? Él ni siquiera podía imaginarse tener uno solo, aunque, de repente, la idea no le pareció mal del todo—. Debe de ser muy difícil encontrar nueve nombres.

—Joe, ese es el que se mete en líos —explicó Billy—. Es mi hijo de diez años. Billy es el mayor y luego está Dell, seguido de Willie. Le pusimos así por mi esposa. —Ya veo. ¿Y los otros?

—Tuvimos que echar mano de la Biblia. Tenemos a… —añadió, con la máxima concentración—… Veamos, Joseph, ese es Joe, y Mary. Luego vinieron Adam y Eve, y Abel. La gente tenía miedo de que llamáramos Caín al siguiente. Sin embargo, Willie se puso de parto en medio de una reunión de la junta escolar. Yo estoy en la junta por tener tantos hijos. Bueno, la gente ya daba por sentado que el siguiente iba a ser Caín, pero la llamamos como Mazeppa.

—¿Quién es Mazeppa?

—Solía ser una mendiga hasta que se casó con Murdock Murchison, el tipo con el que usted tuvo el accidente. Luego, resultó que era muy rica, pero que lo había estado ocultado todos esos años. Ella proporcionó el dinero para construir la escuela.

—Muy bien… —musitó Lucas, sintiendo que el dolor se iba haciendo cada vez mayor—. ¿Dejó la doctora algo de medicina?

—¡Dios! Se suponía que tenía que llamarla cuando usted se despertara. Supongo que es mejor que vaya a hacerlo.

—¡Espere!

—¿Qué es lo que pasa?

—Mis botas. ¿Dónde están mis botas?

—Bajo la cama. Ahí es donde los tejanos guardan dejan siempre sus botas.

—¿Quién me las quitó?

—Yo. La doctora Mimsy hace que yo desnude a los hombres que no pueden hacerlo ellos mismos.

—¿Y encontró algo en ellas? —preguntó él, sin querer mencionar la cartera que supuestamente había perdido.

—Sí, señor —respondió Billy, arrodillándose para sacar una de las botas de debajo de la cama. Metió la mano en ella y sacó la cartera—. Aquí está, pero no he tocado nada.

—¿Y tampoco miró dentro?

—No, señor. Yo no toco los objetos personales de la gente —replicó el nombre, que no parecía caer en la cuenta de que la cartera podría contener otras cosas aparte del dinero.

—Estoy seguro de ello. Vuelve a ponerla ahí, ¿de acuerdo, Billy?

—Claro —respondió el hombre, haciendo lo que le había pedido —. Ahí está bien segura.

—¿Se lo has mencionado a alguien?

—¿Y por qué iba yo a hacer eso? Por aquí, la gente es bastante honrada, pero yo no tentaría a nadie diciendo dónde guardas el dinero. Algunos de esos niños de diez años podrían considerarlo una señal divina.

—Por cierto. ¿Qué le ha pasado a mi moto?

—Carter Murchison está arreglándola. Es el mecánico del pueblo.

—¿Es pariente de Murdock?

—Su hijo. Bueno, voy a llamar a la doctora Mimsy por lo de tu medicina.

Cuando el hombre salió de la habitación, Lucas volvió a recostarse sobre la almohada. Estaba empezando a sospechar que todas las personas de aquella ciudad o estaban emparentadas las unas con las otras o tenían el mismo nombre que un perro. Deseó poder marcharse en aquel mismo instante a su casa de Los Ángeles. Sin embargo, aquel placer tendría que esperar.

Después de recibir la llamada de Billy Dell, Mimsy se recordó que, en su estado, aquel hombre no podía marcharse. No había necesidad de apresurarse, pero lo hizo de todos modos. Todavía no había terminado de clarear el día. Era una fresca mañana de octubre, por lo que se puso un jersey de cuello alto color turquesa bajo la bata blanca.

“No va a ir a ninguna parte”, se dijo, mientras se ponía unos zapatos bajos más elegantes que los que llevaba habitualmente. Efectivamente, el hombre no podría marcharse hasta que le

arreglaran la moto y se le curara el hombro. Y, por supuesto, hasta que recuperara la memoria.

Tras recoger su bolso, bajó corriendo las escaleras. El café de los Anderson, sobre el que vivía, no había abierto todavía, pero Lilibeth ya estaba preparando café en el interior. Cuando vio a Mimsy, le hizo que se detuviera, le llenó una taza desechable y se dirigió a la puerta principal.

Era un gesto amable, tan habitual que Mimsy ya lo daba por hecho. Al recordar el anuncio de Internet, se dio cuenta de que había muchas cosas de la bella Lilibeth que había dado por sentadas. Probablemente debía de ser muy duro para una mujer tan joven y hermosa estar en aquel pequeño pueblo. Sus padres, JoJo y BK, dependían de ella para llevar el café y la farmacia, que también tenía una oficina de correos. Fueran cuales fueran sus sueños, Lilibeth tenía que dejarlos de lado por el bien de sus padres.

—Aquí tienes, Mimsy. He oído que tienes un nuevo paciente. ¿Cómo es? ¿Es mono?

Con aquella pregunta, Mimsy experimentó una nueva emoción. Celos. No los había sentido cundo tenía cinco años y le gustaba Billy Dell. Tantos años atrás, él había preferido compartir su helado con Willie en vez de con ella. Ni cuando, a los quince, sus sueños amorosos sobre Carter Murchison se habían hecho pedazos al saber que él estaba enamorado de una tal Amy. Sin embargo, los sentía en aquellos momentos. Además, experimentó una fuerte sensación de envidia. Lilibeth podría hacer que Lucas bailara al son que ella tocara con solo mirarlo. De eso estaba segura.

—Tiene muchos dolores, pero está bien.

—¡No me has dicho si es mono o no!

—No podría decirlo. Nunca me fijo en eso cuando se trata de pacientes —mintió.

—Supongo que no deberías, no si los tienes que desnudar —comentó Lilibeth, riendo.

—Billy Dell se ocupa de eso.

—El sheriff Bob me ha dicho que ese hombre tiene amnesia. ¡Un misterio aquí en Nowhere Junction! ¿Tienes idea de quién es?

—Supongo que un buscavidas. ¿Qué otra cosa podría ser con una moto tan destartalada y tan pocos objetos personales?

—Oh, un buscavidas.

Lilibeth, muy decepcionada, se encogió de hombros y, tras decir adiós, volvió a entrar en el café.

Mimsy pensó que, por supuesto, también podría ser que Lucas tuviera una casa o un trabajo en alguna parte. Mimsy recordó cómo Mazeppa había vivido en el pueblo durante años, sin que nadie supiera que era millonaria. La gente del pueblo se había apiadado

de ella y la habían ayudado a sobrevivir con su caridad.

De camino al pequeño hospital, pasó por delante de la vieja escuela, que estaban demoliendo unos albañiles. Al día siguiente, que era sábado, tendría lugar la demolición oficial. Se había organizado un picnic para que todos los habitantes pudieran ver la explosión.

Por fin, llegó al blanco edificio que constituía el hospital. Entró por la puerta lateral, que era la única que permanecía abierta. La mayoría del tiempo, no había nadie en recepción. Enseguida, Billy Dell fue a recibirla.

—Le duele mucho el hombro, pero quiere que le des el alta.

—¡Qué hombre más testarudo! —exclamó ella, no sin sentirse algo desilusionada por el deseo de marchar del desconocido.

—Dice que, seguramente, no tiene seguro médico. Le dije que Murdock va a pagar su tratamiento, pero él me respondió que no quiere gastar el dinero del viejo. Ni siquiera cambió de opinión cuando le dije que la esposa de Murdock es rica.

"Ya sabía yo que era un buen hombre".

—Bueno, voy a verlo —dijo Mimsy.

Encontró a su paciente sentado en la cama, con el rostro tenso y la mano temblándole ligeramente mientras jugueteaba con el desayuno congelado que Billy Dell le había calentado en el microondas.

—He oído que quiere que le dé el alta.

—No tengo nada roto, ¿verdad? —replicó él, con una sonrisa—. Por cierto, ¿cómo debo llamarla? ¿Doctora Miles?

—Casi nadie me llama así. Lo más formal que me dicen es doctora Mimsy, pero con mi nombre basta.

—Siento haber sido tan gruñón ayer —dijo él, entornando ligeramente sus ojos negros.

—Es comprensible. Con los pacientes estoy acostumbrada. Después de todo, no es fácil ser amable cuando se tiene dolor.

—De todos modos, no deberías dejar que la gente te tratara con grosería. ¡Y eso me incluye a mí! Ahora, acepta mis disculpas.

—¿Es una orden?

—Sí.

—Pues por aquí, yo soy la que da las órdenes habitualmente.

—Cada uno puede tener sus esferas de influencia. Tú puedes ordenarme que me ponga una inyección y yo puedo ordenarte que aceptes mis disculpas por mis malos modos.

—De acuerdo, es verdad que te mostraste algo malhumorado conmigo y acepto tus disculpas —asintió Mimsy, con una sonrisa.

Rápidamente, recuperó una actitud distante y profesional. No quería que el hombre confundiera su simpatía con un flirteo. Por

muy atractivo que él fuera, no significaba que ella tuviera que sucumbir.

—¿Hay un motel por aquí?

—¿Un motel? —preguntó ella.

—Necesitaré algún sitio en el que alojarme mientras me arreglan la moto.

—No hay ningún motel. Casi no viene nadie por aquí.

—Alguien tiene que alquilar habitaciones.

—Tal vez Murdock pueda alojarte, pero él vive algo lejos de la ciudad —dijo Mimsy, colocándole el estetoscopio en la espalda.

—Me temo que eso no me resultará muy conveniente, considerando el estado de mi moto.

—Respira hondo.

Él obedeció, aunque el movimiento le provocó un fuerte dolor.

—Los pulmones suenan bastante despejados. ¿Qué tal ves? ¿Notas la vista borrosa? —quiso saber.

Él negó con la cabeza. Entonces, Mimsy le metió un termómetro en la boca.

La lectura era normal, lo que demostraba que no había infección.

—Billy me habló del café de los Anderson —comentó Lucas, mientras se recostaba contra la almohada—. Me dijo que tienen algunos apartamentos en la parte de arriba. Tal vez pueda hacer que me alquilen uno durante unos días. Hasta que aparezca mi cartera.

Efectivamente, había uno vacío al lado del de Mimsy, pero ella no quería mandar a Lucas a hablar con Lilibeth. Sentía que lo había visto primero y que, mientras estuviera en el pueblo, era suyo.

—No puedes alojarte allí.

—¿Por qué no?

—No puedo darte el alta a menos que alguien pueda cuidar de ti. Algunas veces, los golpes en la cabeza desarrollan conmociones cerebrales inesperadamente —dijo Mimsy. Sin poder evitarlo, pensó que ella misma tenía una habitación de invitados. No, no podía dejar que se alojara allí—. ¿Te acuerdas de por qué venías por aquí? Tal vez había alguien esperándote.

—No me acuerdo —mintió.

—¿Lo ves? No estás bien.

—Tal vez a esos Anderson no les importaría echarme un vistazo de vez en cuando si les alquilara una habitación. ¿Los conoces bien?

¡Qué ironía que, de todas las familias que había en la ciudad, tuviera que preguntar precisamente por la de Lilibeth!

—Son muy agradables. La verdad es que yo estoy de alquiler en uno de los apartamentos que tienen sobre el café. Está a la vuelta de

la esquina.

—Supongo que aquí no se queda nadie por las noches, así que supone mucha molestia que tenga que haber alguien vigilándome.

—Estamos preparados para cuidar de nuestros pacientes —le aseguró Mimsy, con firmeza.

—Se me ocurre otra posibilidad. No tendrías una habitación de sobra en tu apartamento, ¿verdad? Si me quedara allí, podrías vigilar muy bien mis progresos. Tu casa podría ser una especie de hospital auxiliar para por las noches.

El corazón de Mimsy le dio un salto en el pecho. ¿Y si se atrevía a decir que sí? Seguro que Lucas no se imaginaba que ella sentía algo más que celo profesional.

—Supongo que podríamos arreglarlo.

—Te estaría muy agradecido.

—Pero solo hasta que recuperes la memoria.

—Claro.

Sí. Había tratado el tema de un modo muy profesional. Mimsy se sentía orgullosa de sí misma.

Lucas se preguntó si Mimsy sabía lo adorable que era. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que conoció a alguien que mostrara tan abiertamente sus emociones.

Había estado deseando pedirle que se alojara con ella. Probablemente así lo había querido por curiosidad y como un modo de aliviar el aburrimiento de aquella vida tan provinciana, aunque podría ser que le gustara también un poco.

Ella sí que le gustaba a él, lo suficiente como para jurarse que no se aprovecharía de ella. No quería estropear aquella dulce inocencia.

Tenía unos sentimientos tan negativos sobre los las ciudades pequeñas que se había olvidado de que también había ventajas. Una de ellas era que las mujeres no solían calcular su valor neto en el momento en que lo conocían. Mimsy estaba dispuesta a acogerlo aunque, por lo que ella sabía, Lucas no era más que un solitario sin blanca.

Decidió que no iba a volver a pensar en la delicada curva de sus mejillas ni en los pequeños y firmes pechos que se le adivinaban bajo la bata. Aquella mujer no conocía el poder de su sensualidad natural.

Resultaba muy difícil imaginar que aquella mujer hubiera llegado a la treintena sin un hombre a su lado. Seguramente no era virgen, pero, el hombre que le hubiera hecho el amor, no lo había llevado a cabo con mucha destreza.

Ella necesitaba alguien experimentado pero gentil, un hombre

que apreciara su belleza y que se tomara su tiempo. Un amante que supiera acariciarla hasta que las llamas de su pasión ardieran con todo su esplendor. Un hombre como Lucas.

—Es hora de que te levantes y andes un poco —dijo Mimsy—. No queremos que se te formen coágulos de sangre.

—Claro.

Sin embargo, Lucas estaba tan excitado por sus fantasías que ni siquiera podía sentarse en la cama. Lo único que quería era tomarla entre sus brazos y...

—Apóyate sobre mí —dijo ella, levantándole un brazo para rodearse los hombros con él.

—Es que me duele mucho el cuerpo. Tal vez deberíamos esperar...

—En ese caso, deberías quedarte aquí otra noche. Si tengo que administrarte analgésicos fuertes, preferiría que te quedaras enganchado a estas máquinas.

—No, no quiero quedarme aquí —afirmó Lucas, apoyándose sobre ella y levantándose.

—Cuesta, ¿eh?

Poco a poco, él se fue irguiendo. Se imaginó que ella medía aproximadamente un metro sesenta ya que, con su casi un metro ochenta y cinco, Lucas parecía un gigante a su lado.

—Estoy bien.

—¿Crees que podrás subir escaleras?

—¿Las de tu apartamento? Claro.

Lucas quería recobrar cierta intimidad saliendo de aquel hospital y, además, tenía que conocer a Lilibeth Anderson. ¿Qué mejor modo podía haber de hacerlo que viviendo encima del café de sus padres? Seguro que la heredera debía ir de vez en cuando. En un sitio tan pequeño como Nowhere Junction, no podía haber demasiados sitios donde tomar algo, por muy rica que ella fuera.

Lucas sintió una cierta sensación de culpabilidad al pensar que estaba mintiendo a la amable Mimsy, pero, efectivamente, necesitaba un lugar en el que recuperarse. Tal vez, si se esforzaba mucho, podría considerarla como la hermana que nunca tuvo.

—Lo estás haciendo muy bien —dijo ella, mientras cruzaban la habitación.

A pesar de lo mucho que le temblaban las piernas, Lucas no se dio por vencido.

—Ya casi no me duele.

—No me digas.

—¿Cómo?

—Por el modo en que lo has dicho, hubiera podido creérmelo, pero sé que no es verdad. Podrías engañar a casi todo el mundo,

Lucas. No lo estarás haciendo también con eso de la amnesia, ¿verdad?

Estuvo a punto de contarle la verdad. De admitir las verdaderas razones que lo habían llevado a Nowhere Junction y pedirle que lo ayudara a saber la verdad sobre Lilibeth. Sin embargo, sabía que una persona tan honrada como Mimsy no iba a encubrirlo si el sheriff empezaba a hacer preguntas.

—De hecho, me parece que soy uno de esos tipos que van de acá para allá —dijo, para cambiar de tema—. Lo último que querría es quedarme en un sitio mientras trato de averiguar quién soy y adónde voy. Bueno, ¿cuándo podré probar suerte con tus escaleras?

—Después de comer —respondió Mimsy, acompañándolo de nuevo a la cama—. Mandaré a Flo para que te ayude.

—¿Necesita ella ayuda con su hijo?

Lucas no estaba seguro de por qué había preguntado, dado que no tenía experiencia alguna con niños. Sin embargo, sabía lo que era crecer en un lugar tan pequeño como aquel.

—No te impliques con Hank. Necesita personas que vayan a estar aquí con él, no como su padre.

Con aquel tono, había implicado que tampoco Lucas. Se merecía aquella respuesta, aunque no comprendía por qué le había dolido tanto.

Decidió no pensar sobre ello y se reclinó sobre la almohada. Le dolía todo el cuerpo, pero se cuidó mucho de decirlo para que Mimsy no le diera más medicación. Pensaba salir del hospital aquel mismo día, con la cabeza despejada aunque no pudiera decir lo mismo de su conciencia.

CAPÍTULO 3

MIMSY tenía un mal presentimiento sobre el sábado. El director de la escuela, Dick Smollens al que todos llamaban “tío Dick” perdía a menudo el control de sus alumnos. ¿Y si perdía también el control de todos aquellos explosivos?

En la consulta, fue un día tranquilo. Necesitaba distraerse del hecho de que Lucas fuera a dormir en su apartamento aquella noche, por eso, después de comer, comenzó a prepararlo todo para un posible desastre. Flo, que compartía sus recelos, empezó a hacer todas las camas del hospital y a preparar vendas, frascos de suero y antibióticos. Mimsy llamó al banco de sangre en Austin y se aseguró de que podrían mandarle suministros por helicóptero si era necesario.

Acababa de terminar de esterilizar su equipo quirúrgico cuando oyó que Lucas iba andando por el pasillo. Lo hacía con trabajo, pero si desfallecer.

Al salir, vio que se había dado una ducha y se había puesto unos vaqueros y un polo que se le ceñía mucho al pecho. Al contrario que los otros buscavidas que había conocido, tenía algo que la hacía sentirse cómoda con él. Tal vez demasiado.

—¿Estás haciendo ejercicio?

—Creí que sería una buena idea. Quiero salir de este hospital hoy mismo, como me habías prometido.

—¿Por qué tienes tanta prisa?

—Como ya te he dicho, creo que esa es mi personalidad. Siempre corriendo, aunque no tengo ningún sitio al que ir. Por cierto, la enfermera Nightingale y tú parecéis estar muy ocupadas. ¿Es que esperáis que el hospital se llene?

—Espero que no —respondió ella, mirando por una ventana desde que la que se veía la escuela y el patio—. ¿Ves ese edificio?

—Es la escuela, ¿no?

—La antigua escuela. Lleva años en estado de ruina. Mañana la van a demoler para dejar sitio a un nuevo edificio.

—¿Y estás preocupada por la explosión?

—Estoy preparándome por si hay heridos. Por si acaso.

—¿Quién está a cargo de la demolición?

—El director. Él dice que tiene experiencia y conocimientos sobre voladuras. Yo no estoy segura de cómo convenció a la junta escolar para organizar todo eso.

—Entonces, ¿tú estás a cargo de los preparativos por si hay un desastre aparte de ocuparte de tus pacientes?

—Todos los habitantes de esta pequeña ciudad son mis pacientes, así que tengo que ocuparme de su bienestar. No tenemos más personal en una población de este tamaño. Ni siquiera tenemos un sheriff a tiempo completo. Bob se pasa la mitad del tiempo en el rancho. Todos colaboramos.

—Eso suena muy distinto a la ciudad donde... Maldita sea —fingió—. Casi me acuerdo de cosas y, en un momento, se me han ido.

—Eso es buena señal. Probablemente tienes una pequeña inflamación en el cerebro que va remitiendo.

—Eso espero. Por cierto, si vas a bajar a inspeccionar el lugar, yo te acompañaré

—¿Por qué te interesa?

—Nunca se sabe lo que me podría hacer recordar. Como ya te he dicho, me gustaría marcharme pronto.

"No demasiado pronto". Mimsy sabía que era una locura querer que él se quedara allí, con ella, aunque fuera solo durante unos pocos días. Aquel no era su sitio. Podría estar casado, a pesar de que no llevaba anillo de boda.

Sin embargo, tenía habitualmente tan pocas oportunidades para soñar... Tan pocas oportunidades para decirse, aunque fuera por un día, que el hombre que ocupaba sus fantasías, tierno, fuerte y maravilloso, podría ser real. Aunque supiera que se estaba mintiendo.

—Claro que puedes venir conmigo —dijo—. Vámonos.

Mientras se ponía las botas, Lucas pensó que se había escapado por los pelos. Había estado a punto de confesarle que él había crecido en una ciudad no muy distinta de aquella, y que la había encontrado pequeña y asfixiante. Aparte de que hubiera acabado de un plumazo con la historia de su amnesia, no quería aguar el optimismo de Mimsy. Evidentemente, ella tenía una gran opinión de sus conciudadanos, que Lucas esperaba que estuviera justificada. Sin embargo, lo dudaba.

A pesar de que todo el mundo había cooperado los unos con los otros en Blink, Colorado, nadie se había molestado con los McRifle.

Lucas había sido el "bala perdida" de su ciudad, el niño al que los padres impedían que jugara con sus hijos. Su madre se había marchado cuando él solo era un niño, pero su padre, Norman McRifle, seguía viviendo en Blink. Aunque se ocupaba de los animales abandonados, de las piezas de coche y de los aparatos usados, sus conciudadanos consideraban que su establecimiento dañaba la vista y, periódicamente, trataban de demolerlo.

Lucas se metió la cartera en la bota, se pasó un peine por el

cabello y salió del cuarto de baño. Cuando salió a buscar a Mimsy, vio que ella se había quitado la bata blanca y que lo estaba esperando en la habitación.

Aquel jersey turquesa sacaba brillo a sus ojos pardos y resaltaba el color de sus mejillas. Con aquellos rizos tan cortos, parecía demasiado joven para ser médico.

—Después de que veamos la escuela, puedo llevarte en coche por el pueblo para que lo conozcas. Flo me llamará al busca si viene alguien a la consulta.

—Estupendo. Gracias.

Lucas esperaba averiguar algunas cosas. En primer lugar, la razón por la que los acaudalados Anderson no habían ayudado a Mazeppa Murchison a financiar la nueva escuela. ¿Eran tacaños o es que se ocupaban de otras cosas? Además, sentía algo en su interior que lo motivaba. Estar con Mimsy lo estimulaba. Con ella, se sentía alerta, ligeramente excitado... Bueno, algunas veces mucho más que ligeramente. Sin embargo, mientras estuviera en aquella ciudad, no había razón alguna para no disfrutar de su compañía.

Cuando salieron del hospital, Lucas sintió los rayos del sol sobre la cara y los hombros. Gracias a una ligera dosis de analgésicos, el dolor había ido remitiendo. Si andaba mucho, seguramente tendría más dolores después, pero prefería vivir la vida plenamente.

Al llegar al parque, vieron que estaba muy alegre con una enorme tienda de rayas y un par de ellas más pequeñas. Desde dentro, se oían a los profesores dando clase y a los niños charlando.

—¿Dónde conseguisteis las tiendas?

—Quade se las alquiló a un circo —dijo Mimsy—. Son bastante resistentes y, además, son impermeables.

En aquel momento, se les acercó el sheriff Bob.

—¿Ya ha salido del hospital?

—Lucas se siente mejor, pero todavía no ha recuperado la memoria.

—¡Que raro! —dijo el sheriff.

—A mí tampoco me hace mucha gracia, créame —respondió Lucas, al ver el mohín que hacía el sheriff.

Sin responder, Bob se volvió hacia Mimsy.

—¿Has oído algo de que Lilibeth le va a dar a mi hermana una fiesta por su boda?

—No, pero creo que es una buena idea.

—No está bien animar a una mujer a hacer el ridículo. Casarse con un hombre de Groundhog Station no está bien. Va contra el orden natural. Aquí —añadió, mirando a Lucas—, nos quedamos con los nuestros.

—Ya veo —replicó él.

Aquella era la típica actitud provinciana que se había temido.

—No creo que haya planes para ninguna fiesta —comentó Mimsy—. Estoy segura de que me habrían invitado.

—Bueno, pues las dos estuvieron hablando un buen rato por teléfono esta mañana. Bobette dijo algo sobre una fiesta. O tal vez de ir a nadar. Ahora que lo pienso, me pareció que había agua de por medio. No presté demasiada atención porque una de mis vacas se había quedado atascada y no hacía más que mugir.

—Yo no le prestaría demasiada atención si fuera tú. Ya lo descubriremos. Ahora, dime, ¿a qué distancia vas a mantener a los espectadores mañana?

—Hasta allá —indicó Bob, señalando un par de árboles que había tras las tiendas—. ¿Crees que es suficiente?

—No sabría decirte.

—El tío Dick jura que el edificio se va a desplomar y que no va a salir volando ni un solo ladrillo.

—Lo creeré cuando lo vea.

—Y yo —concluyó el sheriff, antes de marcharse.

—¿Su hermana se llama Bobette? —preguntó Lucas, cuando el sheriff ya no podía oírlo.

—Es que son gemelos.

—¿Y ella vive con él?

—Heredaron un rancho junto. ¿Dónde iba a vivir si no?

—En cualquier otro sitio menos con él.

—No siempre se porta de un modo tan hostil —replicó Mimsy, riendo—. Es que no le gusta Groundhog Station. Viene de una vieja rivalidad de cuando las dos ciudades trataban de conseguir que llegara el ferrocarril y fue Groundhog quien la consiguió. No hace mucho, también llevaron allí la autopista.

De repente, un fuerte ruido interrumpió sus palabras. Parecía venir de la escuela. Lucas se dio cuenta de que era el cencerro de una vaca.

—¡La hora de comer! ¡Venid por vuestro almuerzo! —gritó una mujer.

De las tiendas, salieron un montón de niños gritando. Muchos de ellos llevaban unas bolsas marrones en las manos.

—¿Qué es lo que pasa?

Mimsy señaló una pequeña mesa tras la que una mujer empezaba a servir comida en platos de papel. Tras los niños, los obreros que trabajaban en la demolición de la escuela acudieron también.

—Finella Weinbucket se ha ofrecido a dar de comer a los obreros y también a los niños. Dado que en estos momentos no hay comedor escolar, los padres están más o menos contentos.

—¿Más o menos?

—Finella es famosa por sus extrañas recetas —explicó Mimsy, mientras acudían en aquella dirección.

—Pues a los obreros parece gustarle su cocina.

—No son del pueblo. La novedad todavía no los ha cansado. O tal vez tengan estómagos de hierro.

Finella les hizo una señal para que se acercaran. Cuando pudo oler la comida, Lucas notó que olía a una extraña mezcla de ajo y de canela, por lo que decidió no probar la comida que la mujer ofrecía.

Tras darle la mano, respondió a las preguntas que Finella le hacía sobre su memoria. Evidentemente, la historia del accidente y de su amnesia se había extendido rápidamente por la población.

Entonces, mientras Finella seguía sirviendo la comida, se les acercó una mujer con tres papadas, que se presentó como Gigi Wernicke, la dueña de la tienda de ultramarinos.

—Ven a mi tienda cuando tengas hambre —le ordenó a Lucas—. Te surtiré con los productos que están de oferta esta semana. Unas naranjas que se cayeron de la furgoneta, chiles y carpas.

—Y ha habido un envío de petos vaqueros en mi tienda, si necesitas ropa —añadió un hombre que Mimsy presentó como Horace Popsworthy—. Están rebajados porque tienen unas margaritas bordadas en el peto. No sé a qué idiota se le ocurrió esa idea.

—Tengo que admitir que no tengo petos bordados en mi vestuario —dijo Lucas.

Sabía que Mimsy estaba conteniéndose para no soltar la carcajada.

—Verás que somos una población muy hospitalaria —comentó Horace—. Si quieres saber cualquier cosa, solo tienes que preguntármelo. Yo soy casi el alcalde.

—¡Horace! —exclamó Gigi—. Ya sabes que Quade Gardiner es el alcalde, no tú.

—Yo era el candidato oficial —replicó el hombre—. Él vino después. Eso no cuenta.

—¡Horace! —gritó otro hombre, que se acercaba a ellos con un gorro de marinero en la cabeza.

Como tenía una barba blanca, muy bien recortada, parecía que hubiera terminado de regresar de una travesía.

—Lucas, este es Dick Smollens, el director de la escuela —dijo Mimsy—. Dick, me gustaría que conocieras a...

—Encantado de conocerlo —dijo Dick, sin dejarla terminar—. Horace, tienes que impedir que los niños compitan en las carreras de go-karts de Groundhog. Yo no tengo tiempo para supervisarlos y

el único hombre de la ciudad que sabe algo de esos vehículos es Carter Murchison y me ha dicho que no podremos ganar sin gastar mucho dinero.

—La junta escolar lo decidió en votación —respondió Horace—. Queremos enseñarles una lección a esos de Groundhog.

—¿Por qué tengo yo que soportar esto? —preguntó el director, a nadie en particular—. ¡Como si no tuviera suficientes responsabilidades en mis manos!

Lucas agradeció que Mimsy lo alejara del grupo. Aunque lo intrigaba la carrera de go—karts, no iba a estar allí cuando se produjera, así que, ¿por qué molestarse?

—Por cierto —comentó, como de casualidad—, he oído que los fondos para construir la escuela los ha puesto la esposa de Murdock Murchison. Me sorprende que los habitantes del pueblo no recaudaran ellos mismos el dinero.

—Lo intentamos. Buffy Murchison hizo que las mujeres se pusieran a coser ropa para venderla y Finella hizo no sé cuántas degustaciones de pasteles.

—¿Y no hay más personas ricas en la ciudad que podrían haber donado el dinero?

—Hay algunas, pero tienen el dinero comprometido. Por aquí, la mayoría de la gente tiene propiedades, pero eso no significa que tengan dinero en efectivo a mano.

Aquella información no resultaba nada prometedora. Sin embargo, que los Anderson fueran algo agarrados a la hora de hacer donaciones, no significaba que su hija no tuviera dinero propio. Además, realizar una inversión era diferente a regalar el dinero.

—Hay algo que quiero mostrarte —dijo Mimsy, muy ansiosa—. Luego, iremos al taller y veremos cómo va tu motocicleta. Estoy segura de que te gustará saberlo.

—Sí, gracias.

Impulsivamente, Lucas entrelazó el brazo con el de ella. El apoyo le vendría bien, dado que el pavimento resultaba algo desigual. Además, le encantaba sentir la energía que corría por el cuerpo de aquella mujer. Resultaba difícil comprender por qué ningún hombre de la ciudad la había llevado al altar.

Lucas pensó que menos mal que él no era de los que se casaban. Si no, si se quedaba el tiempo suficiente, podría terminar casándose con ella y quedándose en Nowhere Junction para siempre.

Mimsy nunca le había contado a nadie lo que estaba a punto de decirle a aquel completo desconocido. Era demasiado íntimo, aun para contárselo a su amiga Buffy. En cierto modo, el hecho de que Lucas no fuera a quedarse mucho tiempo, la animaba a desahogarse

con él.

Después de ayudarlo a entrar en su coche y de meter sus pocas posesiones en el maletero, Mimsy arrancó.

—¿Cómo es que tienes un vehículo tan grande? Yo te imaginaba con un pequeño utilitario.

—Porque en el maletero de este puedo llevar un equipo de emergencia que tiene el hospital.

—¿Cuánto tiempo llevas ejerciendo la medicina aquí?

—Tres años, desde que murió el antiguo médico. Acababa de terminar las prácticas y estaba tratando de decidir lo que hacer. La suerte fue que había venido a visitar a mi madre cuando el médico se murió de un ataque al corazón mientras estaba asistiendo el parto de uno de los niños de Billy Dell.

—¿Qué te hizo estudiar medicina? —preguntó él, mientras la estudiaba.

La gente no solía prestarle tanta atención. Ella no era hermosa como Lilibeth. Por ello, que un hombre como Lucas la mirara de aquel modo era una experiencia nueva para ella. Suponía que todavía no la conocía bien para haberse dado cuenta de lo aburrida que era.

—Mi padre era médico. Yo no me acuerdo mucho de él porque murió cuando yo tenía cinco años.

—Y decidiste seguir sus pasos.

—Era o ser maestra como mi madre o eso, y no tengo paciencia para dar clase.

—¿Tu madre fue tu maestra en la escuela?

—Sí. Eleanor Miles era famosa por ser la profesora más estricta en la historia de Nowhere Junction. Daba clase en quinto curso. Todo el mundo recuerda alguna anécdota sobre ella.

—¿Era tan dura en casa como en clase?

—Sí. Nunca estaba satisfecha. Sé que trataba de ser padre y madre para mí. Además, consiguió que consiguiera unos logros muy elevados.

—Debió de resultarte muy duro, a pesar de todo.

—¿Cómo eran tus padres? —preguntó ella, de repente—. ¡Oh! Lo siento. Se me había olvidado que no recuerdas nada.

—Dudo de que fueran tan estrictos como tu madre. ¿Qué era lo que querías mostrarme? —preguntó él, al notar que ella había aminorado la marcha del coche.

—Esta casa —respondió ella, indicando una enorme casa de tres plantas—. Aquí es donde crecí.

—Debe de traerte muchos recuerdos.

—Me pareció increíble que mi madre la vendiera. Lo hizo prácticamente de la noche a la mañana —susurró Mimsy, con un

nudo en la garganta—. Yo estaba en Dallas, en una conferencia. Ni siquiera me preguntó si yo quería comprársela.

—¿Por qué la vendió?

De repente, sintió la fuerza que emanaba la presencia de Lucas. Sin poder evitarlo, se preguntó si tendría alguna mujer esperándolo en alguna parte. ¿De dónde vendría? Parecía más bien el tipo de los nombres de la costa oeste. Había oído que allí había muchas mujeres muy hermosas...

—Mi madre se casó con un camionero hace dos años —dijo ella por fin, sabiendo que Lucas esperaba una respuesta—. El se perdió y llegó aquí, con un eje partido. Se quedó en la ciudad unos días mientras Carter se lo reparaba. Se enamoraron. Me dijo que necesitaba el dinero de la casa para empezar una nueva vida.

—Espero que él no se aprovechara de ella.

—Por lo que yo sé, no. Le vendió la casa al tío Dick, como lo llama todo el mundo. Ahora vive en Tennessee.

—¿Por qué necesitaba el dinero?

—Su marido es viudo con diez hijos. Algunos de ellos siguen viviendo en la casa con algunos de los nietos. Necesitaban una casa mayor. Me alegro de que mi madre sea feliz, aunque siento que no me preguntara si quiera si yo quería comprarle la casa...

—¿Has pensado alguna vez en comprársela al tío Dick?

—No está a la venta. Él dice que llevaba años esperando que algo así se pusiera en venta.

—Es muy bonita —comentó Lucas, estudiando la casa—. Y estoy seguro de que para ti significa mucho más porque la asocias a tu niñez.

—Sueño con hacer pan en esa cocina, como mi madre solía hacer. Y ver a mis hijos haciendo los deberes con los libros extendidos sobre la mesa del comedor. Como mi madre la vendió amueblada, la mesa sigue estando ahí.

Mimsy se detuvo, asombrada por su osadía. ¿Niños? Tenía treinta y tres años, sin ningún hombre en su vida.

—Vamos a ver cómo va tu moto —dijo, antes de que Lucas pudiera ver las lágrimas que se le habían formado en los ojos.

CAPÍTULO 4

LUCAS estaba sintiendo cosas que no quería sentir y que no tenían nada que ver con su dolorido cuerpo. Se trataba de sentimientos como la nostalgia, el anhelo, la ternura, y estaban todos ellos ligados a aquel extraño pueblo y a la sensible mujer que tenía a su lado.

Ella era diferente de todas las personas que había conocido. Inteligente, pero modesta, capaz de sentir muchas emociones, pero sincera. Cuando sus hermosos ojos castaños se tiñeron de lágrimas, quiso tomarla entre sus brazos y prometerle que todo iba a salir bien.

Sin embargo, ¿cómo iba a prometerle eso cuando no iba a quedarse para asegurarse de ello?

Resultaba extraño. Lucas se había imaginado que unas pocas horas en una pequeña ciudad como aquella le harían pedir a gritos una carretera. En vez de eso, sentía una cierta desgana mientras se dirigían al taller. No tenía prisa por marcharse.

Sus dolorosos años en Blink se habían hecho más llevaderos porque recuerdos anteriores, más agradables, estaban saliendo a la superficie. Navidades en las que el tendero les entregaba una cesta de alimentos, con unos cuantos caramelos para Lucas. Un otoño, cuando los padres de su amigo Joey lo llevaron de excursión. Un fin de semana de verano haciendo esquí acuático en el lago con la familia de su amigo Sam... Cuando se hizo adolescente, Lucas se apartó de sus amigos. Durante mucho tiempo, creyó que ellos lo habían rechazado por su pobreza. Sin embargo, tantos años después, se preguntaba si no los habría alejado él con su actitud rebelde.

Dejó el equipo de baloncesto, faltó a clase y empezó a fumar, aunque, gracias a Dios, nunca se había enganchado. El sarcasmo y la apariencia desaliñada se convirtieron en su sello personal.

Sus pensamientos volvieron al presente cuando el coche de Mimsy se detuvo delante de un local que afirmaba ser el Taller de Murchison. Volvían a estar justo enfrente de la escuela y a solo una manzana del hospital.

El hombre que estaba trabajando en su moto los miró con una amable sonrisa que le recordó a Lucas a su viejo amigo Sam.

—Tú debes de ser Lucas —dijo el hombre, extendiendo la mano.

Lucas trató de hacer lo mismo, pero el dolor que sintió en el hombro al estirar el brazo se lo impidió.

—Dios mío...

—Lo siento. No me había dado cuenta —replicó el otro hombre, bajando la mano—. Me llamo Carter Murchison. Fue mi padre el que casi te arrolló, así que la reparación no te costará nada.

—Muchas gracias —respondió. Nadie en Los Ángeles habría hecho eso por él.

Por la puerta trasera, se veía a una hermosa mujer rubia con enormes ojos azules. Iba vestida con mucho estilo, lo que suponía un gran contraste con el resto de las mujeres de Nowhere Junction.

¿Podría ser aquella Lilibeth Anderson?

—Lucas, te presento a mi esposa, Buffy.

—Mucho gusto —respondió Lucas, sonriendo.

—Me alegro de conocerte después de oír hablar tanto sobre ti. A todo el mundo en esta ciudad le gusta cotillear sobre los extraños. No te ofendas. Yo misma fui una no hace mucho tiempo.

—No me importa.

—Buffy tiene una boutique. Está al lado de la tienda de ultramarinos —comentó Mimsy.

—¿No te he visto antes, en otro lugar? —preguntó Buffy—. Aquí no. ¿Tal vez en Los Ángeles?

Lucas esperaba que no. Lo último que quería era que le reconocieran. Efectivamente, su foto había aparecido varias veces en los periódicos de Los Ángeles y una vez en un semanario de tirada nacional.

—No puedo saberlo, dado que he perdido la memoria. Tal vez conocías a alguien que se parecía a mí. Además, ¿cuánto tiempo hace que te marchaste de Los Ángeles?

—Solo llevo viviendo seis meses en Nowhere Junction y ¡me encanta!

—¿Seis meses? —preguntó Lucas, sorprendido. Había visto a la niña.

—Carter y yo nos conocimos por primera vez en Los Ángeles. Bueno, más o menos. Yo estaba trabando en un banco de esperma y hubo una pequeña confusión...

—No creo que a Lucas le gustara oír esa vieja historia —dijo Carter, sonrojándose, antes de ponerse de nuevo a trabajar con la moto.

—¿Es él? —quiso saber una mujer más madura, con el cabello muy negro y un rostro muy enjuto—. ¿El señor que tiene amnesia? ¿Está fingiendo, señor? Porque si es así, yo misma me encargaré de echarlo de la ciudad en mi carrito de la compra.

—¡Mazeppa! —exclamó Buffy—. No hay razón de insultar a alguien que no conoces.

—Ahora ya lo conozco —replicó la mujer, plantándose delante de Lucas—. Ya no soy una mendiga que acepta tu caridad, Buffy.

Soy tu suegra y, por la protección de mi nieta, pienso vigilar de cerca a este tipo.

—No he venido para hacer daño a nadie —dijo Lucas, divertido.

—¿Cómo puede estar tan seguro? —preguntó Mazeppa—. Por lo que dice Mimsy, no sabe por qué está aquí. Jovencito, yo engañé a estas personas durante años. Sé lo tontos que son.

—Y los ha recompensado por ello con una nueva escuela —le recordó él.

—Ya veo que alguien ha estado hablando más de la cuenta —gruñó Mazeppa, incómoda de que le hablaran de sus buenas obras.

—No creo que sea un secreto —comentó Carter, más tranquilo ya que el tema se había alejado de los bancos de esperma.

A Lucas se le ocurrió que estaba delante de una mujer con los recursos suficientes para financiar su negocio y ayudarlo a recuperar su fortuna. Sin embargo, dudaba de que ella quisiera ayudar.

—En cualquier caso, Mimsy no es ninguna tonta —afirmó Lucas—, y dudo de que lo sean el resto de los habitantes de este pueblo.

—Bueno, me alegro de haberte conocido. Tengo que regresar a mi boutique —dijo Buffy, dejando a su hija a cargo de Mazeppa—. Te diré si recuerdo algo que te ayude a recuperar la memoria.

—Gracias —susurró él.

Solo esperaba averiguar algo de información sobre Lilibeth y él mismo recuperaría “espontáneamente” la memoria.

Después de que se despidieran de Carter y de Mazeppa, Mimsy lo llevó de nuevo hasta su coche.

—Si no estás demasiado cansado, te mostraré el resto de esta pequeña ciudad.

—Estupendo.

Lucas sentía tantos dolores como si hubiera envejecido treinta años. Sin embargo, quería hacer todo lo posible por conocer a Lilibeth.

Cuando arrancó el coche, giraron a la izquierda hacia la calle Principal. Allí estaban todas las tiendas. El salón de belleza de Binny, los Ultramarinos Popsworthy, la inmobiliaria Weinbucket, el banco, la boutique de Buffy...

En la esquina con la calle Cruz, estaba la farmacia Anderson, que estaba anexa al café Anderson.

—Parece que los Anderson tienen muchas propiedades en este pueblo.

—Sí —suspiró Mimsy—. Lilibeth tuvo en propiedad el título de reina de la belleza durante sus cuatro años en el instituto. Eso fue todo un récord.

—Debe de ser muy hermosa.

—Lo es —afirmó ella, tristemente—. Incluso más guapa que Buffy.

Lucas estaba a punto de decir que las rubias nunca habían sido su tipo cuando recordó que se suponía que no debía saber cómo eran las mujeres que le gustaban y que tampoco debía saber cómo tenía Lilibeth el cabello.

A pesar de lo difícil que le resultaba aquella amnesia, no tenía prisa por dejarla de lado porque aquello significaría separarse de Mimsy y, primero, había muchas cosas que deseaba saber sobre ella, como, por ejemplo, por qué tenía tan pobre opinión sobre sí misma cuando era muy lista y, en su opinión, muy guapa.

También quería besarla, lo que lo sorprendía aún más. Hacerlo solo una vez no podía suponer ningún mal.

—Voy a instalarte en la habitación que tengo para invitados —dijo Mimsy, mientras aparcaba delante del café—. Antes de cenar, necesitas descansar un poco, pero yo tendré que volver a mi trabajo.

—De acuerdo —respondió él. Tenía mucho que hacer y necesitaba hacerlo solo.

Mimsy sacó su bolsa del maletero y lo agarró por el brazo. Mientras pasaban por delante del café, miró en el interior, esperando ver a una hermosa rubia, sentada en una de las mesas. Solo vio gente corriente bebiendo café y comiendo su almuerzo.

La escalera que tuvieron que subir era estrecha y empinada. Para cuando llegaron al descansillo superior, Lucas se sintió como si tuviera las rodillas de gelatina.

—Siento haberte hecho dar un paseo tan largo. Te he agotado.

—Creo que necesito una siesta.

—Efectivamente

Juntos, entraron en un pequeño apartamento que parecía sacado de un cuento de hadas. Solo una puerta lateral revelaba el lado más serio de Mimsy. Se veía un despacho lleno de libros y revistas médicas.

—Tu habitación está por aquí —dijo ella, indicándole un pequeño pasillo—. La primera a la izquierda. ¿Quieres que te ayude a instalarte? Probablemente necesitarás ayuda para quitarte esas botas.

—No te preocupes —replicó Lucas, rápidamente—. Ya has hecho más que suficiente. Tienes que volver a la consulta.

—Sí, aunque no haya pacientes, siempre entra la gente a hacer preguntas.

—Entonces, vete. Yo estaré bien.

—Toma esto —le ordenó Mimsy, antes de marcharse. Le entregó un tubo de pastillas—. Tómate dos ahora y otras dos dentro de

cuatro horas, si no he regresado para entonces.

—Sí, doctora —bromeó.

Cuando Mimsy sonrió, el soleado apartamento pareció iluminarse aún más.

—Ahora, duerme un poco.

Un beso. Solo quería un beso... Lucas se inclinó sobre ella, pero, de nuevo, sintió como si unos sastrecillos imaginarios le estuvieran clavando alfileres por todas partes.

—¡A la cama! —exclamó Mimsy.

Irse solo a la cama no era lo que Lucas hubiera deseado, pero no creía que a Mimsy le apeteciera una aventura. Francamente, ella se merecía mucho más de lo que él le podía ofrecer.

Mimsy dejó el coche aparcado delante del café. Necesitaba aclarar un poco sus pensamientos, por lo que decidió volver andando a la consulta.

¿Qué le ocurría? No debería haber mostrado a aquel extraño la casa en la que había crecido y mucho menos empezar a hablar de niños. Y, sobre todo, no debería haberlo invitado a alojarse en su casa, pero era tan... maravilloso.

Se movía con una gracia interior que lo hacía destacar por encima de cualquier otro hombre que hubiera conocido y el modo en que la miraba hacía que le hirviera la sangre.

No había término médico para describir su condición. Se necesitaría un poeta para describirla, algo que ella no era.

Mimsy solo había escrito un poema en toda su vida. Había sido una tarjeta de San Valentín para Vince, el chico con el que había salido en la facultad. Se había sentido tan avergonzada por su poca habilidad para escribir que lo había tirado a la basura. Debió de caer el suelo porque Vince lo había encontrado. No reconoció la escritura y lo había copiado en la tarjeta que le regaló a ella.

Descubrir que había plagiado su trabajo y que ni siquiera lo había molestado que fuera tan malo había sido un clavo más en el ataúd de su relación.

Desde entonces, no le había gustado ningún hombre. Tal vez esperaba demasiado, dado que quería un hombre honrado, inteligente, caballeroso y con sentido del humor. Como creía que ya pedía demasiado, nunca había querido admitir que también esperaba fuertes brazos y espeso cabello. O un trasero bien firme y un aura de poder.

Fuera quien fuera, estaba segura de que Lucas había conocido a muchas mujeres. Era demasiado guapo como para resistir mucho tiempo. Demasiado guapo para su propio bien. Y el de Mimsy.

Ella no podía compararse con las mujeres que seguramente le

gustaban. Femeninas, encantadoras, sofisticadas…

Contuvo las lágrimas. Durante mucho tiempo, había deseado que un hombre como él llegara a Nowhere Junction. Cuando así había sido, casi deseó no haberlo conocido nunca.

Lucas no se tomó las pastillas para que no le abotargaran la mente. Se quitó las botas y se tumbó durante unos minutos. Horas más tarde, se despertó de un profundo sueño. Al principio, no se podía imaginar dónde estaba.

Miró a su alrededor. Había encaje y colores pastel por todas partes. Sobre su cabeza, se cernía un dosel. Era el tipo de cama que uno hubiera esperado de una romántica adolescente.

Aquel pensamiento consiguió por fin ubicarlo. Entonces, Lucas se levantó.

Fue a la cocina y se recalentó una taza de café. Luego, se sentó al lado del teléfono. Se sacó una lista de número de la cartera e hizo una serie de llamadas con cargo a su tarjeta telefónica.

Su vecino en Los Ángeles le dijo que sus maletas habían llegado sin novedad. Su contestador solo tenía unos pocos mensajes, ninguno de los cuales eran importantes. No había noticias de su socio, Ray Ryker. El detective privado que Lucas había contratado para encontrarlo no había descubierto nada sobre dónde podría estar. Desgraciadamente, su amigo se había fugado con casi un millón de dólares de ambos.

Resultaba difícil creer que su socio se hubiera marchado y lo hubiera dejado sin blanca. Peor aún era que la fundación que proporcionaba cuidados veterinarios a los animales abandonados se estaba quedando sin fondos y esperaba que Lucas hiciera pronto otro donativo. Aquella fundación había florecido bajo el patronato de Lucas y, sin dinero, tal vez tendrían que sacrificar a algunos de los animales.

Como lo había hecho en muchas otras ocasiones, Lucas pensó en notificárselo a la policía. Sin embargo, a pesar de las pruebas, se resistía a creer que su amigo pudiera haberle hecho eso.

Se habían conocido cuando los dos estudiaban Economía en una escuela nocturna de Pasadena. Una noche, después de clase, dos matones de acercaron al coche de Ray, que, con su baja estatura, debió parecerles una presa fácil.

Ninguno de los dos había visto a Lucas, que esperaba el autobús muy cerca de allí. Entre los dos, consiguieron repeler la agresión. Ray se ofreció a llevar a Lucas a su casa y así empezó su amistad.

Seis meses más tarde, los dos entraron en un programa de formación de una empresa. En su tiempo libe, trataban de encontrar nuevas oportunidades empresariales.

A lo largo de los años, había habido altos y bajos, beneficios y pérdidas, por eso, ¿por qué se iba a marchar Ray cuando tenían entre sus manos la mejor oportunidad de todas?

En aquel momento, la puerta del apartamento se abrió. Muy sobresaltado, Lucas se dio cuenta de que tenía la cartera todavía encima de la mesa. Rápidamente, metió dentro la tarjeta telefónica y se guardó la cartera en el bolsillo. Con suerte, Mimsy no se daría cuenta.

—Estoy aquí —dijo.

—¡Estás levantado! ¿Cómo te encuentras? —preguntó ella, con un aspecto de lo más adorable.

Desde donde estaba, Lucas miró a la mujer que le había dado alojamiento y admiró su figura. Como el resto de ella, resultaba natural y atractiva. Pechos pequeños, vientre y piernas tonificados. No había nada artificial en ella. Le parecía que su respuesta al amor sería del mismo modo. Estimulante y refrescante.

—Han pasado muchas personas por la consulta para llevarte comida. Tienes magdalenas de ciruela de Finella, pescado de Gigi, una bandeja de macarrones a los seis quesos de Lucy Gardiner, la esposa del alcalde...

—Vaya, menuda comida.

—Bobette Moriarty dejó unos calabacines y unas hierbas. Me dijo que no le prestaras atención alguna a lo que dijera su hermano. Dijo también que si te encierra, ella misma hará que lo lamente.

—¿Y cómo planea hacerlo?

—Se va a casar con Barney Dobbs de Groundhog Station en Nowhere Junction. El prometió abrir aquí una tienda de colchones, pero Bobette me dijo que si Bob la enfada lo suficiente, se mudará a Groundhog, aunque no lo dice en serio —respondió ella, mientras empezaba a sacar cacerolas y sartenes para preparar la comida.

—¿Cómo es Groundhog?

—Es dos veces mayor que Nowhere. Demasiado comercial, si quieres saber mi opinión. Había allí al menos dos establecimientos de restaurantes en cadena cuando fui allí al instituto.

—¿Que fuiste al instituto de Groundhog?

—Sí. Es el único de todo el estado en el que, en los partidos de fútbol, los padres guardan un profundo silencio para el equipo contrario.

—¿Por qué se odian tanto los dos pueblos?

—Hace unos cien años de eso, cuando Groundhog fue elegida para poner una estación de tren. La gente de Nowhere dijo que había habido sobornos —explicó ella, mientras metía el pescado en el horno—. Los de Nowhere se quedaron sin tren. Luego volvió a ocurrir hace unos años con la autopista.

—¿Sobornos también?
—¿Quién sabe?
—Y por eso, no se consideran bien los matrimonios entre habitantes de los dos pueblos.
—Bob Moriarty es el que lo considera así. Se toma esa rivalidad personalmente.
—¿Hay alguna razón en particular para ello?
—En el instituto, justo antes del baile de fin de curso, un chico de Groundhog le robó a su novia de toda la vida. Cuando Bob se enfrentó a él, el chico y sus dos amigos le dieron una paliza.
—No creo que pueda echar la culpa de eso a toda la ciudad.
—Ese chico es ahora el alcalde de Nowhere.
—Entiendo —dijo él.
Se reclinó y sintió que la cartera le rozaba en la cadera.
—¿Te duele la espalda? Te podría dar un masaje después de cenar.
—Sí, te lo agradecería mucho.
—Trato hecho.
El pescado al horno estaba delicioso. Los macarrones y magdalenas aceptables. Los calabacines, aderezados con ajo y queso parmesano, estaban mucho mejor de lo que había imaginado.
A pesar de las protestas de Mimsy, Lucas fregó los platos. Entonces, se quitó la camisa y se tumbó en el sofá. Después de un momento de duda, Mimsy se sentó a su lado y empezó a darle su masaje. Las yemas de los dedos le rozaban tan ligeramente la espalda que parecían mariposas.
—Los hematomas ya te están empezando a desaparecer. Debes de tener poderes curativos dijo ella.
—Tú eres la que los tiene.
—Dime si te duele.
El dolor pareció esfumarse. Nada de lo que había sentido podía compararse a la relajación que se iba apoderando de él. Además, con igual fuerza, el deseo también se iba abriendo camino dentro de él.
Deseaba a aquella mujer. El roce de sus manos le resultaba un tormento prácticamente insoportable. Por cómo se le había acelerado la respiración, notó que Mimsy estaba respondiendo también a aquellos estímulos. Sin embargo, Lucas se mantuvo inmóvil. Sabía que, si se giraba y hacía algún gesto, ella se escondería como si fuera una tortuga en su caparazón. Además, quería que ella se le entregara libremente, sabiendo plenamente quién era y que no iba a seguir en Nowhere Junction durante mucho tiempo. Todavía tenía sus escrúpulos, aunque le costó mudo recordarlos cuando Mimsy se levantó del sofá y se acomodó encima

de él.

—Puedo darle mejor el masaje si me siento encima de ti. ¿Te duele?

Claro que le dolía, pero la sensación era demasiado fuerte. Estaban tan unidos que resultaría muy fácil convertirse en uno solo.

—No.

Deseó que ella se quitara el jersey y le frotara los pechos desnudos contra la espalda. Se preguntó si podría sugerirle aquello sin resultar grosero.

—Tienes unos músculos muy bien definidos. ¿Haces ejercicio en un gimnasio? —quiso saber ella.

—No lo sé.

—Lo siento. Se me había olvidado.

Fue bajando un poco más, bajándole poco a poco la cinturilla de los pantalones. Su cálido aliento le calentaba la espalda. La naturaleza le recordaba lo que se estaba perdiendo con tanta cautela. Seguro que tenían que esperar para hacer el amor hasta que ella supiera los aburridos detalles de su identidad. Ya tendrían después tiempo de sobra para hablar.

Lucas se hizo a un lado para que Mimsy pudiera acariciarle la cadera desnuda. Entonces, no pudo reprimir un gemido. Ella se movió un poco y luego se detuvo.

—¿Lucas?

—¿Mmm?

—¿Tienes algo en el bolsillo?

Maldita sea. Había descubierto su cartera. El deseo se le escapó tan rápidamente como el aire de un globo. “Piensa rápido, McRifle”.

—En realidad, sí… Tengo una… sorpresa para ti.

—¿Una sorpresa?

“Sea lo que sea, va a ser una sorpresa para los dos”.

CAPÍTULO 5

CON CADA fibra irracional de su ser, Mimsy esperó que Lucas tuviera una explicación aceptable. No quería descubrir que le había estado mintiendo. Sin embargo, si lo que tenía en el bolsillo no era una cartera, ¿qué era?

—¿Tienes glicerina? —preguntó él.

—¿Cómo? —preguntó Mimsy, asombrada.

—Glicerina. Ese del que se utiliza para fabricar cremas.

—Sí, creo que sí.

Mimsy experimentaba con hierbas para hacer remedios en su incansable búsqueda de mejores medios para servir a sus pacientes, aunque los ungüentos que preparaba nunca eran tan eficaces como las medicinas.

—Me encontré una bolsa con polvo en mi bolsa —dijo Lucas—. Eso es lo que tengo en el bolsillo. Me parece recordar que era bueno para preparar crema de manos. ¿Tienes seca la piel de las manos?

—¿Te pareció que las tenía secas? —quiso saber ella.

Como se lavaba mucho las manos para mantenerlas siempre limpias, la piel se le secaba mucho. Mientras le daba el masaje a Lucas, ¿en lo único en lo que él se había fijado había sido en la pobre condición de su piel?

—No es eso lo que te he preguntado. Me gustaría hacerte un pequeño regalo después de todo lo que has hecho por mí. ¿Te importaría ir por la glicerina?

Mimsy se levantó y se metió en el cuarto de baño. Mientras registraba el armario donde guardaba sus cosas, las dudas la asaltaron. Lo que había palpado en el bolsillo no era tan suave como la bolsita de polvo que recordaba. Era más duro y más plano. Sin embargo, tampoco hubiera podido asegurarlo.

Para empeorar aún más las cosas, sentir a Lucas entre las piernas le había despertado sentimientos dormidos. Cuando oyó el gemido, había experimentado un profundo anhelo en su interior.

Mimsy nunca había entendido a las mujeres que se van a la cama con hombres a los que casi no conocían. No obstante, momentos antes, a ella no le hubiera importado hacer lo mismo.

Cuando salió con un tarro de glicerina y un pequeño almirez, vio que Lucas salía de su habitación.

—He ido a mirar en mi bolsa por si encontraba instrucciones, pero no he visto nada —dijo, dejando la bolsita encima de la mesa.

—¿Estás teniendo más recuerdos?

—Poco a poco. Creo que este polvo es bueno para la piel, pero

no recuerdo nada más.

—Huele a coco —dijo ella, cuando Lucas se vertió un poco en la mano.

—Sí. ¿Tiene el coco poderes curativos?

—No que yo sepa.

—¿Has oído alguna vez hablar de los tratamientos de los nativos, algo sobre extrañas especies de coco? —le preguntó Lucas, mientras mezclaba un poco de polvo con el gel.

—No. Y leo mucho. La mayoría de los médicos no tienen tiempo para mantenerse al día de nada, pero trabajar en una población tan pequeña me proporciona a mí el tiempo que les falta a los demás.

—Es una pena que no hayas leído nada sobre los cocos. Nos podría dar una pista sobre mi identidad.

—Los cocos crecen en los climas tropicales.

—Eso es verdad. Y yo tengo un ligero bronceado, pero no lo que se esperaría de alguien que vivía en el trópico.

—De eso ya me he dado cuenta —respondió ella, sonrojándose.

—Bueno. Ya está. Frótate esto en las manos.

Mimsy tomó un poco de la crema blanca, algo avergonzada de las uñas tan cortas y tan descuidadas que tenía, y se frotó las manos.

—¿Qué te parece?

—Resulta muy agradable —respondió ella, oliéndose la mano—. Y también huele muy bien. Como si fuera coco mezclado con pétalos de rosa.

—Es una rara... Bueno, tal vez sea una rara especie de coco. O tal vez alguien mezcló perfume.

—Siento la piel como si estuviera viva, como si me palpitara.

—¿Quieres ponerte un poco en la cara?

—Preferiría esperar a ver el efecto a largo plazo que me produce en las manos. Aunque parece que tengo mejor las uñas —admitió, mientras echaba el resto de la crema en un frasquito.

—Prueba a meterlas en el agua. Veamos si esa crema es impermeable.

Mimsy no tenía intención de hacerlo, pero aquel comentario le dio una idea.

—A ti te vendría bien un poco de terapia en el agua.

—¿En el agua?

—Hay una piscina en el club de campo. Bueno, en realidad no es un club, ya que pueden entrar todos los habitantes del pueblo. Antes solía cerrar a las seis, pero Buffy Murchison convenció a la dirección para que la dejaran abierta hasta las ocho, así que tenemos tiempo.

No le interesaba ver a Lucas con traje de baño, o por lo menos

aquello fue lo que se dijo. Lo que seguro que no quería era que él la viera con su bañador de flores. Sin embargo, necesitaba flexionar los músculos.

—Me has convencido.

Lucas se sentía un poco desilusionado, aunque no estaba seguro de lo que había esperado. Fueran cuales fueran sus buenas cualidades no podía esperar que la crema restaurara la piel de Mimsy en treinta segundos, pero habría esperado una recepción más entusiasta. Estaba bien que lo hubiera invitado a ir a la piscina, aunque aquel polvo significaba más para él de lo que Mimsy pudiera imaginar.

Era cáscara molida de una especie de coco que solo crecía en la isla de Plumpkin, que estaba cerca de Fidji, en el Pacífico sur. Lucas había leído en una revista antropológica que la cáscara curaba las infecciones de hongos de la piel y rejuvenecía la piel. Por eso, las mujeres de aquella isla tenían un aspecto muy juvenil. Y sin hongos. Además, cuando se tomaba oralmente, se decía que el polvo podía terminar con los ataques de epilepsia. Con la moda de la medicina alternativa, a Lucas le parecía que las posibilidades comerciales eran tremendas.

Lucas y Ray habían firmado un contrato en exclusiva con los agricultores de la isla. Mientras Lucas trataba por conseguir un contrato en Atlanta, se suponía que Ray tenía que estar en Plumpkin para crear una fábrica. En vez de eso, se había ido a México con todo su dinero. Su último correo electrónico había consistido en solo tres palabras: *Hasta nunca, idiota*. Por eso, él se veía en un lugar llamado Nowhere Junction, poniéndose su bañador, una camiseta y un par de zapatillas de deporte y temblando de deseo por una tímida y sensual doctora. Y sabía que ella era demasiado inteligente como para seguir creyéndose sus mentiras durante mucho tiempo.

Cuando salió, Mimsy ya lo estaba esperando en el salón. Aunque los vaqueros le cubrían la parte inferior del cuerpo, la parte superior se le ceñía al cuerpo como un guante. Aquella tela rosada, destacaba el suave contorno de sus pechos y le hacía irradiar una inocencia que provocaba el deseo de protegerla, aunque él era el único que representaba una amenaza para ella.

—¿Lista? —pregunto. Cuando ella levantó los ojos para mirarlo, sintió que se le producía una erección con solo estar cerca de ella. Temía que solo con el bañador, aquel hecho resultara evidente—. Vamos —añadió, más bruscamente de lo que hubiera querido.

Mimsy se sentía fatal. Sabía que había ofendido a Lucas por el modo en que lo había mirado. Resultaba difícil resistirse. La

camiseta destacaba la fortaleza de su pecho y las piernas que, a pesar del rosario de hematomas que las cubrían, eran rectas y poderosas.

Mientras se ponía su bañador, había notado una sensibilidad que no había experimentado antes. Nunca antes había sentido tanto deseo por un hombre, ni siquiera por Vince.

Con un nudo en la garganta, Mimsy comenzó a bajar por las escaleras, demasiado deprisa para ir con una persona convaleciente. Sin embargo, quería poner distancia entre ellos para recuperar la compostura.

Lucas era su paciente. Él ni siquiera sabía quién era ni de dónde venía. No tenía derecho alguno a aprovecharse de él.

Aunque el café estaba muy iluminado, no vio a Lilibeth en el interior, gracias a Dios. Lo último que quería en aquellos momentos era que Lucas viera a la mujer más hermosa de Nowhere Junction.

Cuando se acercaba al coche, vio que había tres niños apoyados sobre él, de espaldas. A pesar de todo, los reconoció. Eran la pandilla que daba más problemas en todo el pueblo. Eran Hank Finkins, el hijo de Flo, Joe Grimes y Boris Norris, el hijo del jardinero. Los dos primeros estaban sentados sobre el capó y el último sobre el techo del coche. Boris se giró de manera que los pies golpearon sobre una ventanilla.

—Sí, creo que tengo suficiente estiércol —decía—. Lo saqué del almacén de mi padre.

—No estoy muy seguro sobre lo del vinagre —comentó Hank—. A mí me huele muy mal, pero a algunas personas no les importa.

—Les importará si se les rocía la nariz con ello —concluyó Joe.

—¿Es que estáis planeando algo, chicos? —les preguntó Mimsy —. Creo que el tío Dick está ya un poco cansado de vuestras bromas.

Los tres se giraron al mismo tiempo y, enseguida, se dejaron caer al suelo.

—No la había visto venir, doctora Mimsy —dijo Joe.

—Sí, bueno, ¿y a quién le importa? —le espetó Hank, que se había puesto muy rebelde desde que su padre se había marchado del pueblo.

En aquel momento, Lucas llegó al lado de Mimsy.

—¿Te están molestado estos tres?

—No más de lo habitual.

—¿Es que esta ciudad no organiza actividades para chicos de su edad? Probablemente tienen demasiado tiempo en las manos.

—No, no es así —replicó Boris—. Ni las queremos.

—Son casi las siete —dijo Mimsy, tras consultar el reloj—. ¿No deberíais estar haciendo los deberes?

—Tú no eres mi madre —le espetó Boris, que, en realidad, era huérfano.

—Yo me marcho —afirmó Joe, metiéndose las manos en los bolsillos y echando a correr.

—Si mi padre estuviera aquí, no dejaría que nadie me diera órdenes. ¡Ni siquiera usted! —gritó Hank, antes de seguir a su amigo. Al verse sin apoyo, Boris también se marchó.

—Tiemblo solo de pensar en lo que están tramando —suspiró Mimsy.

—No creo que pudieran hacer algo realmente destructivo.

—Yo tampoco lo creo —comentó ella, mientras se metían en el coche. Entonces, arrancó el motor—, pero Boris resulta algo destructivo. Lleva furioso con el mundo entero desde que era un niño, aunque no he podido descubrir nunca señales de malos tratos. El problema es que nadie se preocupa de él emocionalmente.

—Los niños así merecen una oportunidad —susurró Lucas, mientras miraba por la ventana.

Mimsy se preguntó si estaría recordando algo de su propia infancia, aunque estaba segura de que se lo diría si así fuera.

—Boris Norris, el niño que estaba en el techo del coche, es muy difícil, pero la gente cambia cuando crecen. Tal vez él también consiga hacerlo.

—No creo que lo ayude tener un nombre como Boris Norris. Probablemente se burlan de él constantemente.

—Muchas personas de por aquí tienen nombres raros. Hasta yo.

—Es verdad. ¿De qué es diminutivo Mimsy?

—De Mimosa. ¿Quién quiere llamarse como una planta, aunque tenga unas flores muy hermosas?

—Una mimosa es también un cóctel. Se pone un cubito de hielo en una copa de vino y se añade zumo de naranja y champán.

—Tu memoria produce los recuerdos más extraños.

—Casi tengo miedo de descubrir qué más esconde.

—Estoy segura de que, a pesar de todo, será un alivio.

—Sin duda.

En aquel momento, Mimsy tomó un desvío que indicaba hacia el club de campo. Este consistía en un edificio cuadrado, que era lo suficientemente grande como para poder celebrar bailes y bodas en él. Detrás, estaba la piscina. Además, tenía un campo de golf de nueve hoyos.

Mimsy apartó al lado de una furgoneta, que tenía una enorme R precedida de un signo de adición en el parachoques.

—Me parece que no vamos a estar solos dijo ella—. Esa furgoneta pertenece al sheriff.

—Es un tipo muy divertido, ¿verdad? Me lo imagino ahí dentro

haciéndose ambiente con un caballito de mar hinchable y una coctelera.

—Nunca lo he visto en la piscina. Tal vez sea Bobette.

Mimsy sintió la tentación de inventarse de repente una excusa y de volver a su casa. No era que la disgustara Bobette, pero era la mejor amiga de la mujer que más lejos quería ver de Lucas.

—Ella es la que se va a casar con el vendedor de colchones, ¿verdad? —preguntó Lucas—. Además, cultiva hierbas medicinales, ¿no?

—Veo que sabes mucho sobre Bobette—comentó ella, apagando el motor del coche, aunque de mala gana.

—En esa ciudad, es imposible no saber la historia de todo el mundo.

Esperaba que Bobette hubiera ido a nadar con su hermano o sola, aunque sabía que no había mucha probabilidad de eso. De mala gana, sacó las toallas del maletero y se reunió con Lucas. De nuevo, notó el tono muscular de su cuerpo y se preguntó si sería producto del gimnasio o daba una pista sobre su pasado.

No creía que fuera un delincuente, dado que Bob no había descubierto nada con sus huellas dactilares, aunque tal vez nunca lo hubieran detenido. De lo que sí estaba segura era de que era un ladrón de corazones. Sabía que debía salir corriendo hacia el lado opuesto. Sin embargo, lo único que deseaba era que él la tomara entre sus brazos y le hiciera olvidar que era una mujer tan civilizada.

Muy pronto estarían deslizándose en el agua, prácticamente desnudos. Se lo imaginaba tomándola entre sus brazos...

Al dar la vuelta a la esquina del club, vio a Lilibeth Anderson. Las luces de porche destacaban su esbelta belleza y sacaban reflejos de su cabello antes de que saltara del trampolín.

Ninguna de las mujeres de la ciudad se atrevería a llevar un biquini tan minúsculo. Ninguna otra tendría unas piernas tan esbeltas, ni una cintura tan perfecta ni unos pechos tan firmes y grandes.

Cuando salió del agua, Lilibeth se echó a reír. Tenía un rostro delicioso.

—¿Quién es esa mujer? —preguntó Lucas.

—Lilibeth Anderson

—Vaya... Esa es una persona que me gustaría conocer.

Tendría que haberse imaginado que aquello ocurriría, pero todo el sentido común del mundo no había preparado a Mimsy para la sensación de perder completamente el control.

Estaba enamorada de Lucas. Al menos en parte. Y acababa de perderlo.

CAPÍTULO 6

LUCAS no podía creer su buena suerte. Se acababa de encontrar con la persona que lo había llevado a Nowhere Junction. Las relajadas circunstancias podrían proporcionarle una oportunidad inmejorable para conocerla.

Menos mal que no había pensado en el matrimonio. Aquella mujer era demasiado ostentosa para su gusto. Seguramente era una buena persona, con excelentes cualidades. Solo esperaba que estas incluyeran una enorme cuenta bancaria y un gran interés por aumentarla.

Mimsy no parecía muy contenta de haberse encontrado con la otra mujer. Tal vez no se había dado cuenta de lo tentador que resultaba para un hombre estar a solas con una mujer tan sensual como era ella. Los dos estaban más seguros con compañía.

—¡Menudos hematomas! —gritó otra mujer, que debía de ser Bobette. Dejó de nadar cuando los vio entrar y se acercó al borde de la piscina—. Supongo que tú debes de ser el misterioso Lucas.

—Efectivamente.

Lilibeth salió de la piscina con la gracia que se hubiera esperado de la reina de la belleza de la ciudad.

—Hola —susurró ella, con un natural gesto seductor en la mirada—. Me llamo Lilibeth.

—Y yo Lucas. Encantado de conocerte.

Las mujeres saludaron a Mimsy. Mientras se quitaba los vaqueros, parecía algo preocupada. A pesar de que a Lucas le hubiera gustado observar detenidamente su esbelta figura, tenía negocios de los que ocuparse. Como las primeras impresiones contaban y a pesar de que el agua podía estar algo fría, se subió al trampolín y se lanzó al agua del modo más espectacular que pudo. Al sentir el agua contra el hombro, sintió un fuerte dolor que le indicó que aquella exhibición había sido un error. El brazo, el cuello y la espalda empezaron a dolerle, aunque no dio señales de ello. A la gente no le gustaba invertir su dinero con quejicas.

—¡Vaya, qué bien! –exclamó Bobette—. Es mejor que tengas cuidado porque una vaquera como yo podría echarte el lazo sin que te des cuenta.

—Gracias por el cumplido —dijo él, mientras nadaba en dirección a Lilibeth—. ¿Y tú también eres una vaquera?

—No, yo vivo en el pueblo. Bobette es la que se ocupa del ganado.

—Me impresionas —comentó él, dedicándole una sonrisa a

Bobette antes de dedicarle a Lilibeth toda su atención.

No supo cómo continuar para saber más de ella. Salir con Lilibeth le daría oportunidad de conocerla mejor, pero violaría la ética de Lucas sobre lo de fingir un interés romántico que no sentía.

Sabía que estaba fingiendo cuando mentía a Mimsy sobre su amnesia. Sin embargo, no se hubiera imaginado nunca que iban a saltar chispas entre ellos cuando ideó aquella farsa. Sus motivos habían sido relativamente puros. Y seguían siéndolo.

—Lilibeth se está comportando con modestia —dijo Mimsy, en voz baja—. Es una celebridad local.

Aquel gesto impresionó a Lucas. A pesar de que parecía molestarla que él hubiera mostrado interés por Lilibeth, no dejaba de ser generosa.

—¡Eso no es cierto! —exclamó la rubia, riendo—, pero te agradezco mucho que me lo digas.

—Si que te elijan reina del baile durante cuatro años seguidos no es algo sobre lo que una pueda presumir, no sé lo que es —replicó Bobette—. ¡Y Mimsy no tiene menos razones! ¡La doctora del pueblo! Algunas veces no sé lo que hago en compañía tan elevada.

—¡Oh, no! —exclamó Lilibeth, de repente—. Tengo algo en el ojo.

¿Era aquella una señal para que Lucas se le acercara y le ofreciera su ayuda? Si era así, era algo descarado. Sin embargo, sus sospechas se acallaron cuando Lilibeth se puso de pie y se dirigió a Mimsy.

—¿Te importaría venir al aseo para mirármelo, Mimsy? —le dijo —. Allí hay mejor luz.

—Yo voy también —afirmó Bobette, tras guiñarle un ojo a Lucas —. Después de que mi hermano haya estado husmeándote como un sabueso, lo último que necesito es que nos encuentre a solas.

—¿Viene él al club?

—Tiene un don para estar en cualquiera parte en la que cree que podría encontrarme —respondió Bobette, para marcharse luego con sus amigas—. Me ha jurado que si sorprende a Barney, mi prometido, en Nowhere Junction, encontrará algo de lo que acusarlo y lo encerrará.

Lucas no estaba encantado de que lo hubieran dejado solo, pero sospechaba que todo era una estratagema. Lo más probable era que Lilibeth quisiera hablar con Mimsy en privado, con él como tema. Aquello lo halagaba. Despertar el interés de Lilibeth suponía un paso de mucha importancia en su plan.

—¡Es tan mono! —exclamó Lilibeth, frente al espejo. No le

pasaba nada en el ojo—. Es una pena que no tenga ni un céntimo y que ande de acá para allá, en una moto.

Mimsy estaba de acuerdo con Lilibeth, desde lo de que era muy mono hasta lo de que no se quedaría mucho tiempo en Nowhere Junction. Sin embargo, luchó para ocultar lo que sentía.

Solo una idiota no se hubiera dado cuenta de la fascinación que Lucas había sentido inmediatamente por Lilibeth. Para él, Mimsy se había convertido en una mujer invisible. Quería recobrar su atención, pero, ¿cómo podía competir con alguien como Lilibeth?

—¿Qué le ha ocurrido a ese hombre que estabas esperando? —preguntó—. ¿No podrá ser...?

—¿Lucas? No seas tonta. El señor McRifle va a venir en un Cadillac. Es un hombre de negocios, no un motero como Lucas.

——¿Cuándo va a llegar? —quiso saber Mimsy, esperanzada.

—No sé. Espero que no se haya enamorado de otra por el camino.

—Si quieres saber mi opinión, es mejor que no se haya presentado —intervino Bobette—. Internet no es el mejor lugar del mundo para conocer a un hombre. Bueno, tampoco lo es Groundhog Station, pero uno no puede tener todo lo que desea.

—Supongo que no fue muy astuto por mi parte mencionar en el anuncio que era una heredera. Tampoco es que sea rica.

—¿Y por qué tuviste que mencionar tu herencia, aunque fueras muy rica? —protestó Mimsy—. Eres muy hermosa. No necesitas dinero para atraer a un hombre.

—¡Eso es lo más hermoso que me ha dicho alguien en todo el día! —exclamó Lilibeth, arrojándose en sus brazos—. Bueno, aparte de lo de decir que era una celebridad. Gracias.

—Tienes un don para decir siempre cosas bonitas, Mimsy —suspiró Bobette—. Yo siempre meto la pata.

—Me gusta tu franqueza, Bobette —dijo Lilibeth, dándole también un abrazo a su otra amiga.

Aquel gesto hizo que Mimsy sintiera haber sentido celos de aquella mujer tan cariñosa. No era culpa de Lilibeth que los hombres la encontraran irresistible.

—En cuanto a Lucas —dijo—, si te interesa, es libre. Por lo que yo sé.

Inmediatamente, lamentó haberle dado a Lilibeth carta blanca, pero ya no podía echarse atrás.

—¿No te interesa? —preguntó la rubia—. He oído que se aloja en tu casa.

—Solo porque no hay hotel aquí. Además, podría necesitar atención médica.

—A mí tampoco me interesa. Solo quería saber de qué pie

cojeabas.

—¿Cómo le puedes hablar a Mimsy de ese modo? —protestó Bobette.

—¿De qué modo?

—¡Preguntándole de qué pie cojea! ¡A una doctora!

—Bobette, es una frase hecha —le aseguró Mimsy—. Significa algo así como de qué lado sopla el aire.

—¡Vaya! ¡No conocía esa expresión! —comentó la ranchera, riendo.

Las tres regresaron a la piscina. Lucas estaba nadando con fuertes brazadas. A pesar de que las otras chicas no se habían dado cuenta de que se había hecho daño nadado, Mimsy sí. Y se lo merecía, por tratar de presumir delante de Lilibeth.

Esta se metió en la piscina con él, y, muy pronto, los dos estuvieron inmersos en una animada conversación. Mimsy pensó que los dos hacían una pareja estupenda. Por mucho que le doliera así era.

Ella también se puso a nadar. Siempre le sentaba muy bien, especialmente cuando estaba agitada como en aquellos momentos.

Cada vez que pasaba a su lado, oía un retazo de la conversación. Una vez, estaban hablando sobre navegar por Internet. En los siguientes largos, oyó más palabras y frases.

Mimsy no podía contener su curiosidad. Ni su desaliento. ¿De qué estarían hablando tan animadamente? Parecían tan absortos el uno en el otro que ella no pudo evitar preguntarse si se estarían enamorando.

Un rato después, se encontró con Bobette en la parte más profunda. Lilibeth y Lucas estaban en el lado que menos cubría.

—Deberías haberle dicho la verdad —le dijo Bobette—. Ya sabes lo mucho que le gusta seducir a los hombres.

—¿A qué te refieres con eso?

—No apartas los ojos de ese hombre.

—No es mi tipo.

—Ahora sí. Yo no miro a Barney del modo en que tú miras a ese Lucas. Por supuesto, Barney tampoco es tan guapo como él.

—Es solo un interés profesional —mintió—. Creo que esta noche ha hecho más ejercicio de lo que debería.

—En lo único en lo que se ha excedido es en lo de ser demasiado simpático con Lilibeth. Sin embargo, su lenguaje corporal carece de algo. Cuando una persona vive con animales el suficiente tiempo, aprendes cuando un hombre se está reservando.

—¿Qué quieres? ¿Que se tire encima de ella a los cinco minutos de conocerla?

—Es mucho más que eso.

Fuera lo que fuera lo que iba a añadir, sus palabras se ahogaron por el vozarrón de Rueford Norris.

—¡Son las ocho! —gritó el hombre—. Es hora de que todo el mundo se vaya a casa.

Mientras los cuatro salían del recinto, Mimsy esperó a que Lucas se despidiera de Lilibeth y de Bobette. Ya en el coche, no pudo contenerse.

—Lilibeth es muy agradable, ¿verdad?

—Parece muy interesada en invertir.

—¿Sí? —preguntó ella, sin comprender.

—Está tratando de expandir sus horizontes. Me ha dicho que sus padres son muy conservadores y que siente que le están cortando las alas.

—¿Estás segura de que hablaba en términos financieros?

Mimsy decidió no seguir hablando del tema con Lucas. Además, todavía no le había contestado a su pregunta, por lo que volvió a insistir.

—Parecías disfrutar de su compañía.

—¿De quién? —preguntó él, muy distraído.

—¡De la de Lilibeth!

—Parece agradable. Sin embargo, no es la mitad de buena conversadora que tú.

—Gracias —susurró ella, dándose cuenta de que aquello era un cumplido.

Entonces, él tomó aire como si quisiera decir más, pero una tensión le recorrió el rostro. Mimsy sintió que se había cohibido de decir algo. No era la primera vez que le parecía que Lucas le estaba ocultando algo.

—¿Qué tal las manos?

—¿Cómo?

—¿Qué tal tienes la piel de las manos?

Sorprendida, Mimsy flexionó los dedos sobre el volante. Normalmente, la piel se le suavizaba en el agua, pero luego se le ponía áspera e irritada cuando se le secaban. Aquella noche no.

—Están estupendas —admitió ella—. Hasta tengo mejor las uñas. Esa crema tuya es magnífica.

—Veamos cuánto tiempo dura el efecto. Ya me dirás cómo las tienes mañana por la mañana.

—De acuerdo.

Mimsy se dio cuenta de que había cambiado de tema de un modo genial. Por lo menos, no estaba elogiando a Lilibeth del modo en que lo hacían el resto de los hombres. Tal vez, después de todo, no lo había perdido.

Aquella noche, Lucas comprendió lo que habían sufrido los prisioneros medievales cuando los torturaban en la rueda. Estar tumbado en la cama era una agonía, lo mismo que ponerse de pie o sentarse.

Al final, tuvo que ceder y tomarse las píldoras que Mimsy le había dejado. Y eso que lo de nadar le iba a relajar los músculos.

En realidad, era culpa suya. Había esperado impresionar a Lilibeth con su forma de nadar. Al menos, había conseguido que ella le hablara de sus puntos de vista sobre las finanzas. Seguía sin saber el dinero que tenía, pero al menos habían roto el hielo.

A medida que se le fue pasando el dolor, Lucas volvió a tumbarse en la cama y a pensar en Mimsy. No había querido ponerla celosa. Lo molestaba haberla hecho sufrir.

De todos modos, era mejor que ella no sintiera ningún vínculo hacia él. Se iba a quedar, como mucho, siete días más.

Aparte de ver cómo iba su moto, quería comprobar su correo electrónico para asegurarse de que Ray no había aparecido. Sin embargo, primero tenía que recuperar fuerzas, así que, ¿por qué no disfrutar de la compañía de la mujer más encantadora y sencilla que había conocido nunca?

Con aquellos pensamientos tan reconfortantes, se quedó dormido.

A las nueve en punto de la mañana del sábado, Mimsy llegó a la vieja escuela. La demolición no iba a ser hasta las once, pero quería asegurarse de que el sheriff, Flo y Billy Dell estaban a mano por si alguien necesitaba ayuda.

Billy tenía tres camillas preparadas, que eran las únicas que había en el pueblo. Como les había pedido el día anterior, Bob y Flo habían preparado una tienda de primeros auxilios. Todo estaba preparado.

Había dejado a Lucas durmiendo, sin duda bajo la influencia de la medicación.

Al pensar en lo ocurrido la noche anterior, había tenido que estar de acuerdo con Bobette en que faltaba algo en la conversación entre Lilibeth y Lucas. Él no parecía mirarla con brillo en los ojos, ni le había tocado el brazo mientras hablaban. Tampoco había hablado sobre ella después. Sin embargo, no la extrañaría en lo más mínimo haberse equivocado.

Se miró las manos. Resultaba muy notable la ausencia de zonas secas. Además, las uñas parecían haber perdido parte de su fragilidad, pero cambiaría con gusto aquella piel tan suave por un poco del atractivo sexual de Lilibeth.

Las voces de los hombres en la escuela la sacaron de su

ensoñación. Por un momento, se temió que hubiera ocurrido algo, hasta que descubrió que era el tío Dick preparándolo todo para la detonación. Esta se llevaría a cabo desde la base. Los edificios cercanos tenían las ventanas cubiertas de cartón, lo que incluía el hospital y el ayuntamiento. El taller de Murchison, que estaba justo enfrente, tenía el cierre bajado.

El tío Dick había decidido grabar la demolición, lo que iba a hacer con tres cámaras situadas en puntos estratégicos. Aquello era algo que había aprendido en un curso de verano que había realizado y le permitiría analizar la explosión si algo iba mal. También le daría a Nowhere Junction la oportunidad de inmortalizar un momento muy importante de su historia.

Por razones de seguridad, a Mimsy le hubiera gustado que le negaran el permiso para realizar una demolición como aquella. Esa técnica se reservaba para los edificios muy altos o muy grandes, en los que la utilización de las excavadoras resultaba poco práctica. Sin embargo, el tío Dick se había salido con la suya.

Al ver que todo estaba ya organizado, Mimsy decidió volver a la consulta para ver si tenía algún paciente o había mensajes. Al llegar, se pasó media hora al teléfono hablando del embarazo con la mujer de un ranchero. Entonces, Flo entró a verla.

—Supongo que no habrás visto a mi hijo, ¿verdad?

—No, pero anoche lo oí hablando con Joe y Boris. Me pareció que estaban tramando algo.

—¡Espero que no estén planeando una de sus bromas para hoy! Eso enojaría mucho al tío Dick.

—Tal vez deberías hablar con el sheriff Bob.

—Esos niños se merecerían que los tuvieran una noche en la cárcel. Les enseñaría una lección. No puedo hacer carrera de Hank desde que su padre se marchó.

Mimsy asintió, deseando poder ayudarla. Sin embargo, no tenía ni idea de lo que aconsejarle. Salió de nuevo al exterior y vio que la gente se iba colocando tras las cuerdas que el sheriff Bob había colocado por seguridad. Había un ambiente de fiesta. La gente miraba a través de los prismáticos y lo preparaban todo para el picnic.

Finella, como siempre, fue la primera en llegar con comida. Había llevado su especialidad, Ensalada de primavera, cuyos principales ingredientes eran la gelatina de limón y la carne de vacuno.

—Pienso asegurarme de que la nueva escuela tenga cafetería —le dijo a Mimsy—. La nutrición es muy importante.

—No servirá de mucho si a los chicos les sienta mal la comida —comentó Mazeppa, colocando un plato de apio relleno de

mantequilla de cacahuete encima de la mesa—. Además, estás a punto de dejar de formar parte de la junta escolar y, como no tienes niños en la escuela, deberías encontrar otro sitio en el que meter la nariz.

—Tengo un nieto de cuatro años —replicó Finella, que estaba acostumbrada a las palabras de Mazeppa—. Me encanta estar con los niños. Debería haber sido maestra.

—¡Pues a mí no! —exclamó Mazeppa—. Odiaría estar todo el día metida en una clase.

—A algunas personas les gustan sus trabajos —observó George, el marido de Finella—. A mí me encanta trabajar en el banco.

—Eso es porque tienes tu propio despacho —le espetó Mazeppa —. Piensa en los pobres que están cara al público y que tienen que contenerse las flatulencias todo el día.

—La gente debe saber lo que se considera cortés —Mijo Finella.

—No es natural —afirmó Mazeppa—. Si ahora las empresas tienen días en los que los empleados pueden ir vestidos de un modo más casual, deberían poder también deshacerse de sus gases.

—Bueno, hablando de gases —comentó George, señalando la escuela—. Creo que ya está todo preparado.

El tío Dick salió con un detonador al que iban conectados muchos largos cables. Iba flanqueado por sus ayudantes, Quade Gardiner y Carter Murchison.

—Que todo el mundo se eche atrás —anunció el sheriff Bob.

Todos obedecieron, pero trataron al mismo tiempo de ver bien. La gente de Nowhere no estaba acostumbrada a estar en medio de multitudes. Personalmente, ella hubiera preferido verlo todo desde su despacho, pero, como médico, tenía una obligación que cumplir.

—No soltéis a los niños —añadió Bob.

De repente, Flo apareció al lado de Mimsy.

—¡No encuentro a mi hijo!

—¡Bob! —exclamó Mimsy—. Hay que enviar a alguien para que registre la escuela antes de...

El murmullo de la multitud ahogó el resto de sus palabras.

—¡Diez! —gritó el tío Dick.

—¿No has visto que se movía algo? ¿Detrás de la tienda del circo? —preguntó Flo, llevándose las manos a la cabeza.

—¡Nueve!

—Se lo diré a Bob.

—¡Por favor, date prisa!

—¡Ocho!

Mimsy salió corriendo en dirección al sheriff. Él estaba de espaldas a ella, vigilando la escuela. Gran cantidad de público impedía que Mimsy llegara hasta él.

—¡Siete!

Mimsy vio unas deportivas por detrás de la tienda. Alguien se estaba escondiendo allí. Tenía que ser uno de los chicos. No era Joe, que estaba bien custodiado por su hermano Dell, ni Boris, que estaba al lado de su padre.

—¡Seis!

Aunque no era probable que la tienda recibiera el impacto de los cascotes, estaba demasiado cerca de la explosión. Si algo iba mal, Hank podría resultar muy gravemente herido.

CAPÍTULO 7

AQUELLA escena parecía sacada de una pesadilla. Por mucho que Mimsy gritara, nadie la oía. Bob ni siquiera se volvió.

—¡Cinco!

—¡Alto! ¡Alto! —gritó Mimsy, sin conseguir la reacción de la gente.

Hank Finkins se asomó desde detrás de la tienda que hacía las veces de escuela. Tenía un cartón de leche en la mano con una cuerda atada. Parecía un fusible.

—¡Cuatro!

Era una bomba fétida. Aquello era de lo que los chicos habían estado hablando la noche anterior. Estaban planeando tirar una bomba fétida al mismo tiempo que la escuela se derrumbara. Probablemente les había parecido muy divertido, pero, dada el riesgo que corría el niño, no tenía ninguna gracia.

—¡Tres!

Desde un punto lejano, un hombre empezó a correr en dirección a Hank. Parecía algo rígido, pero se movía con rapidez, avanzando sobre la hierba con sus largas piernas.

Era Lucas. Debía de haberse despertado y haber ido a ver la demolición. En aquellos momentos, él también estaba en peligro.

—¡Dos!

Hank no vio al hombre que se le acercaba por detrás. No hacía más que sonreír, sin dejar de mirar al sheriff Bob.

—¡Uno!

Lucas, agarró al niño por la cintura y salió corriendo. Un momento después, Flor se abría paso a través de la gente para ir en busca de su hijo.

—¡Está allí!

—¡Espera! —le gritó Mimsy—. ¡Lo tiene Lucas!

La enfermera se detuvo al ver que Lucas corría en dirección a ella. El niño todavía tenía la bomba fétida en la mano y trataba de sacarse algo del bolsillo.

Entonces, Bob los vio por fin y los ayudó a pasar al otro lado de las cuerdas. En las manos de Hank brilló una pequeña llama.

—¡Cero!

El tío Dick apretó el detonador. Hank hizo lo posible por tirar el cartón hasta donde estaba todo el mundo, pero los dos hombres se lo impidieron.

Una serie de explosiones sonaron por toda la escuela. Entonces, las paredes del edificio empezaron a temblar. De repente, todo

pareció detenerse para luego derramarse las unas sobre las otras hacia el interior del edificio, como si fuera un castillo de naipes. El polvo empezó a avanzar hacia el público. Cerca de donde estaba Hank, el aire aparecía lleno de trocitos de abono que apestaban además a vinagre. El muchacho estaba cubierto de la cabeza a los pies, igual que Bob y Lucas. La bomba también salpicó a Mimsy, Flo y al tío Dick.

—¿Qué diablos ha sido eso? —preguntó indignado el director de la escuela.

—¡Una bomba fétida! —exclamó Boris Norris—. ¡Hurra!

—¡Esta noche vas a dormir caliente, Hank! —lo amenazó su madre, tras limpiarse la cara—. Cuando yo me canse, va a seguir el sheriff Bob.

La sonrisa del niño se esfumó. Parecía tan asustado que Mimsy casi sintió pena por él.

El sonido del agua corriente anunció que se acercaba Quade Gardiner con una manguera. Los remojó uno a uno. Cuando estuvo bien limpia, Mimsy le pidió a Billy Dell que fuera a ver si había heridos entre los espectadores.

—Por cierto, tu hijo ha formado parte de esto —le dijo.

—Va a estar limpiando un mes el gallinero. Nada de videojuegos.

Unos minutos más tarde, regresó para informar de que no había novedad. Entonces, Mimsy se dio cuenta de que la demolición había sido tan compacta como se había planeado, a excepción de la bomba fétida.

Lo que no salió como se había planeado fue el picnic. Como el estiércol podría haber contaminado la comida, Mimsy decretó que solo se podría consumir los platos que habían estado tapados. Finella se quedó desolada porque no se pudiera saborear su ensalada de primavera. Los jocosos comentarios de Mazeppa sobre la intervención divina no la ayudaron en absoluto.

Sin embargo, nada podía bajarle el ánimo al tío Dick.

—¡Ha sido un completo éxito! —decía— ¡No podría haber esperado que saliera mejor!

—Esta ciudad tiene el mejor director de toda Texas —comentó Horace Popsworthy, dándole una palmada en la espalda—. Ese perdedor de Groundhog Station no podría demoler ni el nido de una rata.

—Dick —afirmó Murdock Murchison, que formaba parte del gobierno municipal—, en el siguiente pleno, voy a proponerte para la medalla de honor.

—Ha sido todo un espectáculo —le dijo Lucas a Mimsy, mientras

se iban hacia un lado.

—Tú fuiste lo mejor —respondió ella, admirando cómo la camiseta se le pegaba al pecho, resaltando sus potentes pectorales —. No sabes lo mucho que me alegré de verte.

—Tal y como hemos visto ahora, el niño no hubiera resultado herido de todas formas. El edificio se derrumbó muy ordenadamente.

—Eso no se podía saber. Y tú arriesgaste la vida. Mientras tanto, la multitud le estaba pidiendo al tío Dick que hiciera un discurso.

Sonriendo, el hombre se subió en una silla e indicó a todos que guardaran silencio.

—Gracias, queridos conciudadanos. Estoy tan contento como vosotros de que todo haya salido bien. También estoy encantado de que hayamos grabado el acontecimiento. Espero que no os importe que me quede con una de las copias.

—En absoluto —dijo Popsworthy, como si él fuera el presidente del consejo escolar en vez de Quade.

—Este proyecto de demolición ha sido mi regalo de despedida para Nowhere Junction. También era mi examen final para el curso de demolición que he estado haciendo. En el día de hoy, dimito de mi puesto como director de la escuela y me marcho a trabajar para una empresa de demolición en Dallas. Muchas gracias y adiós.

Con un movimiento de mano, se bajó de la silla y se marchó, silbando.

Durante mucho tiempo, nadie se movió. Mimsy nunca había visto a sus conciudadanos tan en silencio como en aquel momento. De repente, como si se hubiera dado la señal para que empezaran a hablar, todos empezaron a hacerlo al mismo tiempo.

—¿Quién se lo habría imaginado?

—¿Dónde vamos a encontrar otro director?

—¿Y la carrera de go—karts de Groundhog?

Quade se subió en la silla y la gente guardó silencio.

—Al ver que todos los miembros del consejo escolar están presentes, sugiero que atajemos esta crisis enseguida.

Los miembros del consejo dieron un paso al frente. Lo primero que se propuso fue que se le subiera el sueldo al tío Dick y que se le suplicara que regresara.

—No servirá de nada —dijo Carter—. Cualquiera puede ver que ya ha tomado su decisión.

—¿Y a quién vamos a contratar? —preguntó Finella—. Ninguno de los profesores quiere ser director. Eso ya lo han dejado muy claro en otras ocasiones. Tal vez deberíamos escoger a alguien del consejo escolar.

—Todos tenemos otros trabajos —afirmó Popsworthy.

—Yo no —replicó Finella.
—¡Tampoco tienes formación pedagógica! —le espetó Mazeppa.
—Yo no tendría que dar clase. Solo me ocuparía de la administración.
—Aceptamos tu solicitud ——dijo Quade, diplomáticamente—. ¿Alguna otra sugerencia?
Tímidamente, Lilibeth Anderson levantó la mano.
—¿Sí?
—Creo que deberíamos poner un anuncio en Internet —sugirió.
—Ella se ha anunciado en un servicio de contactos —le explicó Mimsy en voz baja a Lucas—. Para encontrar marido.
—¿Y ha tenido suerte?
—Todavía no.
Los miembros del consejo escolar aprobaron la sugerencia de Lilibeth, a excepción de Finella.
—Hecho entonces —afirmó Quade—. Yo redactaré el anuncio y encontraré un lugar apropiado para colocarlo.
Todos se dispersaron, contentos con la decisión. Mimsy se quedó, por si acaso alguien se lesionaba y para asegurarse de que tiraban toda la comida antes de que se infectara.
—Te tomas tus deberes como médico muy en serio, ¿verdad?
—Yo me preocupo por la gente. Por eso me hice médico. Te aseguro que no fue por riqueza ni por gloria.
Cuando todo estuvo recogido, volvieron lentamente a la consulta.
—¿Has pensado alguna vez en marcharte de aquí?
—Groundhog ya tiene médico.
—Me refería a una gran ciudad. Eres inteligente y atractiva. No creo que aquí se te valore lo que mereces.
—Gracias por el cumplido, pero sé dónde está mi lugar.
—Es una pena. Es decir, es una pena que no se te dé más crédito por la contribución que haces a esta ciudad. Deberías estar en el consejo escolar, por ejemplo. Harías mejor trabajo que, por ejemplo, Finella. De eso estoy seguro.
—No tengo niños —dijo, tristemente.
Cuando llegaron al hospital, Carter estaba retirando las protecciones de las ventanas.
—Deberías irte a casa y echarte una siesta.
—No la necesito —respondió él.
Sin embargo, por las ojeras que tenía, Mimsy supo que estaba mintiendo.
—No me vengas con orgullo. Soy tu médico y te ordeno que vayas a descansar un poco.
—¡Sí, señora! —exclamó él, saludándola al estilo militar antes

de marcharse.

Había demostrado mucho coraje al salvar a Hank. Él tampoco había recibido crédito alguno por ello. Cuanto más lo veía, más se convencía de que Lucas no andaba siempre de acá para allá, como él decía. Un hombre como él tenía mucho valor y seguramente alguien, en algún lugar, lo estaba buscando.

No podía retenerlo allí para siempre, por mucho que lo deseara.

Lucas no estaba seguro de por qué le había dicho a Mimsy lo de marcharse a una gran ciudad. Había estado a punto de mencionar Los Ángeles, pero se había contenido al darse cuenta de que no tenía derecho alguno a ponerle aquellas ideas en la cabeza.

Lo último que necesitaba era que ella se mudara allí por él. Era demasiado inquieto como para atarse a una mujer.

En el pasado, siempre se lo había dejado muy claro a las mujeres con las que salía. Hasta aquel momento, no había roto ningún corazón, que él supiera. Entonces, ¿por qué estaba jugando con fuego, flirteando con una mujer tan inocente y tan confiada?

Mimsy le gustaba mucho. Le gustaba el modo en que se preocupaba por los demás, su modestia, su inteligencia y el modo en que se transformaba y se ponía al mando cuando las circunstancias lo requerían. También le gustaban sus brillantes ojos pardos y su sonrisa siempre dispuesta.

Algún día un hombre iba a hacerla feliz a todos los niveles, a despertar su potente sexualidad y a reclamar el lugar más privilegiado de su corazón. Luchas se echó a temblar. Otro hombre la reclamaría y ella se olvidaría de él. Resultaba sorprendente cuánto lo molestaba aquella perspectiva.

Tenía que terminar con aquel asunto de Nowhere Junction tan rápido como le fuera posible y escaparse de allí antes de que uno de los dos sufriera.

Mientras Lucas pasaba cojeando por delante del café, miró dentro. Una mujer estaba colocando pasteles bajo el expositor de cristal. Siguiendo un impulso, entró, esperando tener otra oportunidad de hablar con Lilibeth.

—Perdone...

—Sí, ¿en qué puedo...? ¡Oh! Debes de ser Lucas.

—¿Qué le hace pensar eso?

—Esa cojera, aparte del hecho de que por aquí no tenemos muchos desconocidos. Billy Dell me habló sobre ti. Yo soy Willie, su esposa. Trabajo en el café los sábados.

—Encantado de conocerte —dijo Lucas, estrechando la mano de la mujer—. Quería saber si Lilibeth había venido por aquí.

—¡Ah! —exclamó Willie, mirándolo como si entendiera lo que

quena decir. ¿Por qué tenía que dar por sentado todo el mundo que tenía que sentirse atraído por ella?—. Bueno, pues no está aquí.

—¡Qué pena!

—Sin embargo, podría darle un mensaje.

—No, no es necesario.

—Estará aquí el lunes por la mañana, si no la ves antes de entonces. Buena suerte.

Willie sonrió. Todavía seguía siendo una mujer hermosa, aunque los años de duro trabajo le habían arrugado en exceso la piel.

Tenía encima el frasco con la loción de coco que le había sobrado, dado que había estado esperando la oportunidad de probarlo en otra persona. Y para hacer un favor a alguien que se lo mereciera, como Willie.

—¿Harías algo por mí, Willie? ¿Quieres ponerte un poco de esta crema en la cara y decirme lo que te parece?

—¿Qué es?

—Un ungüento que Mimsy y yo hemos preparado. A ella le mejoraron mucho las manos. No quiero resultar poco respetuoso, pero el ambiente de por aquí es muy seco y...

—En eso tienes razón —replicó Willie. Entonces, se volvió hacia un espejo que había en la pared y se aplicó un poco de crema en el rostro—. ¡Qué gusto! Gracias, Lucas —añadió, entregándole el frasco con lo poco que quedaba de crema.

—Ya me dirás si te gusta.

—¡Claro que lo haré!

Tras salir del café, empezó a subir las escaleras. Para cuando llegó arriba, le dolían todos los músculos del cuerpo. Agotado, se tumbó y no se despertó hasta el domingo por la mañana.

Dado que ya estaba levantada, Mimsy decidió preparas unos bollitos de vainilla y manzana. A pesar de que estaban muy buenos, lo que quería era que Lucas se despertara con el delicioso olor.

Él le había preguntado si querría vivir en otro lugar. Lo que a ella le hubiera gustado preguntarle a cambio era si él podría considerar vivir en Nowhere Junction. Sin embargo, se había dado cuenta de que no tenía ningún derecho a hacerlo. ¿Cómo iba a pedirle que pensara en el futuro cuando ni siquiera se acordaba del pasado?

A las ocho, Mimsy oyó que Lucas se estaba dando una ducha. Salió vestido con los vaqueros y la camisa que ella le había lavado la noche anterior en la lavandería.

—Pareces bien descansado —dijo ella—. Debes de haber dormido unas dieciséis horas.

—Me siento mucho mejor.

—Ahora, tienes que comer algo. ¿Cómo te gustan los huevos?

—Escalfados. ¿Tienes beicon?

—Claro.

Estaban terminando de desayunar cuando alguien llamó a la puerta. Mimsy reconoció el modo de llamar. ¿Qué estaba haciendo allí Lilibeth un domingo por la mañana?

Cuando Mimsy fue a abrirle la puerta, la encontró con el cabello muy lacio y los ojos vidriosos.

—¿Te encuentras bien?

—Creo que estoy resfriada —respondió Lilibeth, tosiendo. Al ver a Lucas en la cocina, trató de sonreír—. Lucas, Willie me dijo que habías ido a verme...

—No, yo... Bueno, ya que estás aquí, me estaba preguntando si tenían más dudas sobre los que estuvimos hablando el otro día. Ya sabes sobre las estrategias de inversión.

—¡Oh! Sí, me gustaría que habláramos sobre eso —dijo Lilibeth, algo más animada.

—¿Te apetece un café? —le preguntó Mimsy, cuando Lilibeth se acomodó a la mesa.

Decidió aprovechar la primera oportunidad que tuviera para escapar de la habitación. No quería que ninguno de los dos viera lo mucho que la había molestado enterarse que Lucas había ido el día de antes a buscar a Lilibeth.

Por lo visto, cocinar bollitos y ser inteligente no era suficiente cuando la comparaban a una con el sueño rubio de todo hombre. De nuevo, había vuelto a ser invisible.

Para cuando regresó al salón, los que quedaban estaban sumidos en una profunda conversación. Mimsy dejó el café y volvió a marcharse. Había pensado no ir a la iglesia para cuidar de Lucas, pero ya no había razón alguna para no ir. Decidió ponerse algo un poco más elegante. Estaba empezando a quitarse los pantalones cuando el teléfono empezó a sonar.

—¿Mimsy? Soy Buffy Murchison. Carter está muy mal con lo que parece ser una gripe. Sé que es domingo, pero, ¿podríamos pasar a verte?

—Claro —respondió ella. Desde el salón, oyó toser a Lilibeth. ¿Habría alguna relación entre las dos enfermedades? —¿Cómo estáis Callie y tú?

—Bien.

—¿Estuvisteis ayer en la demolición?

—No. Me quedé con Callie en casa. Todo me ponía algo nerviosa. ¿Crees que lo que tiene podría ser contagioso?

—No lo sé. Venid a mi consulta dentro de quince minutos.

Cuando colgó, llamó inmediatamente a Flo. Su hijo y ella habían

estado presentes, pero, hasta aquel momento, ninguno de los dos estaba enfermo. Por otro lado, todos ellos se habían manchado con el abono y Quade los había lavado enseguida con la manguera. Cualquiera de aquellos dos hechos podría haber neutralizado el virus.

En el salón, Lilibeth tenía un aspecto más pálido que cuando llegó. Lucas le puso la mano en la frente.

—Tiene fiebre.

—Carter Murchison también está enfermo —dijo ella, a pesar de que no le gustaba que Lucas hubiera tocado a la otra mujer—. Lucas, ¿puedes acompañar a Lilibeth a mi consulta? Solo espero que sean únicamente los dos y no todo el pueblo.

—Después de la demolición, todo el mundo empezó a toser, pero pensé que era solo por el polvo. Espero que nadie esté gravemente enfermo.

—Crucemos los dedos.

Mientras Mimsy iba a su consulta, recordó que, solo unos pocos días antes, había estado deseando que se produjera una epidemia. Había cambiado de opinión.

A mediodía, tenía la consulta a rebosar de pacientes que se quejaban de debilidad, fiebre y dolores de cabeza. Le contaron que las toses eran tan fuertes en la iglesia que el pastor, que tenía noventa y tres años, había acortado el sermón por primera vez durante años.

Los enfermos incluían a Quade Gardiner, Horace Popsworthy, Finella y George Weinbucket, Boris y Rueford Norris y todos los Grimes a excepción de la madre, que había estado trabajando en el café todo el sábado.

—Tiene que haber una relación con la explosión —le dijo Mimsy a Flo, mientras llegaban Murdock y Mazeppa, con una fiebre muy alta—. Se ve muy claramente por quién está enfermo y por quien no lo está.

Refrigeró las muestras de sangre para analizarlas más tarde. Aunque dudaba de que aquello fuera una infección bacteriana, Mimsy administró antibióticos a los casos más graves. La fuerza de la enfermedad estaba relacionada con la cercanía del enfermo al lugar de la explosión, con su edad y con su condición física. Los jóvenes no estaban tan graves como los más mayores.

—Nunca he visto una gripe como esta —dijo Flo—. ¡Es increíble que haya afectado a tantas personas en la misma mañana!

—Las mutaciones de una enfermedad pueden resultar imprevisibles. Tenemos que estar preparadas para lo que venga.

Mimsy ya había tratado de alertar a las autoridades sanitarias

del estado, lo que en domingo resultaba bastante difícil. Lo único que pudo hacer fue dejar mensajes por todas partes. Aunque temía que aquello pudiera ser el inicio de una epidemia muy grave, decidió esperar un poco para llamar a las autoridades federales.

Descartó que se tratara de una intoxicación alimentaria porque Lucas, Flo y ella habían probado todos los platos y estaban perfectamente. Además, los enfermos no tenían molestias intestinales.

A media tarde, Lucas les llevó a Flo y a ella unos bocadillos.

—Gracias, tenía mucha hambre.

—Yo también —dijo Flo, devorando su bocadillo casi de un bocado—. ¡Dios! ¡Me he olvidado de Hank! Si no voy a casa, no comerá más que golosinas.

—¿No está enfermo? —preguntó Lucas.

—Esta mañana no.

—Eso confirma mi teoría —afirmó Mimsy.

Como ellos tres, Hank se había visto rociado de abono y luego regado con la manguera.

—Dame tu dirección —sugirió Lucas—. Yo mismo puedo ir a ver cómo está.

—¿Estás seguro de que no te importa? —le preguntó Flo, mientras le escribía la dirección en un papel.

—Me gusta ser útil. Esta noche, os ayudaré también en el hospital. Con Billy Dell enfermo, os vendrá bien alguien que os eche una mano.

—Te lo agradecemos mucho —le aseguró Mimsy. Mimsy se percató de un detalle solo después de que Lucas se marchara. Era un detalle sorprendente e inexplicable, y a la vez esperanzador. No le había preguntado cómo estaba Lilibeth.

CAPÍTULO 8

LUCAS descubrió que Flo Nightingale vivía en una bonita casa a un kilómetro al sur de la escuela. Todo parecía muy cerrado y, al principio, nadie le abrió la puerta.

Pocos minutos después, Hank se asomó por una rendija.

—¡Oh! Eres tú. No necesito que vuelvas a rescatarme.

—Pensé que te gustaría saber que tus amigos Joe y Boris están enfermos —dijo Lucas, simplemente.

—¿Están muy mal?

—Bueno, no se encuentran demasiado bien. Boris ha tenido que quedarse en el hospital porque su padre también está muy enfermo, pero Joe ya está en casa con su madre.

—Yo debería estar enfermo como ellos...

—En realidad, he venido aquí a darte las gracias.

—¿Cómo?

—Si no hubiera sido por ti, los dos lo estaríamos. Parece que verse rociado de abono protege a la gente contra esta enfermedad. O tal vez fue la ducha de agua.

—¿Y por eso no estamos enfermos? En ese caso, mi madre también se encuentra bien, ¿no?

—Sí. Probablemente tendrá que trabajar esta noche.

—No me importa —dijo, a pesar de que en su rostro se había reflejado la decepción.

—Escucha, para mostrarte mi gratitud, esta tarde estoy a tu disposición. ¿Hay algo que te gustaría hacer? ¿Te apetece comer algo?

—Ya he comido —respondió el niño. Tenía una mancha de chocolate en la mejilla, lo que confirmaba las predicciones de su madre—. ¿Sabes montar en bici?

—Claro.

—Podrías montarte en la bicicleta de mi padre. Yo quería ir al arroyo a pescar con las manos, pero no es muy divertido ir solo.

Lucas estaba completamente de acuerdo con eso. Solía ir a pescar con sus amigos y lo hacían con ramas que ellos mismos habían preparado. Utilizaban gusanos de cebo y lo pasaban estupendamente aun cuando el pez se les escapaba.

—Tendrás que mostrarme cómo hacerlo.

—De acuerdo. Voy por mis cosas.

El resto de la tarde le llevó a Lucas recuerdos de su niñez y disfrutó mucho chapoteando en el agua con el hijo de Flo. En total, lograron atrapar tres peces. Él le enseñó a Hank cómo destriparlos

con una navaja y, cuando llegaron a la casa los frieron y se los comieron.

Prepararon dos platos extra de comida, los cubrieron con papel de aluminio y los llevaron al hospital. Hank no trató en todo el día de llevar a cabo uno de sus habituales trucos.

Se notaba que el muchacho echaba mucho de menos a su padre. Lucas estaba seguro de que no le gustaba estar solo en su casa mientras su madre trabajaba, aunque el pequeño nunca lo admitiría.

Lucas pensó que, si tuviera un hijo, se pasaría todo el tiempo que pudiera con él. Resultaría muy divertido encontrar nuevos e interesantes proyectos en los que embarcarse.

Se preguntó si sentiría lo mismo cuando regresara a Los Ángeles. Tener un hijo en Nowhere Junction sería divertido y satisfactorio. En Los Ángeles, no estaba tan seguro.

Por la tarde, muchos de los pacientes habían mejorado mucho. Sin embargo, las diez camas del hospital estaban ocupadas. Mimsy había insistido en que Flo se fuera a casa con su hijo, así que, aunque Lucas estuviera a su lado, le esperaba una noche muy larga por delante.

A las ocho, llegó Bobette, completamente sana y saludable. Se había perdido la demolición por ayudar en el parto de una vaca.

—Bob puede arreglárselas solo mañana en el rancho, así que he venido a echarte una mano.

—Todavía no sabemos si la enfermedad es contagiosa —le advirtió Mimsy—. Podrías estar exponiéndote.

—He estado visitando a los otros rancheros, así que, si es contagiosa, ya me he infectado. Es mejor que me ponga a trabajar mientras esté sana.

Mimsy agradeció mucho la actitud de su amiga y la puso a trabajar. Media hora más tarde, llegó Cissy Leroy, la cajera del banco.

—Me alegro de habérmelo perdido todo. Ayer fui a San Antonio para comprar un poco de tela para la ropa que estoy preparando para la boutique de Buffy. George me dijo que me daría mañana el día libre si venía a echar una mano esta noche y me alegro de poder hacerlo.

Lucas escuchó perplejo. Unos minutos después, cuando Cissy se puso a organizar los papeles de las admisiones de pacientes, le dijo a Mimsy:

—Ya veo que tenías razón cuando dijiste que aquí todo el mundo ayuda a los demás.

—La gente se enorgullece de poder hacer algo.

—Venga, doctora. Dime qué más puedo hacer.

Le puso a desinfectar las salas de examen. Se sentía algo culpable por ponerlo a trabajar, pero aquel trabajo era esencial. Para cuando terminó sus rondas, era más de medianoche. No habían llegado nuevos enfermos y varias personas más se habían ofrecido voluntarios para hacer el turno de noche.

—Es mejor que vayas a dormir un poco —le ordenó Bobette—. Lo último que necesitamos es que tú te pongas enferma.

—Tú también has tenido un día muy largo —protestó Mimsy.

—Lucas, llévate a casa a esta mujer —insistió Bobette.

—Enseguida.

Volvieron andando, envueltos en un cómodo silencio. A aquellas horas, no se veía ni un alma por la calle y los únicos ruidos que se escuchaban eran los de los grillos y los ladridos de los perros.

—Deberíamos volver al hospital —comentó ella—. No estoy cansada.

—Te aseguro que dentro de media hora te sentirás hecha puré.

—He recuperado energías en las últimas horas.

—No hay nada que hablar.

Suponía que debía oponerse, pero le parecía maravilloso poder pasear a su lado, con el brazo entrelazado con el de él. Sentía el calor de su piel y su suave aliento. De repente, Mimsy se detuvo delante del café de los Anderson y supo lo que quería y lo que tenía que hacer.

—Bésame.

—¿Aquí?

—No hay nadie.

—Si alguien nos ve, empezarán los rumores.

—¿Y por qué tiene que importarte eso a ti?

Era a Mimsy a la que debía importar y, sin embargo, anhelaba sentirse entre los brazos de Lucas. Llevaba deseándolo todo el día.

A pesar del riesgo de que alguien los viera, era mejor besarse allí fuera y no en la intimidad del apartamento, un lugar en el que él podría llevarla a la cama aprovechando su falta de inhibiciones.

Suavemente, se soltó de su brazo y le rodeó el cuello con las manos. Lucas le sonrió y le acarició los hombros, el cuello, la nuca...

Mimsy atesoró aquel momento. Le parecía que, en aquel instante, el mundo les pertenecía.

Mientras Lucas se inclinaba sobre ella, Mimsy anheló que se produjera el contacto. Cuando por fin la besó, ella se fundió con él y sintió que el corazón le temblaba.

Le acarició los labios con los suyos. Cuando trató de separarse, ella lo agarró con más fuerza. Entonces, Lucas la besó como si un fuego le ardiera por dentro. Mimsy nunca había experimentado una

sensación similar, no había conocido otros labios que pudieran transportarla a otra dimensión solo con un beso.

Al fin, Lucas levantó la cabeza, con la respiración entrecortada y la mirada borrosa.

—Mimsy, no deberíamos... Tengo que decirte que...

Ella no prestó atención a aquellas palabras. Fuera lo que fuera lo que tuviera que decir, aunque hubiera recuperado la memoria, no importaba. Después de lo que había experimentado un momento antes, sabía de él todo lo que tenía que saber. Además, sentía tanto deseo que ya no podía guardar las distancias. Aunque Lucas no fuera a quedarse mucho tiempo, quería pasar aquella noche con él, atesorarla a lo largo de su vida.

—Vamos arriba —dijo ella. Entonces, lo tomó de la mano y subieron las escaleras.

Lucas observó cómo Mimsy encendía la luz de su dormitorio. Entonces, vio que tenía un extraño brillo en la dulzura de su rostro, en su cabello. Pudo trazar la forma de sus pechos bajo la tela de la blusa. Tenía las caderas suavemente redondeadas y los pantalones eran como una segunda piel.

En su interior, sintió una extraña mezcla de deseo y de miedo. El hombre que había en él ardía de deseo. Sin embargo, sabía que él nunca podría ser el hombre que Mimsy se merecía. A pesar de todo, le resultaba imposible resistirse.

Casi sin atreverse a respirar, la contempló mientras ella se desabrochaba la blusa. Una piel dorada relució a la luz de la lámpara. El delicado encaje del sujetador parecía estar pidiendo a gritos liberar la carne que escondía.

—Eres muy hermosa...

—¿Yo?

—Eres exquisita —susurró, acariciándole suavemente un seno—. Mimsy, dejas a todas las demás en la sombra.

—¿Incluso a...?

—A todas.

Cuando le acarició la cintura, sintió que Mimsy temblaba de placer. Fascinado, le bajó el sujetador y cubrió uno de los pechos de ella con una mano.

Mimsy gimió, provocándole una deliciosa anticipación. Sin embargo, sintió que le debía mucho más que aprovecharse de la fe que ella tenía en él.

No podría decirle que le había mentido, no en aquel momento. La verdad era demasiado cruel.

—Yo no... —susurró, sin poder llegar a pronunciar las palabras —. No sé qué clase de hombre soy, Mimsy, pero tal vez no sea de la

clase de hombre en la que se pueda confiar.

—¡De eso no puedes estar seguro! Siempre te menosprecias.

—¿Yo?

—Puedes ser mucho más de lo que crees…

—Tal vez no haya conseguido tener crédito en mí mismo. No lo sabré hasta que no recupere la memoria.

—Tal vez no lo consigas nunca. ¿Y sería eso malo? Podrías ser, cualquier persona que quisieras ser. Y podrías quedarte aquí todo el tiempo que desearas.

Lucas deseó que así fuera. Liberarse de su pasado, vivir allí con ella. Quería formar parte de su bondad. Ser compasivo, honrado, el hombre que ella creía que era. En aquel momento, se dio cuenta de que Mimsy era la única mujer con la que él podría ser ese hombre. La única mujer del mundo. Entonces, la tomó entre sus brazos. Aquella vez, no trató de contenerse.

Mimsy no podía creer su propio descaro. Le había pedido a Lucas que la besara en medio de la calle y luego lo había llevado a su dormitorio y se había desnudado. Sin embargo, no se arrepentía.

Sus últimas dudas se desvanecieron cuando él volvió a besarla.

Había soñado muchas veces que la seducía un hombre misterioso y atractivo. En aquellos momentos, el hombre era real. Era Lucas.

Antes de que se diera cuenta, los dos estaban tumbados en la cama y él le estaba quitando las ropas que todavía tenía puestas. Ella lo ayudó a desabrocharse la hebilla del cinturón y los botones de la camisa.

Desnudo, era magnífico. Tensos músculos, vientre liso, unas cuantas misteriosas cicatrices. Poder y fuerza a punto de desatarse. No podía esperar.

—¿Tienes preservativos? —le preguntó Lucas.

Mimsy no quería parar ni por un momento, pero sabía que era una locura. Ella misma había recomendado cientos de veces el sexo seguro. Con gran esfuerzo, sacó el paquete de la mesilla de noche, que había dejado allí con la esperanza de que algún día encontraría a un hombre como Lucas.

Tras colocarse el preservativo, ocurrió algo maravilloso. Él le agarró las muñecas y las sujetó suavemente contra la almohada, inmovilizándola.

—Me perteneces —susurró.

—Sí.

Le lamió con la lengua los pechos, el vientre… y siguió bajando. Mimsy gritó de placer. Entonces, sin previo aviso, insertó su masculinidad dentro de ella. Se fusionaron con voluptuoso

abandono. Lucas entró y salió de ella. Mimsy se unió con él en un ritmo tan antiguo como la misma Tierra. Quería tocarlo por todas partes con cada parte de su cuerpo.

Gozaba con oírlo gemir, con sentir sus movimientos. Cabalgaron juntos hacia lo desconocido, vertiéndose por fin en el delicioso mundo del placer.

Entonces, Mimsy se acurrucó contra él, feliz. No podía pedir nada más.

Desde que alcanzó la madurez, Lucas se había enorgullecido de ir más allá de dónde los demás se atrevían a llegar. De tomar riesgos y de no arrepentirse nunca.

Sin embargo, nunca había experimentado sensaciones tan mágicas como aquellas. El nombre que recibían era amor.

Lucas miró a la mujer que tenía entre sus brazos, sus suaves rizos, y vio que estaba empezando a quedarse dormida. Emanaba de ella una sutil luminosidad.

¿Por qué no podía quedarse allí con Mimsy, para siempre? Tal vez, después de todo, podría hacerlo. Primero, tendría que desvelar sus mentiras y dejar a un lado su búsqueda de riqueza y de poder. ¿Qué haría entonces? ¿Para qué trabajo estaba cualificado en aquella pequeña ciudad?

El simple hecho de estar teniendo aquellos pensamientos sorprendía a Lucas. Se alegraba de no tener que tomar una decisión todavía. Solo quería estar allí tumbado y disfrutar de la perfección de aquel momento. Y eso fue lo que hizo.

El lunes, mientras Lucas estaba todavía dormido, una tempranera llamada hizo que Mimsy volviera al hospital para dar el alta a Murdock Murchison. Estaba exigiéndolo para poder ir a alimentar a sus perros.

—Estoy segura de que Buffy se encargará de ellos —le dijo al hombre, que seguía estando muy pálido. Al menos ya no tenía fiebre.

—La tienes tomada con mi perro Lucas, ¿verdad? Quieres librarte de él porque se llama igual que tu novio.

Mimsy estuvo a punto de negar que Lucas fuera su novio cuando se dio cuenta de que era verdad. Guardó silencio.

—No tengo ninguna animosidad contra ninguno de tus perros, Murdock. Simplemente habría creído que preferirías quedarte aquí con tu mujer.

Mazeppa también había mejorado. Aquella mañana, al despertarse, se había puesto de rodillas y había empezado al fregar el suelo. En aquellos momentos, Bobette estaba tratando con todas

sus fuerzas de devolverla a la cama.

—Pues a mí me parece que está muy bien. A nuestra casa le vendría bien una buena limpieza. ¿Estás segura de que no quieres que siga aquí para que trabaje gratis para ti?

—Esta repentina obsesión por la limpieza no es normal. Tal vez sea alguna complicación...

—¡Paparruchas! ¡Me la llevo a casa!

Fue inútil oponerse. Mimsy le hizo prometer que volvería a llevar a Mazeppa al hospital al día siguiente para un chequeo.

Aquella mañana, casi todos se sentían mejor. Rueford y Boris Norris se habían tomado rápidamente el desayuno que uno de los voluntarios les había preparado y luego se habían marchado a toda prisa antes de que Cissy Leroy pudiera darles la factura. Y se habían marchado con las batas del hospital. Menudo aspecto para ir por la calle principal.

—Pídele a Billy Dell que les lleve más tarde su ropa —le dijo a Cissy—. Si andan tan justos de dinero, no queremos que nos dejen los pantalones a cambio.

El único paciente que la preocupaba un poco era Horace Popsworthy. Había confundido a Quade Gardiner con un espía de Groundhog Station y había tenido un enfrentamiento con él.

—Ha sentido animadversión por Quade desde que él consiguió ser alcalde —dijo Sweetie, su esposa, cuando fue a recogerlo—. No creo que sea nada por lo que preocuparse.

—Si muestra más síntomas de paranoia, házmelo saber. Podría ser un efecto secundario de la medicina que le he dado o una complicación de la enfermedad.

—¿Sabes ya lo que es?

—No, pero no voy a dejarlo pasar. Sea lo que sea, puede volver a producirse y me gustaría estar preparada.

En la ciudad, según Flo, las apuestas indicaban que todos creían que había sido por la ensalada de primavera de Finella. Sin embargo, Mimsy sabía perfectamente que el plato había sido descartado después del incidente del abono.

—¡No es justo! —lloriqueaba la mujer, que seguía estando bastante débil por la enfermedad—. Intentan ensuciar mi nombre para que no pueda ser la directora de la escuela.

—Serías una estupenda administradora —le aseguró su marido—. Yo te apoyo al cien por cien.

—Eres maravilloso...

Mimsy pensó que tal vez no lo fuera tanto, ya que había notado que animaba a su esposa a pasar todo el tiempo posible fuera de la casa. Según le había dicho Cissy, le encantaba tomar comidas congeladas. Decía que eran una delicia comparados con los que

preparaba su esposa.

——A pesar de todo, son uno de los matrimonios más felices de la ciudad —dijo Mimsy—, aunque sean un poco excéntricos.

—Ojalá eso fuera lo peor que mi marido me hubiera hecho. Marcharse así… —susurró Flo.

Entonces, se marchó a deshacer las camas que habían quedado libres.

Finalmente, Mimsy encontró un momento para pensar en lo que le había ocurrido aquella noche, para alimentar la esperanza que crecía dentro de ella.

Lucas la amaba. De eso estaba segura. Un hombre no podía hacer el amor tan tiernamente si no era así. Ella estaba muy enamorada de él. había querido que ocurriera, porque, aunque no tuviera mucha experiencia, tampoco era una soñadora adolescente.

Sabía que tenían muchas cosas en contra. Lucas podría tener secretos en su pasado o tal vez fuera demasiado inquieto para vivir en un solo lugar.

No obstante, la intimidad que habían compartido había transformado la vida de Mimsy. Nunca se arrepentiría de ello, pasara lo que pasara.

CAPÍTULO 9

EL MARTES, Lucas tuvo que luchar una batalla con su conciencia. Lo primero que tenía que haber hecho el día anterior era contarle su verdadera historia a Mimsy, pero ella se había marchado antes de que hubiera tenido oportunidad. Cuando regresó a la hora de la cena, se dijo que resultaría cruel turbar su mutua felicidad tan pronto. Se merecían al menos una noche más juntos.

La noche anterior, habían vuelto a hacer el amor y había sido una experiencia maravillosa. Por la mañana, Lucas había dejado que volviera a marcharse al hospital creyéndolo presa de la amnesia.

Era un egoísta, un cobarde. Sin embargo, admitía que no estaba listo para contarle una verdad que podría arrebatarle a la mujer que amaba.

Con la mente revuelta por una serie de intenciones en conflicto, fue a ver cómo iba su moto. Frente al café, se encontró con Lilibeth, que le dedicó una sonrisa.

—Me alegro de que te sientas mejor.

—Mimsy es una doctora estupenda —dijo ella.

Aunque no le gustaba ser tan brusco, se dio cuenta de que tenía que saber de una vez por todas si Lilibeth tenía capital para invertir.

—¿Sabes una cosa? Me he dado cuenta de que no puedo crear una estrategia de inversión eficaz hasta que no sepa los valores de los que estamos hablando.

—¿Valores? ¿Te refieres a cuánto dinero tengo?

—Más bien de cuánto puedes disponer para invertir. Eso podría incluir ahorros, bonos, fondos y cualquier propiedad que puedas convertir inmediatamente en dinero en efectivo, CDs...

—¡Tengo muchos CDs! ¡Me encanta la música!

—Me refería a certificados de depósito.

Un par de rancheros pasaron a su lado y saludaron a Lilibeth con el sombrero antes de entrar en el café.

—Bueno, tengo que irme —dijo ella, desapareciendo en el interior del café.

Para su sorpresa, la vio sirviendo café a los dos hombres. Claro. La heredera echaba una mano mientras Willie Grimes cuidaba de su familia. Aquel gesto decía mucho de ella.

A pesar de todo, seguía sin saber sin Lilibeth podría invertir con él. Si pudiera olvidarse de aquel negocio, tal vez podría concentrarse en crearse una nueva vida. Sin embargo, no podía rendirse hasta que no hubiera perdido toda posibilidad de éxito.

Entonces, tendría que encontrar un modo de ayudar a la fundación de animales abandonados y heridos, como siempre había hecho.

Suspiró y se marchó al taller de Murchison para ver cómo iba su moto. Cuando llegó, Carter le dijo que estaba arreglada. El mecánico estaba un poco pálido por su reciente enfermedad.

—No se nota que ha tenido un golpe, ¿verdad?

—No —dijo Lucas, admirando el trabajo de Carter—. ¿Estás seguro de que no te debo nada?

—Claro que no.

Lucas se montó en el asiento y arrancó el motor. Ronroneaba como un gatito. Se marchó a dar una vuelta por las tranquilas calles de Nowhere. La brisa en el cabello le susurraba libertad. Si hubiera querido, habría podido seguir adelante, dejando atrás las complicaciones que se había creado. Sin embargo, el corazón le dio un vuelco y los ojos se le llenaron de lágrimas.

No podía dejar a Mimsy. Anhelaba su compañía y sufría al pensar que podría causarle dolor. La intensidad de sus sentimientos lo asustaba. Sabía que no tenía que quedarse allí para siempre, que no estaba atrapado. Simplemente, había elegido quedarse durante un tiempo más.

Regresó al apartamento y, tras aparcar la moto, entró. Tomó el teléfono y empezó a ponerse al día con los negocios. No quedaba mucho. Y su socio seguía sin aparecer.

Después de comer, fue a la tienda de ultramarinos, porque se había enterado que vendían un ordenador que estaba conectado a Internet. Con el pretexto de probarlo, comprobó su correo electrónico. Allí tampoco había noticias sobre Ray Ryker.

—¿Funciona bien? —le preguntó Horace Popsworthy, mirando por encima de su hombro.

—Eso parece —respondió él, desconectándose.

—El otro día tuvo un virus —dijo el hombre, amenazando a la pantalla con un matamoscas—, pero yo lo maté con esto. Lo mandó uno de esos vándalos de Groundhog para tratar de arruinarme.

—Venga, querido, eso son tonterías —intervino su esposa, llevándoselo tras el mostrador—. Ven a tomar un poco de té.

En la trastienda, encendió la radio y le puso una emisora de música country.

—Parece que así se le acalla un poco el ruido que tiene en la mente —le dijo a Lucas—. Espero que supere esta situación pronto, porque hay un violinista en esa emisora que hace que los dientes me chirríen.

Lucas casi no la escuchó. La mención del té le recordó algo. En Plumpkin se decía que un brebaje hecho de una cáscara de coco aliviaba la epilepsia. ¿Podría curar también la paranoia del pobre

Popsworthy?

Sabía que no había mucha relación entre la epilepsia y la paranoia. Además, para suministrarle la tisana, tendría que revelar cómo sabía tanto sobre la cáscara del coco y no estaba preparado para desenmascararse a menos que supiera que había grandes posibilidades de curar a Horace y a Mazeppa, quien también sufría de comportamiento obsesivo.

Salió de la tienda y se libró por los pelos de un chorro de agua. A su derecha, Gigi Wernicke estaba completamente empapada en medio de la acera. Mazeppa, que estaba a su lado, tenía en las manos una manguera.

—¡Vuelve a la peluquería! Estás dejando pelos por toda la acera. ¡No puedo soportar tanto desorden!

—Pero si acababan de peinarme —aulló Gigi, con el pelo completamente empapado y cayéndole por los hombros—. Vas a pagar por esto, Mazeppa.

—¡Ponlo en mi cuenta! —le espetó la mujer.

La pobre Gigi volvió a entrar en la peluquería. Al ver que Mazeppa se volvía hacia él, levantó las manos en señal de rendición.

—Te prometo que yo me he duchado hoy.

Mazeppa no le prestó atención. En vez de eso, se volvió a Quade Gardiner, que salía en aquel momento del ayuntamiento.

—¡Quade Gardiner! —gritó la mujer. El alcalde se giró y la miró atónito—. ¡Es mejor que canceles el desfile de Halloween de mañana por la noche! ¡No pienso tolerar que el confeti ensucie las calles!

—Ya lo he cancelado —dijo Quade, mirándola atónito—. Como hay tanta gente enferma, nadie ha tenido tiempo de preparar las carrozas.

—Menos mal —comentó la mujer. Entonces, sacó la manguera de la boca de riego a la que la tenía conectada, la recogió y la metió en el carro de la compra—. Tengo que irme. Voy a reunirme con mi marido —añadió, desapareciendo calle abajo.

—Sea lo que sea lo que le ha devuelto el juicio, espero que Mimsy encuentre pronto algo que la alivie. Bueno, me alegro de verte en mejores circunstancias que la otra vez, Lucas.

—Si recuerdo bien, en esa ocasión eras tú el que tenías la manguera, pero yo te lo agradecí mucho. ¿Se van a sentir muy desilusionados los niños porque no haya desfile?

—Tal vez, pero no creo que este año hubiera habido mucho que ver.

—Yo también siento que no haya. Los desfiles de carnaval en las ciudades pequeñas son mucho mejores que en las grandes.

—Parece que estás recuperando poco a poco la memoria.

—Sí, poco a poco —dijo Lucas, sin poder negar lo evidente—. Supongo que regresará toda muy pronto. Cuando me acuerde de todo, supongo que me marcharé de aquí.

—No hay necesidad de ello a menos que tengas que hacerlo.

—No creo que encaje mucho aquí.

—¡Dios santo! ¿Cómo se puede encajar con Mazeppa Murchison, Horace Popsworthy y Finella Weinbucket? Además, tú me pareces un hombre que persigue lo que quiere. A esta ciudad le iría muy bien tener más hombres con esas características.

—Gracias. Otro hombre en tu posición hubiera dicho que este pueblo no es lo suficientemente grande para los dos.

—A pesar de lo que diga Horace, yo nunca quise ser alcalde —comentó Quade, divertido—. Me votaron por desesperación. Si echas raíces aquí, tengo el presentimiento de que uno de estos días te votaré a ti. Piénsalo —añadió, antes de marcharse.

Lucas se quedó atónito por la generosidad y la amabilidad de aquel hombre. Aquel pueblo no se parecía en nada a Blink. O tal vez era Lucas el que no se parecía en nada al que había sido entonces.

Todas aquellas personas se merecían cosas mejores que mentiras, especialmente Mimsy. Además, ella era tan inteligente que iba a descubrir su farsa en poco tiempo.

Le diría la verdad muy pronto. Al día siguiente. Solo pedía un día más. Lucas quería disfrutar de la sensación que suponía sentir que pertenecía a un lugar. Y a alguien.

Entre paciente y paciente, Mimsy trató de descubrir en Internet las claves que solucionaran el misterio de la epidemia. Había muchas enfermedades con las mismas características, pero ninguna con las extrañas complicaciones que tenían Horace y Mazeppa.

En vano, buscó casos de personas que se hubieran puesto enfermas después de inhalar polvo, pero nada. Tampoco la ayudó ver el vídeo de la explosión.

Mimsy había enviado muestras de sangre a Austin, pero, con tantas posibilidades, se podría tardar semanas en aislar el agente que había provocado la infección. Y eso si lo descubrían. Mimsy tenía que saberlo cuando antes, para poder poner el pueblo en cuarentena si era necesario.

Como la mayoría, los Grimes ya se habían recuperado cuando regresaron para hacerse las revisiones.

Además de haber evitado la enfermedad, Willie tenía un aspecto estupendo.

—Es una crema que Lucas me dio para que me la pusiera en la

cara —confesó.

Mimsy se miró las manos. Seguía teniendo la piel suave y lisa, y eso que llevaba días sin utilizar la loción.

—Es sorprendente, ¿verdad?

—Ese hombre es muy listo —comentó Willie—. Está destinado para cosas muy importantes. Acuérdate de mis palabras.

Mimsy esperaba que no fueran tan grandes que no la incluyeran a ella. Tras los Grimes, llegaron Murdock y Mazeppa. Él se había recuperado completamente, pero la obsesión de la mujer por la limpieza había empeorado.

—Tuve que frotar toda la casa con lejía —se quejó, mientras Mimsy le tomaba la tensión—. Las marcas que había en las paredes eran increíbles. Y los boles de los perros... Los lavé ayer y ya tienen pequeñas marcas de moho.

Moho. Aquella palabra le hizo recordar un artículo que había leído sobre el moho. ¿Cómo era?

Tuvo que contenerse para no regresar corriendo a su ordenador y comprobarlo. Mientras terminaba el chequeo, la cabeza no dejaba de darle vueltas sobre el tema.

La escuela había tenido una rotura de una de las cañerías la primavera pasada. Las paredes se habían llenado de esporas.

Después de que los Murchison se marcharan, se puso a buscarlo rápidamente en Internet. Por fin, encontró el artículo.

Durante la remodelación de un hospital, los obreros no se habían puesto mascarillas pare prevenir la contaminación por polvo de las vías respiratorias. Un hongo común, llamado aspergillus, había infectado a algunos de los pacientes y había matado a varios. Por lo menos, en Nowhere no había habido muertes, pero, ¿y las otras complicaciones? El artículo no las mencionaba.

Recordaba haber leído que las infecciones de garganta provocadas por estreptococos podrían provocar un comportamiento compulsivo en niños vulnerables. Tal vez la condición de Mazeppa fuera similar. Desgraciadamente, no parecía haber más cura que el tiempo. Como precaución, Mimsy llamó al laboratorio y pidió que buscaran muestras de esporas en las muestras de sangre.

En aquel momento, Flo entró en la consulta.

—Lucas está aquí.

—Por favor, dile que pase —dijo Mimsy, sintiéndose más alegre de inmediato. Un momento más tarde, Lucas apareció en la puerta —. Hola.

—¿Te interrumpo?

—No. Deseaba hablar contigo. Creo que ya sé cuál es el problema.

—¿De verdad?

—¡Se trata de moho!
—¿Moho?
—¡Por la explosión! Creo que debía de estar en las paredes de la escuela.
—¡Ah! Estás hablando de la epidemia. Creía que te referías a un problema muy diferente.
—¿A cuál?
—A mí.
—¡Lo siento! —exclamó ella, sintiéndose avergonzada de haberse olvidado de su condición—. Claro que quiero saber también cómo puedo curarte la amnesia.
—No tengas prisa. Yo me lo estoy pasando muy bien, por si no te habías dado cuenta.
—Yo también.
Era un poco temprano para marcharse, pero Mimsy ya no tenía más pacientes. De repente, no pudo soportar estar en la consulta ni un minuto más. Quería pasar todo el tiempo que pudiera con Lucas. Quería creer que, a pesar de estar ya casi físicamente curado, se quedaría. Que nada ni nadie podría llevárselo de allí.
Además, creía que en su interior ardía una llama que significaba mucho para ella. ¿Se trataba del amor en su propio caso? Fuera lo que fuera, podría haber jurado que también lo había visto en los ojos de Lucas.
—Podrías recoger hoy temprano —susurró él, como si le hubiera leído los pensamientos.
—Claro. Me voy a llevar estos informes a casa para que tú me puedas ayudar a descubrir lo que está causando las complicaciones.
—De acuerdo.
—Y sin distracciones.
—Así será.
Recogió los papeles y salieron de la consulta. Tan profesionalmente como pudo, Mimsy le pidió a Flo que la llamara al busca si había más complicaciones.
—Necesito despejarme un poco para poder seguir investigando.
—Claro, doctora —replicó la enfermera, asintiendo solemnemente. Entonces, le guiñó un ojo.

Cada vez que estaban juntos, Mimsy se comportaba de un modo más desinhibido. Aquella vez, hicieron el amor en el salón. Acabaron por caerse del sofá y aterrizaron en el suelo con Mimsy encima.
La cena supuso una breve tregua. Entonces, se retiraron a la habitación de Lucas y prosiguieron en su cama.
—Me está empezando a gustar mucho este apartamento —dijo

él, minutos después.

—Pues no le tomes mucho apego. Uno de estos días, pienso hacerme con la casa del tío Dick.

—Es verdad. La va a vender, ¿verdad?

—Todavía no ha puesto el cartel de “Se vende”, pero mantengo los ojos bien abiertos.

Agotados por tanto ejercicio, Mimsy se quedó tumbada a su lado, desnuda y medio dormida. Desde las rosadas mejillas a sus sensuales caderas, Lucas creía que era la mujer más hermosa que había conocido nunca.

Se preguntó lo que ocurriría si aquella casa fuera de los dos. Y si hicieran el amor en todas las habitaciones. Aquella era una razón más para no marcharse.

Aquel miércoles, Halloween, casi todos los niños fueron a la escuela disfrazados. Lucas los vio desde la vieja escuela. Estaba supervisando cómo los obreros cargaban los escombros en camiones. Todos, incluso él, llevaban mascarillas, lo que los hacía encajar perfectamente con el día festivo.

Finella, que había llevado bollitos de espinacas y de tofu a las clases, salió con una bandeja llena de los que los niños no se habían comido.

—No he visto ni a Hank ni a sus dos amigos en la clase —le dijo a Lucas.

Parecía estar haciendo méritos para alcanzar su puesto de directora del colegio.

—¿Crees que están tramando algo?

—No me extrañaría nada. En realidad, Boris es el peor de todos. Joe y Hank vienen de mejores familias.

—Eso no significa que no se le pueda ayudar —replicó Lucas.

Él lo sabía todo sobre las buenas y las malas familias. Él mismo venía de una de las últimas.

—Claro que no, pero se ocupa muy bien de complicarles la vida a los demás.

Aquello era algo que Lucas no podía discutirle. Verse rociado de abono no había sido una de las experiencias más agradables de su vida.

Aunque solo eran las tres, los obreros habían terminado por aquel día. Habían empezado temprano, por lo que Lucas no podía reprocharles nada. Todos habían trabajado muy duro.

—Eres muy amable por ayudar de este modo —le dijo Finella—. Sin el tío Dick, los hombres habrían hecho un mal trabajo si tú no los hubieras supervisado.

—Claro que sí. ¿Sabes que, si te nombran directora, tendrás que

tratar con ellos durante la construcción de la nueva escuela?

—Una mujer puede hacer lo mismo que un hombre, ¡y mucho más! Pero no le digas a mi marido que yo te lo he dicho, ¿de acuerdo?

—No se me pasaría por la cabeza.

Después de charlar con Finella, Lucas volvió para inspeccionar los escombros y retirar algunos clavos antes de que alguien pudiera clavárselos. Deseó poder presentarse él mismo a director del centro, pero ni siquiera había terminado la universidad.

Después, como estaba demasiado sucio como para ir a buscar a Mimsy a la consulta, pasó por el taller de Carter y se aseó allí. Cuando salió, se encontró con el sheriff Bob.

—No sabrás nada sobre un robo en la tienda de ultramarinos de Gigi, ¿verdad? —le dijo, frunciendo el ceño.

Atónito, Lucas negó con la cabeza. Solo porque fuera el único forastero del pueblo, no se convertía automáticamente en sospechoso de lo malar que pasara allí.

—Lucas se ha pasado todo el día en la escuela, trabajando sin cobrar —le recordó Carter.

—Estoy hablando de anoche —afirmó Bob—. Alguien rompió una ventana y robó un par de docenas de latas de caballa.

—A mí me parece que eso lo ha hecho un amante de los gatos —bromeó Lucas—. De hecho, estuve toda la noche en casa de Mimsy.

—Podrías haber salido mientras ella dormía —gruñó el sheriff—. Como dormís en habitaciones separadas, ella no lo habría notado.

Lucas no pudo responder sin arruinar la reputación de Mimsy.

—¿Y qué iba a hacer él con tanta lata de caballa? —lo defendió Carter—. Un ladrón como es debido hubiera robado cigarrillos u otra cosa que pudiera vender.

—Supongo que tienes razón.

Sin disculparse, Bob se dio la vuelta y se volvió a meter en su furgoneta, para marcharse enseguida.

—Ojalá él y su hermana hicieran las paces sobre el compromiso de ella. Nos está volviendo locos a todos —dijo Carter.

—¿Quién iba a robar tanta caballa?

—Es la noche de Halloween, ¿te acuerdas?

—¿Dulce o salado?

—Eso es.

Cuando se lo contó a Mimsy unos minutos más tarde, ella fue de la misma opinión.

—Pues va a ser un dulce un poco raro —comentó la joven.

Salieron de la consulta y se dirigieron hacia la calle Principal para ir a la tienda de ultramarinos y comprar algo para cenar.

—¿Has descubierto algo más sobre la epidemia?

—Tengo una teoría. Te la diré mientras hacemos la compra.

La tienda era muy pequeña y estaba repleta de mercancías. La oferta de la semana era el tofu y una crema congelada de espinacas, lo que explicaba el relleno de los bollitos de Finella.

—Es la electricidad —dijo Mimsy.

—¿Cómo?

—He comprobado mis informes. Solo hay dos personas en toda la ciudad que se hayan hecho muchos arreglos en la dentadura. Es muy caro y, además, hay que ir al dentista en Groundhog, por lo que la mayoría de la gente se hace lo más indispensable.

—No lo entiendo. ¿Qué tiene que ver la dentadura con esta enfermedad?

—Es sólo una teoría. He leído un artículo sobre cómo la saliva es un mal conductor de electricidad. Se me ocurrió que el moho podría haber cambiado la capacidad conductora de su saliva, por lo que el cuerpo envía excesivos impulsos eléctricos que se conducen a través de los puentes de los dientes.

—A mí eso me suena algo improbable.

—A mí también, y no hay modo de comprobarlo sin quitarles los puentes, por lo que es mejor esperar a que la enfermedad mejore por sí misma.

Lucas pensó que había otra opción: su infusión de coco. Si había ayudado a los epilépticos, bien podría ayudar también a Mazeppa y a Horace. Además, se suponía que el polvo de coco mataba los hongos, ¿no? Y el moho era un hongo.

Tenía que probarlo. Con su extraño comportamiento, Horace y Mazeppa podrían hacerse daño a sí mismos o a los demás antes de que se curaran.

Por lo tanto, había llegado el momento de hacer una confesión en regla.

—Hay algo más que podríamos probar.

—¿Qué? —preguntó ella, mientras ponía todo sobre el mostrador.

A Lucas le molestaba que ella pagara todo cuando, al menos, él tenía dinero suficiente para hacerlo. Aquella era una razón más para contarle toda la verdad.

—¿Te acuerdas del polvo de coco que utilizamos para hacer tu crema de manos?

—Claro.

—Nunca te expliqué de dónde venía ni lo que podía hacer. Tengo algo que confesarte.

—¿Qué? —insistió ella, expectante.

Lucas trató de encontrar las palabras adecuadas. Sin embargo,

nunca tuvo oportunidad de usarlas porque aquel momento, en el exterior de la tienda, alguien empezó a gritar.

CAPÍTULO 10

GIGI LLEGÓ antes a la puerta que ellos. Desde allí vieron que tres personas más bien pequeñas, con bolsas de papel sobre la cabeza, se escapaban rápidamente en sus bicicletas. En la acera, Mazeppa gritaba y señalaba al suelo.

Antes de que pudieran identificar los montones que había en el suelo, el olor no dejó lugar a dudas.

—¡Mi caballa! —exclamó Gigi.

En aquel momento, un gato salió de un callejón. Y otro más. Muy pronto, de todas partes salieron muchos gatos y hasta un par de perros.

Los ciclistas se dieron la vuelta y se echaron a reír.

—¡Un desfile de gatos! —gritó uno de ellos. Su voz se parecía mucho a la de Joe Grimes.

—¡No podéis detenernos! —exclamó otro, que parecía ser Boris Norris.

El tercero parecía mirar fijamente a Lucas, como si estuviera avergonzado. Entonces, el muchacho se marchó de allí a toda velocidad y, con sus compañeros, se perdieron pronto de vista.

—¡Alto, ladrones! —les ordenó el sheriff, saliendo en aquel momento del café, con la taza en la mano—. ¡Lilibeth, toma la taza! ¿Dónde están mis llaves?

—Lucas, tú podrías atraparlos —dijo Mimsy, señalando la moto.

—Tienes razón. Sin pensárselo dos veces, Lucas se subió a la moto y la arrancó. Mientras Bob estaba todavía tratando de arrancar el coche, Lucas ya había salido en persecución de los niños.

Rápidamente, alcanzó a uno de ellos, que jadeaba fuertemente. Se preguntó qué era lo que podía hacer, ya que no quería tirar al niño al suelo por si se hacía daño.

—¡Lo siento! —exclamó de pronto el niño, con lágrimas en los ojos.

—¿Sabes una cosa Hank? Todo el mundo te ha reconocido a pesar de la bolsa.

—No pueden estar seguros —susurró el pequeño. Los otros dos se habían perdido entre los arbustos de un sendero.

—Y también se podrían identificar las bicicletas, aunque muchas de ella se parezcan a las de otro niño —dijo Lucas. En aquel momento, decidió no atrapar al pequeño. Decidió dejar que el sheriff hiciera el trabajo sucio—. Te daré un consejo. Lávate las manos y quítate el olor a pescado tan pronto como puedas.

—¡Gracias! —gritó Hank, antes de desaparecer en pos de sus compañeros.

Detrás de él, Lucas oyó que se le acercaba la furgoneta del sheriff. Sin embargo, decidió acelerar y seguir por la calle como si estuviera siguiendo a alguien.

Bob lo siguió. Lucas se dio cuenta de que se iba a poner furioso con él, pero detuvo la moto.

—¡Los he perdido!

—¿Cómo? ¿Cómo has podido perderlos?

—Deben de haber atajado por alguna parte.

—¡Como si no los hubieras visto! No has sido más que una molestia desde que llegaste aquí, amigo.

—No intencionadamente —replicó Lucas, negándose a sentirse intimidado por el sheriff. Bob lo miró con desaprobación. El sheriff era más o menos de la altura de Lucas, pero un poco más fuerte.

—No puedes conducir una moto sin permiso —dijo Bob—. Muéstrame alguna identificación —añadió. En aquel momento, Lucas no pudo contenerse y sacó la cartera—. Nos has estado mintiendo desde el principio, muchacho.

—Yo no soy un muchacho. Tengo treinta y cinco años.

—Y eres de California, ¿eh? —replicó el sheriff, examinando el carnet—. No me sorprende. Ya me había parecido que eras un loco.

—¿Y no tengo algún punto por no ser de Groundhog Station?

—En tu caso, no —respondió Bob, sacando una libreta para copiar la información—. ¿Se te busca por algo?

—No.

—¿Tienes algún trapicheo por ahí?

—No.

—Entonces, ¿qué?

Aquello era humillante, pero tenía que contestar si no quería que lo llevara a la cárcel.

—Venía para responder un anuncio que Lilibeth había puesto en Internet. Cuando tuve el accidente, se me ocurrió que podría aprovechar la oportunidad para verla de incógnito. Puedes preguntárselo tú mismo. Estaba esperando a un hombre llamado L. McRifle.

Decidió no comentar sobre el hecho de que solo quería que ella invirtiera en su negocio, dado que Bob se pensaría que había tratado de timarla.

—Y, además, te has estado aprovechando de nuestra doctora.

—Es no es cierto. He cambiado de opinión sobre...

Antes de que pudiera terminar la frase, el coche de Mimsy llegó donde ellos estaban.

—¿Hay alguien herido?

—Solo este tipo, y nada más que en el orgullo —dijo Bob, mostrándole el permiso de conducir—. No te vas a creer lo que acabo de descubrir.

Lucas no podía moverse. Le resultaba imposible hablar o moverse. Solo pudo contemplar cómo la incredulidad y la pena se iba reflejando en el rostro de Mimsy a medida que Bob iba completando su relato.

Ella quería protestar, decir que no era cierto. Lucas no había estado utilizándola para conseguir a Lilibeth. No era un seductor de Los Ángeles que se había ido a aprovechar de una hermosa chica de un pueblo y que, de paso, no se lo había pensado dos veces a la hora de hacer lo mismo con una ingenua y poco atractiva mujer. No le había estado mintiendo durante todos aquellos días. No podía ser cierto. Pero lo era.

El fin de su relación era peor de cualquier cosa que se hubiera imaginado, pero la irrefutable verdad que mostraba aquel permiso de conducir no dejaba lugar a dudas.

Lucas McRifle. Treinta y cinco años. Sí, recordaba que Lilibeth le había hablado de un tal señor McRifle. Lucas había sabido quién era desde el principio. No había tenido amnesia. Su instinto la había advertido de que podría estar fingiendo, pero Mimsy no había querido prestar atención. Había confiado en él. Era el hombre de sus sueños. Y el de sus pesadillas.

La horrorizaba pensar las cosas que había hecho con Lucas en la intimidad de su apartamento. Sin embargo, decidió que no podía desmoronarse delante del sheriff. Tenía que aferrarse a la poca dignidad que le quedaba.

—Supongo que, efectivamente, nos ha engañado a todos. ¿Vas a arrestarlo?

—No sé si hay algo ilegal en hacerse pasar por amnésico. ¿Te ha robado algo?

—No —mintió.

Le había robado el corazón.

—Supongo que te debe el alquiler por la habitación, pero creo que si se marcha de aquí enseguida, lo dejaré pasar.

—No quiero su dinero. En cuando a lo de si se queda o se va, eso depende de Lilibeth, ¿no?

—No creo que a ella le interese una serpiente. Venga tú —añadió, con voz brusca, refiriéndose a Lucas—, vuelve al pueblo y dile la verdad.

—Y también llévate tus cosas de mi apartamento —le espetó Mimsy, casi escupiendo las palabras.

—Espera Mimsy, tenemos que hablar —susurró él.

—¡Déjame!

Lucas agitó los labios, como si fuera a protestar. Sin embargo, no pudo encontrar las palabras.

—De acuerdo.

Con un giro del manillar, aceleró la moto y salió disparado hacia la ciudad.

—¡Qué a gusto nos vamos a quedar!

Mimsy no pudo responder. Se limitó a asentir y se marchó a un lugar secreto, cerca del arroyo, para poder llorar a gusto.

Lucas se sentía como una rata. De hecho, eso era precisamente. No tenía excusa para no haberle contado antes la verdad a Mimsy. Se merecía ser humillado, pero ella no se merecía tener que pasar por aquello. Tenía que encontrar un modo de decirle la verdad, aunque nunca lo perdonara.

Lo cierto era que la amaba. Y le parecía que lo haría siempre. Sin embargo, ya no podía quedarse en aquel pueblo, no cuando todo el mundo pensaba que era un mentiroso. Ya no había nada que pudiera hacer, pero al menos le debía a Lilibeth una disculpa. Además, antes de marcharse quería tratar de ayudar a Mazeppa y a Horace.

Cuando llegó al centro, vio que Mazeppa seguía de pie en el mismo sitio, tratando de dispersar la comida y los gatos con una manguera. Popsworthy estaba a su lado.

—¡Esto lo han preparado los de Groundhog! ¡Esos terroristas están ahora tratando de ensuciar nuestras calles!

—Vamos a casa, cielo —le decía su esposa—. Tengo puesta la radio...

—¡Hay espías por todas partes! ¡Incluso la radio está trucada!

Lucas aparcó delante del apartamento de Mimsy. Media docena de personas habían salido del café para ver la conmoción que se había producido. Lilibeth estaba con ellos.

—¿Pudiste atrapar a esos chicos?

—No. Me he atrapado yo solo.

—¿Tú tenías algo que ver con eso?

—No —respondió Lucas, sacándose la cartera del bolsillo—, pero he sido parte de una mentira imperdonable —añadió, mostrándole el permiso de conducir.

—¿Que tú eres el señor L. McRifle con el que yo me estaba escribiendo por Internet? —preguntó la joven, incrédula.

—Sí, y lo siento. Me vi envuelto en ese accidente y fingí una amnesia para poder así conocerte discretamente.

—Para que si no era como tú esperabas, pudieras marcharte por dónde habías venido sin que yo me enterara —le espetó ella.

—Eso es. El problema es que me enamoré de Mimsy.

Lilibeth se quedó boquiabierta. Después de un momento, dijo:

—¿Quieres decir que el primer tipo que responde a mi anuncio se ha enamorado de otra mujer?

—No es nada personal, Lilibeth, te lo prometo. En realidad, esperaba hacer negocios contigo, es decir, si te interesaba invertir, como ya hemos hablado.

—Puedo ocuparme de mis propias inversiones, gracias, señor McRifle —replicó ella, orgullosa—. ¿Sabe una cosa? La verdad es que me gustan los hombres más intelectuales.

—¿De verdad?

—Sí. Alguien que tenga, al menos un título universitario. Supongo que usted no lo tiene, ¿verdad?

—No.

—Entonces, parece que ha perdido su tiempo con estos juegos. No le habría aceptado de todos modos.

—Supongo que no —dijo él, sabiendo que la razón de aquella actitud era simplemente el orgullo herido—. Buena suerte para encontrar a ese genio que necesita.

—Ya lo encontraré uno de estos días —replicó ella, metiéndose acto seguido en el café.

Muy triste, Lucas subió al apartamento de Mimsy y empezó a preparar la infusión. Cuando estuvo lista, la vertió en un termo y sacó un par de vasos de plástico de un armario.

Mazeppa seguía todavía en medio de la calle, manguera en manos, por lo que se dirigió primero a Horace. El mal humor del tendero se había convertido en un murmullo, pero seguía en medio de la acera, mirando fijamente a los peatones.

Lo encontró con Sweetie a su lado, que le tiraba en vano de la manga.

—Se está poniendo peor —le dijo—. Ya no sé qué hacer.

—Tengo algo que podría ayudar —observó Lucas, sirviendo un poco de infusión en una taza—. Horace, este es té de Nowhere Junction, y se garantiza que le va a dar fuerzas para la batalla contra Groundhog.

Al menos, Horace no tiró el vaso al suelo de un manotazo. Se limitó a olisquearlo con bastantes reparos.

—¿Quieres que lo pruebe yo? —preguntó Sweetie.

—¡Nunca he dejado que mi esposa corra riesgos en mi nombre! —declaró. Entonces, se tomó la infusión de un trago—. Al menos, sabe bien.

—¿Con qué rapidez funciona? —quiso saber la mujer.

—No estoy seguro. Tal vez debería sentarse.

—Estoy bien —dijo Horace, antes de caerse de espaldas.

Lo atraparon antes de que llegara al suelo. Entonces lo llevaron

a la tienda, donde lo tumbaron encima de un banco. El corazón de Lucas latía a toda velocidad. ¿Y si había matado a un hombre o le había causado graves lesiones?

—Lo siento —le dijo a Sweetie—, por lo que yo sé, esta infusión no es peligrosa.

—¿De qué es?

—Es solo coco molido. De una rara especie que crece en una isla del Pacífico.

—¡Qué interesante! Oí algo en la radio sobre una isla del Pacífico.

—¿Se acuerda de lo que dijeron?

—Mencionaron la amnesia.

Lucas ahogó un gruñido. Aquello era lo último de lo que quería hablar. Estaba a punto de sugerir que alguien fuera a llamar al busca de Mimsy, cuando Horace lanzó un bufido y se incorporó.

—¿Qué ha pasado?

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Lucas.

—¿Y por qué no iba a estarlo? Estoy bien. ¿Estaba soñando o tres muchachos tiraron un montón de caballa en la calle?

—Sí. Ha sido una broma por Halloween.

—Son esos tres chiquillos. Les vendría muy bien una buena azotaina. Y deberían limpiar lo que han ensuciado.

—¿No sospecharás... que los de Groundhog Station lo han planeado todo? —preguntó Lucas, con cierto temor.

—¿Cómo? No creo que se molestaran en ir tirando pescado por ahí. Están demasiado ocupados preparándose para las competiciones anuales que están a punto de celebrarse.

—¡Lo has conseguido, Lucas! ¡Vuelve a ser el mismo de antes! —exclamó Sweetie, llena de júbilo.

—¿Y quién iba a ser si no? —preguntó su marido, poniéndose de pie—. ¿Por qué está esa radio tan alta?

—La bajaré enseguida —dijo su esposa. Sin embargo, antes de que pudiera hacerlo, empezaron las noticias.

—Ahora, más noticias sobre ese norteamericano que ha sido encontrado en la isla de Wooster, cerca de Fidji, con amnesia —empezó el comentarista.

¿Wooster? ¡Esa isla estaba al lado de Plumpkin! Muy nervioso, Lucas animó a Sweetie para que volviera a subir un poco el volumen de la radio.

—Las autoridades dicen que el hombre apareció en la costa, en un barco varado, hace varios meses, después de que se produjera un huracán. Tenía huesos rotos y una herida en la cabeza. No sabía quién era. Hoy, las autoridades han dicho que se acaba de acordar de su nombre, Raymond.

¿Podría ser aquel hombre su amigo Ray? ¿Habría estado tumbado en la cama de un hospital mientras Lucas creía que se había fugado con su dinero? Sin embargo, aquello no explicaba el vuelo a México o el mensaje electrónico. Ni dónde estaba su dinero, pero al menos era algo.

—Se pide a cualquier persona que pueda tener información sobre la identidad de este hombre que se ponga en contacto con el gobernador de Wooster. Desgraciadamente, el gobernador está pescando y el único teléfono de la isla no funciona...

Lucas decidió que tenía que volar al Pacífico Sur, aunque no tenía dinero y sus tarjetas ya no tenían crédito alguno.

—¡Qué historia más interesante! —dijo Sweetie—. Bueno, ¿es que no vas a ayudar a Mazeppa?

Lucas parpadeó y recordó que todavía no le había dado la infusión.

—Claro, voy enseguida.

—Gracias de nuevo.

—¿Por qué? —preguntó Horace—. Tengo un sabor de boca muy raro. ¿No me habrás dado coco, querida? Ya sabes que no me gusta nada ese sabor.

—Hace un momento te parecía delicioso.

—¡Eso no es cierto!

—Bueno, en este caso, te prepararé un poco de café —replicó ella—. Así se te quitará el sabor de un plumazo.

Lucas salió corriendo a buscar a Mazeppa. Ya no se la veía por ninguna parte, pero Buffy estaba cerrando su boutique, por lo que se acercó rápidamente a preguntar por su suegra.

—Murdock se la llevó de vuelta al rancho. ¿Qué tal va tu moto?

—Tu marido hizo un trabajo estupendo —le aseguró, dirigiéndose rápidamente a su vehículo. Evidentemente, Buffy todavía no se había enterado de cómo les había mentido a todos. Si no, no se habría comportado de un modo tan amable con é.

Solo le quedaba una cosa por hacer en Nowhere Junction. Después, iba a marcharse al Pacífico Sur, a la isla de Wooster, aunque tuviera que ir nadando.

Cuando Mimsy llegó a su casa, la moto de Lucas ya no estaba. Sacó su compra del coche y se metió en su casa antes de que nadie pudiera ver que había estado llorando.

Lo odiaba y se odiaba a sí misma por haber sido tan ingenua. Y tampoco le gustó mucho descubrir que las escasas posesiones de Lucas estaban todavía en su apartamento.

Tal vez, cuando regresara, le podría explicar sus actos de un modo que tuviera sentido. Mientras guardaba los alimentos que

había comprado, el estómago le dio un vuelco. No podría comer nada, excepto tal vez un poco de helado de chocolate, que era su cura secreta contra la desilusión.

Se sirvió una porción y se sentó. Sin poder evitarlo, empezó a recordarlo todo.

Vio a Lucas corriendo para salvar a Hank el día de la explosión, esterilizando equipos médicos durante la epidemia, llevándoles bocadillos a Flo y a ella...

¿Qué podía explicar las inconsistencias de su comportamiento? En la experiencia de Mimsy, las personas egoístas muestran su naturaleza también en los pequeños detalles. Y Lucas había sido amable y valiente hasta el máximo. En las películas y en los libros que leía, el amor era la fuerza que redimía a los hombres. ¿Sería amor por Lilibeth o por ella?

Alguien llamó a la puerta de un modo muy familiar, lo que le indicó que tenía compañía. Lilibeth era la última persona del mundo a la que quería ver, pero no podía ser grosera.

Cuando abrió la puerta, la encantadora rubia levantó la barbilla como si estuviera recogiendo su orgullo.

—Hola, Mimsy.

—Hola. ¿En qué puedo ayudarte?

—Bueno, quería decirte que sé lo de Lucas. Bueno, él mismo me dijo que había mentido.

—Me alegro de que también te lo haya confesado.

—Supongo que por el modo en que hablamos en la piscina y en otras ocasiones, la gente pudo pensar que yo me estaba tirando encima de él. En realidad, era lo opuesto.

—¿Cómo dices?

—Nunca me interesó mucho —respondió. Sin embargo, no la miró directamente a los ojos—. Solo hablaba con él por cortesía, pero él no me dejaba en paz.

—Oh —susurró Mimsy, sintiendo que el alma se le caía a los pies.

—Solo porque respondiera a mi anuncio no significa que fuera mi tipo. De hecho, no lo es y así se lo dije. Siento si con esto hiero tus sentimientos, pero él nunca tuvo oportunidad alguna conmigo y tenía que decírtelo.

—Entiendo.

—Por si alguien se había imaginado lo contrario, yo no era la que lo perseguía.

Cuando Lilibeth se marchó, Mimsy tardó varios segundos en encontrar la fuerza necesaria para cerrar la puerta. Durante todo el tiempo que había estado seduciendo a Mimsy, Lucas no había dejado de perseguir apasionadamente a Lilibeth. No es que hubiera

flirteado con ella, es que prácticamente se le había echado encima.

Mimsy se apoyó contra la pared. ¿Qué hacía una persona con todo el amor que sentía cuando nadie lo quería?

Deseó que nunca hubiera puesto los ojos encima de Lucas McRifle. En ese caso, al menos le quedarían sus sueños. Después de lo que había pasado, sabía que nunca se harían realidad.

Metódicamente, Mimsy fue recogiendo las cosas de Lucas, las metió en su bolsa de lona. Así lo sacó a él y a todo lo que le pertenecía de su triste vida.

CAPÍTULO 11

MURDOCK y Mazeppa Murchison vivían en un rancho que estaba a veinte minutos de distancia de la ciudad. Cuando Lucas llegó, detuvo la moto frente a la enorme casa. Sobre el suelo del jardín, había dos perros. A excepción de su rítmica respiración, podrían haber sido estatuas de jardín. Ninguno de los dos reaccionó al verlo.

—Hola George, hola Lucas.

El perro negro empezó a golpear el suelo con la cola mientras que el rubio lo miraba con desgana. En aquel momento, se abrió la puerta principal. El viejo Murdock se cruzó de brazos.

—Me ha llamado Bob Moriarty.

—Y ya te lo ha contado todo sobre mí, ¿verdad?

—Me ha dicho que eres un mentiroso despreciable —comentó el ranchero, sin mostrar más emoción que sus perros.

—Es cierto, pero antes de marcharme de la ciudad, me gustaría ayudar a tu esposa. Esta infusión ha curado a Horace Popsworthy.

—Lo sé. Sweetie me llamó después de Bob.

—Entonces, ¿vas a dejarme que pase a verla?

El delgado rostro de Mazeppa se asomó detrás del de su marido.

—¿Está purificada esta infusión? No pienso tomar nada que no esté esterilizado.

—El coco se esteriliza después de procesarse —le aseguró Lucas—. Creo que hará que te sientas mejor.

—No me pasa nada, pero lo beberé con una sola condición.

—¿Cuál es?

—Que me prometas que no dejarás que Finella disponga de ese coco para cocinar. Dios sabe qué basura prepararía.

—Por supuesto.

Los Murchison se apartaron de la puerta para franquearle el paso, aunque Mazeppa le pidió que se quitara las botas.

—Tienes suerte —susurró Murdock—. Ayer me regó con una manguera y me secó con un secador antes de dejarme pasar.

—Lucas es un tipo más limpio que tú —replicó Mazeppa, que lo había oído—. Además, fue detrás de esos niños que ensuciaron la calle.

—Sin embargo, no los atrapó.

—El esfuerzo también cuenta.

Los tres pasaron al salón, que estaba decorado con un acogedor ambiente rústico. Todo estaba impoluto y el ambiente olía a lejía.

—¿Qué es esa infusión que has traído? —preguntó Mazeppa—.

¿Va a tirarme al suelo como hizo con Popsworthy? Ojalá hubiera estado allí para verlo.

Lucas le dio el termo y le dio el vaso, que estaba ya algo arrugado. Ella salió rápidamente del salón para ir por su propio vaso, que llenó ella misma.

—Asegúrate de que te sientas antes de tomarlo —le aconsejó su esposo.

—Bueno, ya estoy sentada —dijo ella, acomodándose en una silla—, pero no me coloquéis en el sofá. Luego no puedo quitarle el polvo a esos malditos cojines.

—Bébete esa infusión —insistió su marido.

Mazeppa se encogió de hombros y se tomó la infusión como si fuera una copa de whisky.

—No siento nada —dijo. Entonces se cayó de costado, con silla y todo.

Como estaba preparado para aquella eventualidad, Lucas se tiró rápidamente al suelo para pararle el golpe. La mujer fue a caer justamente sobre su hombro derecho, el que se había dañado en el accidente. Y la silla lo golpeó en la cabeza.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Murdock.

—Espero que sí. Solo hay un médico en este pueblo, y puedo asegurar que no me va a atender.

—¿Habéis visto eso? —dijo Mazeppa, que estaba tumbada encima de él—. Hay dos hormigas en el suelo que no hacen más que chocarse la una contra la otra. Una ha encontrado una miga y la otra la quiere también. ¿Quién va a apostar sobre la ganadora?

—Pensé que no te gustaba que hubiera insectos en la casa —comentó su marido.

—No me importa si son divertidos —replicó Mazeppa, poniéndose de pie—. ¿Nadie apuesta? Sois los dos un par de aburridos.

—¡Aleluya! ¡Ha vuelto a ser ella misma! —exclamó Murdock.

—¿Eso te parece normal? —preguntó Lucas, mientras se ponía de pie.

—Por supuesto, te quedarás a cenar —afirmó Mazeppa—. Vamos a tomar tortitas heladas con crema y cerezas, en honor de la festividad de Halloween.

Lucas decidió no preguntarle qué tenían que ver las tortitas con Halloween. Además, tenía tanta hambre que se hubiera podido comer cualquier cosa.

—Claro —respondió.

—Y mientras comes, nos contarás qué diablos te hizo interesarte por Lilibeth —concluyó la mujer.

Mimsy estaba agradecida de haber comprado una buena bolsa de caramelos la semana anterior. Aunque para llegar a su apartamento había que subir las escaleras, recibió las visitas de muchos niños. Estas terminaron más o menos a las siete. Según la tradición de Nowhere Junction, no se permitía que los niños llamaran a la puerta después de esa hora porque algunas personas se acostaban muy pronto.

Mimsy odiaba el silencio. Deseó que hubiera algún desfile o incluso otra explosión. Cualquier cosa que evitara que se pusiera a pensar en Lucas.

Le había dejado sus cosas en la escalera, pero aquello no iba a impedir necesariamente que llamara a la puerta. Además, él tenía llave. Si la utilizaba, ella... ella...

No sabría lo que hacer. Tal vez le diera una bofetada. Cuando el teléfono empezó a sonar, se sobresaltó. Aunque le causó mucha vergüenza, salió corriendo para contestar. Podría ser una emergencia... Podría ser Lucas...

—Soy Albert.

Albert Bertrand era el encargado del laboratorio de Austin y amigo de Mimsy.

—¿Has descubierto algo?

—¡Por supuesto! Tenías razón con lo del moho. Había esporas por todas partes, en los análisis de sangre y en las muestras de comida. Como tú dijiste, es *aspergillus*, con una ligera mutación, lo que podría explicar las complicaciones.

—No sabemos a ciencia cierta lo que causó la enfermedad. Podría ser una coincidencia.

—Lo dudo. Alimenté con la comida a unos ratones y se pusieron enfermos una horas más tarde.

—¿Has notado alguna complicación?

—Basándome en tu teoría sobre los puentes dentales, le he implantado a dos ratones pequeños alambres en la mandíbula. La hembra ha estado echando fuera de la jaula todo el pelo y la comida que encontraba, como si estuviera limpiando.

—Igual que Mazeppa...

—Al principio, el macho no hacía más que tirarse contra las barras, tratando de atacar al ratón de la jaula de al lado. Cuando vio que no conseguía nada, empezó a chillar muy enojado y no ha parado desde entonces. Parece como si lo estuviera insultando.

—Un Horace Popsworthy en miniatura —murmuró ella.

—Si encuentras una cura, envíamela enseguida. Ese maldito ratón me está poniendo de los nervios.

—Lo haré. Gracias, Albert.

—Te enviaré un informe por escrito.

Lucas se sentía como un completo canalla. Según los Murchison, Lilibeth no era rica. Iba a heredar la farmacia y el café, pero para ello tenía que trabajar allí a jornada completa.

No tenía dinero para invertir. No era de extrañar que hubiera confundido los certificados de depósito con los discos compactos.

Sentado en la cocina de Mazeppa, llegó a la conclusión de que había pasado por aquella charada por nada. Se había enfrentado a todo el pueblo y le había roto el corazón a la mujer que amaba por un puñado de dinero que no existía.

—¿Por qué estabas tan desesperado por conseguir dinero? —le preguntó Mazeppa.

—Esa infusión que te ha curado está hecha con la corteza de una rara especie de coco. Mi socio y yo tenemos los derechos para su comercialización.

Le describió las facultades del producto y la desaparición de Ray Ryker.

—Tengo que ir al Pacífico Sur y descubrir lo que ha pasado. Si podemos empezar a preparar productos con ese coco, creo que podremos amasar una verdadera fortuna.

—A mí me parece que casi no sabéis cuáles son sus posibilidades comerciales al completo —dijo Mazeppa—. Willie Grimes me ha hablado de tu crema. Te juro que esa mujer parece diez años más joven.

—No hace falta que tú la pruebes, cielo. Me gusta tal como eres —gruñó su marido.

—Yo también te quiero a ti, cielo, aunque no siempre te lo diga. Bueno, volviendo a lo del coco, no vas a conseguir apartarme de este negocio, Lucas.

—¿Qué quieres decir?

—¿Cuánto me costaría comprarte un diez por ciento?

—De cabeza no sabría decírtelo.

Ella le dijo una cifra que cubría más que de sobra sus gastos de viaje a Wooster y le dejaba, además, un buen pellizco con el que empezar la producción.

—¿Te parece suficiente?

—Más que suficiente.

—¿Ves? Ya te dije que era un hombre honrado —le dijo Mazeppa a su marido—. Esto es lo que vamos a hacer, Lucas. Tú calculas cuánto me va a costar ese diez por ciento y consideras el resto como un préstamo personal. ¿Qué te parece?

—Eres muy generosa, Mazeppa. No puedo creer que me hayas prestado tanto dinero.

—El que no arriesga, no gana –replicó Mazeppa.

Mimsy oyó la moto mientras se estaba terminado su segundo plato de helado. Un momento después, oyó las botas de Lucas en las escaleras, aquellas traidoras botas que habían estado guardando su identidad toda la semana.

Al recordar el bulto que le había notado en el bolsillo, sintió que enrojecía de vergüenza. Él la había engañado tan fácilmente que ella nunca había sospechado nada. ¡Menudo canalla!

Los pasos se detuvieron en el rellano. Se lo imaginó contemplando su bolsa de lona. Esperó que la recogiera y se marchara para no volver nunca más.

Entonces, la llave sonó en la cerradura. Mimsy pensó en ir por la escoba para golpearlo cuando entrara por la puerta, pero decidió que aquel plan no tenía mucha dignidad. Rápidamente, fue al fregadero y se lavó la cara para asegurarse de que no tenía chocolate en los labios.

—¿Mimsy? —preguntó él—. Sé que estás muy enfadada conmigo y tienes todo el derecho a estarlo, pero necesito hablar contigo.

—De acuerdo —replicó ella, saliendo de la cocina. ¿Por qué tenía que tener un aspecto tan guapo y masculino?

—Pensé que te gustaría saber que esto ha curado a Horace y a Mazeppa —dijo, entregándole el termo—. Es una infusión que he preparado con la corteza de coco.

—¿Cómo los ha curado? —preguntó ella, sin poder evitarlo.

—El polvo tiene propiedades contra los hongos y, aparentemente, tiene efecto sobre las corrientes eléctricas que hay en el cuerpo humano. Pensé que te gustaría analizarlo.

Mimsy dejó el termo en una mesa. Decidió que lo enviaría a Austin al día siguiente.

—¿Está disponible comercialmente ese polvo?

—Tal vez lo esté pronto. Yo me aseguraré de que tienes todo lo que necesitas.

Siguió hablando. Vagamente, Mimsy escuchó cómo le explicaba que el polvo provenía de una isla del Pacífico, que su socio había desaparecido, aunque parecía haber aparecido de nuevo, y que había ido a Nowhere Junction buscando financiación.

—Por eso había venido a ver a Lilibeth, aunque hoy he sabido que no tiene dinero.

—Yo tampoco —replicó ella—, así que no hay razón alguna para que te intereses por mí.

—Tú no necesitas dinero. Eres estupenda del modo en que eres.

Como siempre, con aquellas palabras, Lucas consiguió derribar sus defensas. Durante un momento, no se sintió torpe y casi invisible, sino sexy y deseable, pero luego, se dio cuenta de que

ningún hombre podría enamorarse de su corto cabello, de sus prácticos rizos, de sus corrientes ojos pardos o de su poco espectacular figura cuando se podía elegir entre Lilibeth o ella.

—No sé cuál es tu juego, pero no pienso volver a relacionarme contigo.

—Ahora tengo que marcharme. Mazeppa va a invertir en mi empresa y tengo que hablar con mi socio.

—¿El que tiene amnesia? —preguntó ella, incrédula antes lo poco plausible que resultaba aquella historia—. Qué conveniente resulta todo. No me puedo creer que Mazeppa te haya creído.

—Tienes razón. Sé que yo fingí haber perdido la memoria, pero a mi socio Ray le ha ocurrido de verdad.

—Y yo perdí el juicio en lo que a ti se refiere, pero lo he recuperado hoy mismo.

—Te amo. Esperaba que...

—Y yo también esperaba muchas cosas —le espetó ella—. ¡Muchas cosas! Pero tú hiciste que todas desaparecieran con tus mentiras y con el modo en que acosaste a Lilibeth.

—Yo no la acosé. Nunca sentí nada por ella. No era nada personal.

—¡Pues no es eso lo que ella me ha contado! Tal vez sea el modo en el que tú siempre tratas a las mujeres. Las engatusas, les haces el amor y niegas que fuera... ¿cómo lo has dicho?... algo personal.

—Yo no le hice el amor a ella, te lo hice a ti —replicó Lucas, tomándola entre sus brazos— Tú eres la única mujer de esta ciudad a la que quiero. Bueno, tal vez también aprecie a Mazeppa, pero no creo que puedas considerar que ella es rival tuyo.

Mimsy estuvo a punto de sonreír, pero se contuvo.

—Pensé que te marchabas —le dijo, fríamente, a pesar de lo mucho que le temblaba la voz.

—Sí, pero solo temporalmente. Regresaré, y créeme que no resulta una promesa fácil. Solía odiar las ciudades pequeñas porque crecí en una en la que vi lo peor de la gente.

—Supongo que no les gustaban los mentirosos. Bueno, no puedo culparlos —le espetó.

Aquello fue lo peor que le había dicho nunca a nadie y la sorprendió a ella tanto como lo sorprendió a Lucas.

Él la soltó, atónito.

—Mimsy, no quiero marcharme dejando asuntos pendientes entre nosotros.

—No hay nada pendiente. Se ha terminado.

El corazón le dio un vuelco, pero decidió que tenía que ser fuerte. No podía dejar que aquel hombre siguiera haciéndole daño.

—No sé cuánto tiempo estaré fuera, pero esto no se ha

terminado —le aseguró Lucas. Mimsy no pudo contestar. Sabía que si lo hacía, se echaría a llorar—. Te amo —añadió. Ella se dio la vuelta para que no la viera llorar—. Y regresaré.

Mimsy oyó que él retrocedía hacia la puerta. Entonces, la puerta se cerró.

—No, no volverás —susurró, a pesar de que la habitación ha estaba vacía.

No pensaba desmoronarse. Era una mujer fuerte. Una doctora. Una persona de méritos...

Decidió ponerse a escribir un artículo de las notas que había tomado sobre la epidemia. Las complicaciones eran dignas de señalarse para la bibliografía médica, junto con su aparente cura.

Si se ponía a trabajar, evitaría pensar en Lucas. Al menos durante unos benditos momentos.

Por supuesto, no podría finalizar el artículo hasta que hubiera examinado a Horace y a Mazeppa y hasta que Albert no le hubiera administrado la infusión a los ratones. Incluso en ese caso, los resultados serían anecdóticos sin una prueba a gran escala, pero ello podría darle a otros médicos una idea de cómo tratar a los pacientes que tuvieran los mismos síntomas.

Mimsy podría ayudar a las personas de todo el país, algo que siempre había soñado con hacer. Decidió llamar a las complicaciones síndrome de Miles, al ser ella misma su descubridora. Aquello era lo que siempre hacían los científicos.

Seguramente, el artículo no sería publicado. Sin embargo, decidió enviarlo de todos modos. Aquello podría animarla y, en aquellos momentos, Mimsy necesitaba toda la ayuda que pudiera conseguir.

Lucas pasó la noche en el rancho de los Murchison. Después de que Mazeppa transfiriera el dinero a su cuenta bancaria, reservó inmediatamente un vuelo desde Austin a Fidji.

—Os enviaré un correo electrónico cuando llegue allí —les dijo a sus benefactores a la mañana siguiente, cuando se montó en su motocicleta.

—Eres un buen hombre —dijo Murdock, dándole una palmada en el hombro. Afortunadamente, lo hizo en el sano.

—Y tú tienes unos perros muy bonitos, aunque les pongas nombres muy raros.

Tras despedirse de Mazeppa, pensó en lo difícil que le resultaba marcharse y dejar allí a Mimsy. Y al resto. ¿Quién evitaría que Hank se metiera en líos, que Finella fuera contratada como directora de la escuela...? Nowhere Junction era como un culebrón de los que provocan adición. Esperaba que la distancia y el tiempo

lo ayudaran a superar el apego que sentía por aquel pueblo.

Lo de Mimsy era otro asunto. Sabía instintivamente que el amor que sentía por ella seguiría siendo igual de intenso, tanto si pasaban doce como cien años.

Claro que regresaría. Se lo había prometido a sí mismo, igual que se lo había prometido a ella. Sin embargo, tenía que ser realista. Había violado su confianza. Mimsy era una mujer hermosa y dotada, que se merecía lo mejor. ¿Por qué iba a perdonarlo a él?

Hasta entones, se había considerado un solitario, un ser que amaba el riesgo y que no encajaba en la sociedad convencional. Durante aquella última semana, había logrado convencerse de que las cosas habían cambiado.

Se había engañado a sí mismo más que a todos los habitantes de Nowhere Junction. Había creído de verdad que, en algún rincón de su corazón, había encontrado el hogar que tanto quería.

Aquello le había demostrado a Lucas que había tenido la segunda oportunidad que tanto había deseado de poder hacer bien las cosas y la había echado por tierra.

Se dio cuenta con resignación de que ya no lo podría cambiar. Sin embargo, Ray podría estar en la cama de un hospital esperando que él fuera a ayudarlo. Lucas tenía que salvarlo a él y a su negocio, no solo por su propio bien, sino por el de Mazeppa y por el de los animales que dependían de sus donaciones.

Y también por un buen número de personas de todo el país que, en aquellos momentos, podrían estar sufriendo los mismos síntomas que Horace o Mazeppa.

Lucas pasó al lado de la señal que le indicaba que estaba abandonando el término de Nowhere Junction. Debajo, una pintada decía:

¡Que muerdan el polvo los de Groundhog Station!

De repente, un profundo anhelo llenó su corazón. Quería quedarse allí, pero no podía. Y solo Dios sabía cuándo podría regresar.

CAPÍTULO 12

UNA SEMANA después de que Lucas se marchara, regresó el marido de Flo. Mimsy, que había aceptado la invitación que su amiga le había hecho para cenar, estaba allí cuando ocurrió. Ewell Finkins se presentó en su casa con una chaqueta de polipiel y una enorme huella de escayola de una garra animal. Afirmó haber estado tratando de encontrar al Bigfoot.

—¡Mira, Minnie! —le dijo a su esposa—. ¡Mira lo que he encontrado en Canadá! He hecho este molde yo mismo.

Flo, Hank y Mimsy inspeccionaron la enorme huella. Podría haber pertenecido a un animal prehistórico, pero a Mimsy no le parecía posible. Más bien creía que la huella era una imitación. No se molestó en decírselo a Ewell.

—¿De verdad viste al Bigfoot, papá? —le preguntó Hank, asombrado.

—No, pero con esto es como si lo hubiera visto —respondió su padre.

—¿Estás planeando volver a ver si encuentras el resto de esa bestia? —le preguntó su esposa.

—No, ya he tenido suficiente. Por cierto, he oído que te has cambiado el nombre por el de Florence Nightingale.

—Le va bien a mi trabajo —dijo la anterior Minnie Finkins

—Me parece bien. Me enorgullece mucho que seas enfermera. ¿Crees que Gigi me dará mi antiguo trabajo?

Ewell se había encargado de hacer los repartos de la tienda de ultramarinos y de organizar el almacén. Desde que él se marchó, Billy Dell y Rueford se habían ocupado del trabajo.

—Espero que sí —dijo Mimsy—, pero creo que antes de que empieces a trabajar, es mejor que vengas a hacerte un chequeo.

—Tiene razón —replicó Flo—. Bueno, me alegro de que hayas vuelto, aunque sigo estando enfadada contigo.

—¡Yo también me alegro de que hayas vuelto, papá! —exclamó Hank, arrojándose a los brazos de su padre.

Mimsy se alegraba por el bien de su esposa e hijo de que Ewell hubiera regresado. Sin embargo, en su caso, sabía que era mejor no hacerse ilusiones. Algún día, sin duda, la añoranza que sentía por él desaparecería en vez de atormentarla día y noche.

—¿Crees que puedo colgar esta huella encima de la chimenea? —le preguntó Ewell a su mujer—. ¡Vaya! —añadió, mirando a su alrededor—. Se me había olvidado que no teníamos chimenea. Tal vez podría construir una.

—Es mejor que lo colguemos en nuestro dormitorio. Así no se me olvidará lo enfadada que sigo contigo —dijo Flo, con ironía.

—Está bien. Lo colgaré en el cobertizo.

—¿Puedo ir ayudarte, papá?

—Sí, claro que puedes. Venga, vamos a colgarlo ahora mismo, hijo mío.

—No voy a dejar mi trabajo, Mimsy —afirmó Flo, después de que padre e hijo salieran de la casa.

—Me alegro mucho. Bueno, entonces hasta el lunes.

—Claro.

Mimsy se fue a su casa y trabajó hasta muy tarde aquella noche para terminar su artículo. Entonces, lo envió por correo electrónico al editor de la revista Médicos rurales, que era su favorita.

En cuanto a Lucas, decidió no volver a esperar verlo o tener noticias suyas.

Efectivamente, era Ray Ryker el que estaba en aquel hospital. El socio de Lucas había perdido algo de peso durante aquellas siete semanas, pero la expresión se le iluminó en el rostro cuando su amigo entró en la habitación.

—Te conozco. Sé que eres mi amigo —dijo.

—Y socio —añadió Lucas, sentándose con él—. Tienes muchas cosas que explicarme.

Ray estaba en el ala de rehabilitación. Los dos amigos estaban en un soleado salón con vistas a la playa. Un lugar muy hermoso, pero lejos del hogar.

—Estoy tan ansioso por oír mi propia historia como tú —afirmó Ray, ajustándose las gafas, que estaban unidas en el puente con cinta adhesiva—. Voy recordándolo todo, pero muy poco a poco.

Lucas recordó que él mismo había usado aquellas palabras, pero su amigo no estaba fingiendo. No tenía nada que ganar estando en un hospital durante semanas.

Durante los siguientes días, con la ayuda de Lucas, Ray fue recordando cada vez más cosas. Ray recordó que había contratado a un constructor local y que había alquilado un bote para ir a buscar el lugar más idóneo para la planta. Mientras rodeaban aquella isla, se había visto sorprendido por un huracán y se había caído al agua. Como había ido a las playas de Wooster en vez de a las de Plumpkin, el hombre que le había alquilado el bote había dado por sentado que se había ahogado.

—El nombre del constructor es Mojo Magua Lana —le dijo, mientras daban un paseo por la playa—. Le di una gran cantidad de dinero por adelantado. Solo Dios sabe lo que habrá hecho con ella.

—¿Confiaste en un tipo con ese nombre?

—Me lo recomendaron varias personas.

Lucas se imaginó que su dinero se había evaporado en la destilería más cercana o entre los parientes más cercanos de aquel Mojo. Sin embargo, se había equivocado antes y esperaba que volviera a ser así en aquella ocasión.

—¿Y el correo electrónico que me enviaste? El mensaje decía "Hasta nunca, idiota".

—Déjame pensar —dijo Ray, sumiéndose durante unos segundos en la más absoluta concentración.

Mientras su amigo trataba de recordar, Lucas admiró la maravillosa playa y deseó que Mimsy estuviera allí. Se imaginó que estaría espectacular con un biquini como los que llevaban las isleñas. Recordarla le provocó un vuelco en el corazón. Había pensado en enviarle un correo electrónico, pero le parecía demasiado impersonal. Además, era una estupidez darle una oportunidad tan fácil de que pudiera rechazarlo de nuevo. La próxima vez que se pusiera en contacto con ella, tenía la intención de ponérselo tan difícil como pudiera para que no pudiera rechazarlo.

—¡Ya me acuerdo lo que te escribí! —exclamó Ray—. Eso no era el mensaje completo.

—Pues fue todo lo que me llegó a mí.

—Debiste de pensar que te había traicionado —musitó su amigo, muy triste.

—Me cruzó esa posibilidad por la cabeza, pero decidí no llamar a la policía. Me imaginé que tú tendrías alguna explicación.

—Gracias. El mensaje decía... más o menos lo siguiente: "¡Hasta nunca, idiota! Si tú no vienes a verme aquí yo no pienso volver a la lluvia constante de Atlanta cuando aquí en Plumpkin puedo tostarme al sol. Fuera de bromas, volveré a ponerme en contacto contigo para informarte de mis progresos". Puede ser que utilizara otras palabras.

—¿Por qué volaste a México?

—Tenía que utilizar las millas aéreas que tengo por viajar en avión frecuentemente. Y conseguí un billete muy barato desde Ciudad de México a Fidji.

—¿Estabas tratando de ahorrarnos dinero?

—Eso es.

Lucas se quedó convencido por aquella historia que Ray le acababa de contar.

—Bueno, es mejor que vaya a buscar a ese Mojo —dijo Lucas.

—Me van a dar el alta hoy mismo. Te acompañaré.

En Nowhere Junction solo se recibió una solicitud para el puesto

de director de la escuela. El candidato, un hombre, parecía bien cualificado, aunque hacía un comentario algo extraño en su carta, sobre que él no había volado la cafetería de su antigua escuela.

—No creo que eso importe mucho. Los que manejan explosivos son buenos directores de escuela —dijo Carter Murchison en la siguiente reunión del consejo.

—A mí me parece un tipo adecuado —comentó Billy Dell.

—Y, además, tiene experiencia —concluyó Horace Popsworthy.

—Pero no conoce a nuestros niños —protestó Finella—. Vamos a entregar un hermoso edificio al nuevo director o directora. Y no debemos olvidar que algunos de los niños resultan difíciles de controlar.

Mimsy no estaba de acuerdo. Hank estaba sentado al lado de su padre, sonriendo muy formal. Se había convertido en la envidia de todos los niños de la ciudad. Todos habían pasado por el cobertizo de su padre para admirar la enorme huella.

—Razón de más para contratar a una persona que tenga experiencia —dijo Quade—. Además, Finella, contamos contigo para que te encargues de la nueva cafetería y contrates el personal que necesites. Eso también es un trabajo muy importante.

—Supongo que sí —susurró ella, algo más contenta.

—¿Vas a dejar que envenene a esos niños? —preguntó Mazeppa, desde la última fila.

—Estoy seguro de que Finella empezará preguntando a los niños cuáles son sus menús favoritos —comentó Quade.

—De hecho, podríamos formar un pequeño comité —sugirió Billy Dell. Podrían estar Gigi, Willie y JoJo Anderson. Ella tiene mucha experiencia por la cafetería.

La madre de Lilibeth sonrió desde su sitio.

—Yo estaría encantada de ayudar.

El asunto quedó zanjado. Se le envió una carta al solicitante, Alexander Peabody, en la que se le ofrecía el puesto de director.

—Cuando desapareció el señor Ryker, decidí seguir adelante y elegir un sitio para la fábrica.

Mojo Magua Lana era un atractivo hombre de piel dorada. Con su camisa de flores y sus pantalones cortos tenía el aire de un surfista.

—¿No creíste que se hubiera ahogado? —preguntó Lucas.

—Por aquí, la gente desaparece en ocasiones por razones personales. Nunca se sabe cuándo van a volver a aparecer.

Como lo había encontrado tomándose un cóctel en un bar de la playa a media mañana, Lucas no se sentía del todo tranquilo por la estabilidad mental de aquel hombre. Por lo menos, no había huido

con el dinero.

—¿Y dices que has elegido un sitio para la planta?

—Sí. Me hice con una vieja planta procesadora de piña y la renové. Me hice con un buen stock de polvo de coco y ya están preparada para empezar a funcionar. Incluso he pensado en la que podría ser la campaña publicitaria.

—Me asombras. Parece que tienes experiencia en el mundo de los negocios.

—Sí. Tengo un MBA de Harvard —respondió Mojo, mientras agitaba su cóctel con la pajita.

—¿Qué estás haciendo en Plumpkin? —preguntó Lucas, encantado de las buenas noticias.

—Esta es mi casa. Tu casa está donde se te queda el corazón.

La nostalgia se apoderó de Lucas. Durante un momento, pensó en la pequeña y polvorienta ciudad en la que los niños estudiaban en tiendas de circo y en la que todo el mundo enfermaba al mismo tiempo. Y en la hermosa e inteligente mujer que tanto echaba de menos.

—¿Está lejos de aquí esa planta? —quiso saber Ray.

—No hay nada que esté lejos en este lugar —replicó Mojo—. Vamos. Os la enseñaré.

Aunque varias familias la invitaron a comer el día de Navidad con ellas, Mimsy decidió que no podría soportar pasar aquel día tan especial en Nowhere Junction sin Lucas. Por eso decidió ir a Tennessee a pasar las fiestas con su madre y su padrastro.

Lo había preparado todo para que el médico de Groundhog se ocupara de la consulta durante su ausencia, por lo que se quedó con su madre hasta el Año Nuevo. Sin embargo, tras pasar tantos días con sus numerosos hermanastros se sentía más que lista para volver a la intimidad de su apartamento. Su solitario apartamento.

Cuando llegó a casa, Mimsy abrió el correo y estaba consultando su correo electrónico cuando Buffy llegó a verla con noticias. En realidad eran malas noticias, aunque Buffy no lo sabía.

—George Weinbucket dice que un abogado de fuera de la ciudad lo tiene todo preparado para comprar la casa de tío Dick. Todo el mundo cree que debe ser el nuevo director quien la haya adquirido.

Mimsy, que estaba abriendo un mensaje del director de Médicos Rurales, apartó la vista inmediatamente de la pantalla.

—¿Que su casa estaba en venta? ¡George nunca me lo ha dicho!

El marido de Finella era el dueño de la inmobiliaria, al igual que presidente del banco, y solía anunciar las propiedades que estaban a la venta. Mimsy había mirado antes de marcharse con su madre.

—Lo sé, por eso resulta todo tan extraño. Aparentemente, el

abogado que se dirigió a George con una oferta lo hizo antes de que este tuviera ocasión de anunciarla.

—¡No me puedo creer que alguien haya vuelto a comprar mi casa! —exclamó Mimsy, horrorizada.

—¿Tu casa?

—Yo crecí allí —le explicó a Buffy, quien, como recién llegada, no conocía la historia—. Quería comprarla por ello.

—¡Dios míos! —se lamentó Buffy—. Por cierto, ¿qué es eso? —añadió, señalando la pantalla del ordenador.

—¿Cómo?

Tras leer la pantalla, Mimsy supongo que el editor de la revista había quedado de lo más impresionado con su artículo y lo iba a publicar en el número del mes de febrero.

—¡Dios! ¡Van a publicar mi artículo!

—¡Eres famosa! Vaya Mimsy. Y ya lo han publicado en su página web. Vamos a imprimir copias para que pueda leerlo ya todo el mundo.

—Buena idea.

Cuando accedieron al sitio web, Mimsy se quedó encantada de que el editor hubiera conservado el nombre de síndrome de Miles para los desórdenes provocados por el moho. También había escrito una introducción especial en la que elogiaba su labor de investigación como un ejemplo de lo que un médico con recursos limitados podría conseguir con tesón.

Aquello era lo que siempre había deseado. Reconocimiento. De repente, ya no era invisible.

—Mira, hay una mención sobre la infusión de Lucas. Esa página tiene un enlace con otro sitio web. Vamos a mirar.

Mimsy no quería hacerlo, pero no pudo negarse para que no resultara evidente que seguía colada por Lucas.

—Claro.

Consultaron el enlace y luego otro, y otro más. Eran cartas y mensajes alabando las propiedades el té, la crema facial y la de manos de coco. Aquello significaba que Lucas había creado su planta y que estaba teniendo un gran éxito con sus productos. Aparentemente los distribuía por una serie de tiendas para ir ganando publicidad por el boca a boca.

—Tiene mucho éxito.

—Parece incluso que ya vende sus productos desde su propio sitio web —dijo Buffy—. Con cartas como esas, las compañías de cosméticos estarán haciendo cola para negociar por los derechos.

—Yo siempre he dicho que Lucas no era un don nadie —susurró ella.

De hecho, había creído en él cuando nadie más lo había hecho.

Entonces, se imaginó a Lucas en una playa tropical, rodeado de hermosas mujeres. ¿Y qué? Ella, Mimsy Miles, era la autora de un artículo publicado en una revista médica. Tenía un síndrome con su nombre y sabía que personas de todo el mundo se beneficiarían de sus investigaciones. Ella también era muy importante.

—Venga, vamos a imprimir el artículo —dijo Mimsy, volviendo al sitio web de la revista—. Tú puedes distribuir copias en la revista.

—Mucho mejor que eso, haré que Carter presente el artículo en la reunión del consejo escolar. Y Murdock podrá hacer lo mismo en el ayuntamiento —comentó Buffy—. Estoy muy orgullosa de ti.

—Gracias.

Resultaba agradable oír los elogios de su amiga y estaba segura de que muy pronto oiría muchos más. Sin embargo, lo mejor era que una publicación la había convencido de que era una magnífica doctora. Solo había una cosa más que necesitaba descubrir: la cura para los corazones rotos. Desgraciadamente, aquello era un lago que ni siquiera un eminente médico podría encontrar.

Lucas no había querido estar en Plumpkin tanto tiempo, pero no se había atrevido a irse allí dado que los negocios iban tan bien. Los pedidos llegaban constantemente a través de Internet e incluso tenía grandes ofertas de empresas cosméticas y farmacéuticas para comprar los derechos. Mojo ya estaba analizando una posible expansión.

De momento no había muchos beneficios, dado que tenían que amortizar todos los gastos iniciales. Sin embargo, ya había suficiente para pagarle su préstamo a Mazeppa y entregarle la primera cantidad en concepto de beneficios, aparte de darle a Mojo un bien merecido aumento de suelo y de volver a llenar las cuentas bancarias de Lucas y de Ray.

En enero, Lucas convenció a su socio de que era hora de que tuvieran una sucursal en Estados Unidos, aunque no en Los Ángeles. Lucas ya no tenía deseos de volver allí más que para vender su apartamento.

—Tengo otro lugar en mente —le dijo a Ray.

—Donde tú quieras. Hoy en día, las sucursales pueden estar en cualquier sitio —replicó Ray, que había decidido quedarse en Plumpkin.

Lucas no mencionó específicamente a Nowhere Junction, dado que le parecía de mal augurio hacerse ilusiones antes de tiempo. Decidió que tampoco le diría a Mimsy que iba a ir a verla. Sería mejor sorprenderla.

CAPÍTULO 13

—ACABAN de llegar algunos pacientes —le anunció Flo.

Mimsy le estaba curando el dedo al pastor, que, con noventa y tres años, todavía trataba de arreglar él mismo los bancos de la iglesia.

—¿Es urgente?

—Lucy Gardiner ha traído a los gemelos. Los dos tienen infecciones en los oídos. Y Boris Norris se ha hecho una herida muy fea en la rodilla. Finella creyó que deberías echarle un vistazo.

—¿Cómo se la hizo?

—Joe y él estaban haciendo novillos. Cuando Finella los vio, echaron a correr y Boris se cayó encima de un armadillo.

—¿Y le hizo daño al pobre animal? —preguntó Mimsy, que no tenía mucha simpatía por el muchacho, que seguía siendo tan rebelde como antes, a pesar de que Hank ya no lo acompañaba.

—Creo que no. Son bastante duros.

—Ojalá pudiera hacer algo con ese chico, pero los Norris no han pisado la iglesia desde hace años —comentó el pastor—. Intenté ir a visitarlos a su casa, pero Rueford me recibió de muy mal humor.

—Y te apuesto algo a que tampoco esta vez va a pagar la factura del médico ——comentó Flo.

—Bueno, a los niños hay que tratarlos, tanto si pagan como si no —afirmó Mimsy—, pero creo que recibiré a los gemelos primero porque son tan pequeños. Bueno, reverendo —añadió, dándole al pastor un suave golpecito en la mano—, debería tomar ibuprofeno. ¿Quiere que le haga una receta?

—No. Las medicinas son demasiado fuertes para mí. Os veré el domingo en la iglesia.

—Claro —dijo Mimsy.

Lucy entró en la consulta con los dos niños. Además, volvía a estar embarazada.

—Nunca te imaginarás a quién vi cerca del rancho de los Murchison —le confesó Lucy—. ¡A Lucas McRifle!

Mimsy esperó que no se notara cómo le empezaba a temblar la mano mientras examinaba los oídos de los niños.

—Hay infección —dijo—. Donnie necesitará unos antibióticos.

—Ya me lo temía. Bueno, creo que Lucas iba a ver a Mazeppa —prosiguió, a pesar de que Mimsy no había respondido a su pregunta—. Fue muy lista al invertir en su empresa, ¿verdad?

—No veo infección en el caso de Doreen. Además, tiene bien la garganta.

—Se ha estado frotando las orejas y quejándose. Probablemente haya sido porque lo hacía su hermano. ¿Debería tomar ella también antibióticos, como precaución?

—No, los antibióticos pierden eficacia si se utilizan en exceso.

—Vale. Bueno, no creo que Lucas se vaya a quedar mucho tiempo —observó, volviendo al tema anterior a pesar de que Mimsy no parecía prestar atención alguna—. Me imagino que solo querrá darle las gracias a los que lo ayudaron mientras estuvo aquí. Como tú, por ejemplo.

Mimsy no se molestó en contestar. Escribió la receta y acompañó a sus pacientes a la puerta.

—Si le sale sarpullido en el culete, será por tomar antibióticos dado que se habrá producido por una alergia temporal a la leche. Si eso ocurre, no tienes más que darle leche de soja. Si tiene estreñimiento, dímelo.

—Gracias.

Mimsy asintió. Deseó el día en que pudiera aislarse en un agujero. También deseó que Lucas no hubiera ido a Nowhere Junction y esperaba que no fuera a darle las gracias.

Al menos, trató de convencerse de que era eso lo que quería.

La visita a Mazeppa fue muy bien. Se quedó muy contenta al recibir los frutos de su inversión. El rancho ya no apestaba a lejía, por lo que Lucas se alegró mucho de haberle llevado la infusión aquel día. Murdock le dijo que iba cambiar el nombre de su perro por el de Sir Lucas para que la gente no lo confundiera con él. Evidentemente, esperaban que se quedara en el pueblo. Sin embargo, Lucas ya no estaba tan seguro. ¿Cómo podía esperar que los demás olvidaran sus mentiras?

Se detuvo a echar gasolina al tiempo que lo hacía el sheriff Bob. Al verlo, Lucas se puso muy tenso. No quería tener un enfrentamiento con él.

—¿Qué tal te va? He oído que te has convertido en un hombre muy rico.

—El negocio va bien —respondió, mientras se disponía a llenar su depósito.

—¿Vendes tus productos al público?

—Solo en Internet. Todavía no hemos decidido cuándo vamos a hacerlo. Cuando ocurra, te lo haré saber.

—Te lo agradecería —concluyó Bob, poniéndose a repostar. Aquello pareció ser todo lo que tenía que decir. Mientras pagaba, Billy Dell llegó al volante de su cascado vehículo.

—¡Hola! ¡Pero si eres tú! Lucy Gardiner me dijo que te había visto, pero yo no la creí. Te has perdido muchas emociones.

—¿Qué ha pasado?

—Hemos contratado a un nuevo director, solo que no ha venido todavía. Finella está algo enfurruñada, pero trata de disimular... ¡Ah! Y ha regresado el marido de Flo. Ha dicho que ha estado buscando al Bigfoot y ha colgado una enorme huella en la pared. Tienes que ir a verla. ¡Es fantástica!

—Lo haré. Gracias, Billy.

Cuando se volvió a montar en su nuevo Mercedes, descubrió que ya no estaba tan nervioso como antes. La gente de Nowhere Junction parecían haberse olvidado de su conducta pasada.

Se preguntó si le habría ocurrido lo mismo a Mimsy.

—¡Vale ya, doctora! —gritaba Boris, mientras Mimsy le limpiaba la herida—. Eres un poco torpe.

Mimsy suspiró. Le gustaban los niños, pero con aquel le resultaba difícil.

—Esta venda que te he puesto evitará que se te infecte. Ahora, voy a ponerte la vacuna del tétanos. Te va a doler un poco.

—No me da miedo —presumió el muchacho.

—Bien.

De su boda, salieron nuevas maldiciones.

—Tienes suerte de que tengamos vacunas como esta —dijo Mimsy, cuando hubo terminado—. Los niños solían morirse de esa enfermedad.

—¿Y qué?

—Tienes mucha suerte de que te haya curado, porque eres grosero y maleducado. Si vuelves a hablarme de ese modo...

—¿Me vas a poner más inyecciones? —preguntó el muchacho, en tono algo desafiante.

—Solo si las necesitas.

—¿Quieres decir si soy grosero contigo?

—Boris, yo no uso la medicina para castigar a los niños...

—De acuerdo, de acuerdo. No quiero que me pinche más —replicó Boris, más amable, creyendo que ella lo estaba amenazando con ponerle más inyecciones—. Siento haber blasfemado. ¿Vale?

—Boris...

En aquel momento, la puerta de la consulta se abrió.

—Lo siento, no pude evitar que abriera —dijo Flo. Cuando entró Lucas, la sonrisa de la enfermera indicaba que no se había esforzado mucho.

—¡Ten cuidado con ella! —exclamó Boris—. ¡Y no utilices palabras feas porque te pinchará con una aguja!

El niño aprovechó la oportunidad y salió corriendo. Tras guiñarle un ojo, la enfermera cerró la puerta, dejándolos a los dos

solos en la consulta.

A pesar de su elegante traje y de su estupendo corte de pelo, el Lucas salvaje seguía brillándole en los ojos. El atractivo de sus labios hizo que Mimsy recordara...

—Me alegro de verte —dijo él.

—Ojalá yo pudiera decir lo mismo —replicó ella, mientras recogía los restos de la cura de Boris—, pero quiero felicitarte por el éxito de tu empresa.

—Gracias. Me alegro que al final pueda pagar mis deudas —añadió, extendiendo un cheque.

—No, gracias. La habitación era gratis y el tratamiento te lo pagó Murdock

—No es para ti. Es para el hospital. Para que puedas comprar todo lo que necesites.

De mala gana, Mimsy aceptó el cheque. No podía negarse por el bien de sus pacientes.

—Es muy generoso de tu parte.

—Sé que me he portado mal. Me habría comportado de un modo diferente desde el principio si hubiera sabido que me iba a enamorar de ti.

—Se te da muy bien mentir, ¿verdad?

—Bob Moriarty parece dispuesto a darme otra oportunidad. Estaba esperando que tú hicieras lo mismo.

—Estoy segura de que hay muchas personas impresionadas por tus logros, pero a mí me impresionó más un hombre que arriesgó la vida para salvar a un niño. Desgraciadamente, era un mentiroso —le espetó, a pesar de que las palabras que le dictaba su corazón eran muy diferentes.

—Siento mucho que pienses así, dado que, a partir de ahora, nos vamos a ver con mucha frecuencia. Estoy pensando quedarme a vivir aquí.

—¿Es que no tienes un negocio del que ocuparte?

—Puedo hacerlo en cualquier parte. De hecho, me he comprado una casa en la que hay mucho sitio para vivir y trabajar —dijo. Mimsy pensó en uno de los ranchos, que llevaba abandonado muchos meses—. Sin embargo, necesita una inspección sanitaria. Entonces, pienso remodelarla, pero me preocupa que pueda haber moho en las paredes.

—¿Me estás pidiendo que inspeccione tu casa?

—Te llevaré en mi coche, doctora. ¿Qué te parece?

Mimsy estaba a punto de negarse en redondo, pero lo había echado mucho de menos. Decidió hacerlo, aunque se arriesgaba a sufrir más aún.

—De acuerdo, siempre que no haya más pacientes esperando.

No los había.

Montada en su lujoso coche, Mimsy trató de acostumbrarse al nuevo Lucas. El hombre que ella había conocido era muy diferente al que tenía ante sus ojos. Además de su pulido aspecto físico, conducía el coche más caro de la ciudad y olía a un exclusivo perfume. Sin embargo, tenía la misma devastadora sonrisa de siempre.

—¿Adónde vamos? —preguntó, al darse cuenta de que no iban hacia el rancho que ella había creído.

—No está lejos.

De repente, sintió que el alma se le caía a los pies cuando vio que se detenían delante de la casa de su infancia.

—¿Te gusta mi nueva casa?

—¿Cómo te atreves? —le espetó ella. Se sentía furiosa.

—Cuando me enteré de que estaba a la venta, no me pude resistir.

—¡Eso es mentira! Tú enviaste un abogado a que negociara la venta antes de que saliera al mercado.

—¿De verdad?

—¡Sabías que esta era mi casa! ¿Cómo has podido robármela de este modo?

—¿Robarla? Espera un momento. He pagado un precio justo por ella.

—¡No es eso a lo que me refería!

—Mimsy...

—Mira. Entiendo que me utilizaras pata conseguir a Lilibeth, porque es muy guapa, pero esto es... Lo peor. Nunca pensé que podrías llegar tan bajo...

—¡Espera un momento! Aclaremos unas cuantas cosas. Yo no quería conseguir a Lilibeth porque me gustara. Su belleza no me preocupa. Tú eres mucho más hermosa...

—Ella misma me dijo que tú... —susurró ella, repitiendo exactamente lo que Lilibeth le había dicho—... Bueno, que prácticamente te le declaraste.

—Eso es mentira. Lo único que le dije fue que quería hacer negocios con ella. Nunca me ha gustado.

—Y supongo que tampoco me has robado la casa de mis sueños, ¿verdad? —replicó ella.

—En realidad, la venta no está cerrada. Todavía necesita tu firma.

—¿Mi firma?

—Como propietaria conjunta. Con tu marido —dijo él. Mimsy se quedó boquiabierta—. Creo que no me he explicado muy bien. En

estos momentos, no puedo pensar muy claramente. Lo único que quiero es besarte...

—Un momento —respondió ella, a pesar de que también lo deseaba—. ¿Qué es lo que has dicho de mi marido?

—Yo. Quiero ser tu marido, si tú me aceptas...

—¿Me estás pidiendo que me case contigo?

—Sí.

—Bueno, este puede que sea un pueblo pequeño —respondió ella, más feliz de lo que había estado nunca—, pero tenemos nuestras normas.

—¿Quieres que me arrodille?

—No vendría mal.

—Un momento.

Lucas salió del coche y, tras abrirle la puerta a ella, la llevó al porche. Entonces, a pesar de los carísimos pantalones que llevaba puestos, se arrodilló y le tomó la mano.

—Doctora Mimsy Miles, ¿quieres casarte conmigo? Prometo amarte y adorarte todos los días de mi vida, olvidarme del resto de las mujeres, aunque no hay ninguna otra más que tú.

Mimsy estuvo a punto de echarse a llorar. Momentos antes, había creído que todo estaba perdido y en aquel instante, Lucas le estaba pidiendo que se casara con él.

—No pareces muy contenta —susurró él—. ¿Es que se me ha olvidado algo?

—Solo es que no quiero que este momento pase muy rápidamente. Estoy disfrutando tanto...

—Pero tú no eres la que está arrodillada sobre estas tablas...

—Sí. Estaré encantada de casarme contigo. Ahora, por favor, levántate. La traumatología no es mi especialidad.

Cuando se puso de pie, Lucas tenía un anillo en la mano. No era un anillo corriente, sino que parecía hecho de madera.

—Quiero que lo lleves hasta que encuentre algo más adecuado. Está hecho de cáscara de coco y espero que nos dé suerte.

Mimsy se lo puso. Entonces, Lucas la tomó entre sus brazos y la besó dulcemente.

—Eres el hombre más sorprendente que he conocido en toda mi vida.

—¿Te he dicho que ya tengo la llave de la casa? Según me han dicho, dentro hay muebles. Hasta una cama —musitó, tomándola en brazos.

—Antes una cosa. Siempre he querido casarme en la iglesia de Nowhere Junction. ¿Te importa?

—Claro que no —respondió Lucas, mientras abría la puerta—. ¿Alguna otra petición?

—No me golpees la cabeza contra el marco de la puerta.

—Resulta muy fácil cumplir tus deseos —dijo Lucas, atravesando con ella en brazos el umbral de la casa—. Bienvenida a tu hogar, Mimsy.

Era su casa. La antigua y la nueva. Después de tanta soledad y tantas dudas, había terminado por conseguir todo lo que siempre había deseado. El amor había llenado su corazón y se había apoderado de ella como una fiebre galopante. Sin embargo, aquella era la única enfermedad que Mimsy no tenía intención de curar.

Fin.